

A photograph of an old, ornate staircase with a piano in the foreground. The staircase is made of stone and has a decorative wrought-iron railing. The piano is dark and appears to be an upright model. The scene is lit with natural light from a window on the right, creating a warm, slightly aged atmosphere. The text is overlaid on the left side of the image.

Sílvia  
Tarragona  
Tal como  
éramos

A photograph of an old, dark piano in a dilapidated room. The piano is in the foreground, with its keys visible. In the background, there is a curved staircase with ornate iron railings. A window with a decorative pattern is visible on the right side of the frame. The overall atmosphere is one of historical decay and nostalgia.

Sílvia  
Tarragona  
Tal como  
éramos

# Tal como éramos

Sílvia Tarragona



**Rocaeditorial**

# TAL COMO ÉRAMOS

Sílvia Tarragona

Sandra Fornaguera tiene treinta y nueve años, es una gran periodista, culta, aficionada a la música y a los libros, una mujer hecha a sí misma. Pero ahora está a punto de ser desahuciada. Su vida aparentemente perfecta se está desmoronando. Un día conoce a Edmond en el aeropuerto; él es un agregado militar de la embajada francesa en España que viaja por todo el mundo, un hombre seductor y sofisticado. El encuentro es casual y Sandra cree que ya no verá nunca más de nuevo a aquel hombre maravilloso. Pero la historia no ha hecho más que empezar, y culminará en un fin de semana único en París con un amor intenso, apasionado e intermitente.

Afortunadamente, el afecto y el amor que recibió de sus padres y la lealtad de los amigos que siempre han estado a su lado, Paula, su marido Jaume y Oriol, le darán las fuerzas necesarias para enfrentarse a su destino y descubrir cuál es el auténtico amor de su vida.

CUANDO LA ESENCIA DE TODO ES SOLO EL AMOR.

## ACERCA DEL AUTOR

**Sílvia Tarragona** (Barcelona, 1967) es periodista y escritora. Actualmente dirige y presenta el magazine *Amics i coneguts* cada fin de semana en Radio Nacional de España en Cataluña. Además, colabora en el *talk show Amigas y conocidas* de La 1 de Televisión Española presentado por Inés Ballester. Su padre le enseñó desde pequeña que en el mundo solo hay dos tipos de personas, las que ante las adversidades se envilecen y las que se ennoblecen. Ella ha elegido formar parte del segundo grupo. Tal como éramos es su primera novela.

## ACERCA DE LA OBRA

«Ya no siento vértigo, aunque esté al borde de un acantilado.

La osadía da paso a la ternura.

Pienso en que no es casual que, antes de cerrar definitivamente esta etapa de mi vida, la cordura haya llegado para quedarse. Atrás queda el enloquecimiento del pasado. Ahora la comodidad es una nueva felicidad que me llena de inquietud.»

# Índice

[Portadilla](#)

[Acerca del autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Una casa no es un hogar](#)

[Te podría pasar a ti](#)

[¿Qué harás el resto de tu vida?](#)

[Tal como éramos](#)

[Pongamos que hablo de Madrid](#)

[Canción de amor](#)

[Cuerpo y alma](#)

[Azul de ojos azules](#)

[Dos en la carretera](#)

[Tu canción](#)

[Me encanta París](#)

[Qué mundo tan maravilloso](#)

[Contigo vuelvo a nacer](#)

[No, yo no me arrepiento de nada](#)

[Sobre el tejado](#)

[Un americano en París](#)

[Una chica ardiente](#)

[Tenemos esta noche](#)

[Me matas suavemente](#)

[Del modo que puedas](#)

[Suite nº1 para cello](#)

[Sonríe](#)

[Llévatela](#)

[Ahora en ambos lados](#)

[La reina de la noche](#)

[No me dejes sola esta noche](#)

[Encantada](#)

[Qué profundo es el océano](#)

[Las ruedas de la vida](#)

[Vuelvo a verte](#)

[Sin final](#)

[Eres tan bonita](#)

[Los girasoles](#)

[Claro de luna](#)

[Mamá se ha muerto](#)

[Una nube blanca](#)

[En el paraíso](#)

[El canto de los pájaros](#)

[Tan enamorada](#)

[Amor de mi vida](#)

[El hombre a quien amo](#)

[Me dediqué a perderte](#)

[Así es la vida](#)

[Sería fantástico](#)

[Prefiero una y mil veces que te vayas, porque de ti no quiero ni la gloria](#)

[Río de luna](#)

[Quizás esta vez](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

A mis muertos  
que me ayudan a estar viva.

A Zuri;  
su aliento ha sido la medida justa  
de mis palabras.

## Una casa no es un hogar

*E*n realidad, lo único que me importa son mis libros.

Hace ya muchos años que me despedí de esta casa. Lo hice al comprender que solo sin ella llegaría a ser libre.

Desde que nací, tengo la impresión de haber vivido siempre instalada en el «más difícil todavía».

Bebé que se pone gravemente enfermo con solo tres meses.

Niña sobreprotegida que se encierra a leer en su habitación para que la dejen en paz.

Adolescente que se rompe la cadera yendo a caballo y pasa dos años en la cama.

Mi vida ha sido una lucha continua por sobrevivir.

Mientras llueve a mares y miro el jardín a través del ventanal, solamente pienso en mis queridos libros. Que no se pierda ni uno, por favor. ¡Ellos son mi memoria!

Los hombres de la mudanza colocan la vajilla en las cajas con suficiente cuidado. ¡Si supieran cómo me gustaría romper cada una de las copas en mil pedazos! Representan el estatus que tuvimos y que perdimos.

Son educados y diligentes. Hablan muy fuerte entre ellos. Quizá lo hacen para que no sienta las voces interiores que me dicen que esta será la última mañana en la casa que me vio nacer.

Pero ya no me duele. En realidad es un alivio. Soy tan cobarde que tal vez sea esta la única manera de cerrar la puerta sin mirar atrás.

Soy periodista, o más bien lo era...

Una vez entrevisté a António Lobo Antunes. El escritor portugués y eterno candidato al Premio Nobel me confesó que, en momentos de desesperación en mitad de la noche, se paseaba por su biblioteca y acariciaba los lomos de los grandes libros que lo habían hecho el hombre que era. Quería sentirse acompañado por Madame Bovary o por Ricardo III.

Ahora me doy cuenta de cuánta razón tenía.

Aquí están todos, mirándome dignos e impertérritos desde la vieja estantería de mi abuelo. Me levanto y, con una caja en la mano, comienzo a tocarlos



levemente, frotándolos como quien se pierde en el cuerpo de un perro fiel.

Encuentro a Oscar Wilde, Philip Roth, Scott Fitzgerald, García Márquez... Me siento atraída por un libro: *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller.

La primera vez que lo leí no tendría más de dieciséis años. Fue mi padre quien me lo regaló. Recuerdo que me impactó tanto que me lo llevaba a todas partes. No podía dejar de admirar en Willy Loman su pueril capacidad para sobrevivir.

No sé por qué motivo, lo abro por el final y leo la sentencia de Linda, su mujer:

Hoy he hecho el último pago, el último, amor mío. Ya nadie vivirá en nuestra casa, nadie dormirá en nuestra cama.

No debíamos nada. ¡Éramos libres! Libres...

Un escalofrío me recorre el alma. ¿Por qué vuelvo a leer esta página? ¿Por qué ahora? De pronto, las manos me pesan tanto que no pueden sostener el peso del recuerdo.

El libro cae al suelo.

Salgo corriendo, cierro la puerta y, como cuando tenía cinco años, me refugio entre los árboles. Rompo a llorar con un sollozo seco, desesperado. Me abandono a la tristeza, respiro hondo y huelo la tierra mojada. Un aroma penetrante me ayuda poco a poco a recobrar el sosiego.

La última vez que me escondí bajo el laurel tenía la ingenuidad de la niñez, y sentía la voz de mi madre que me llamaba:

—Niña, ¿dónde estás?

Ahora tengo treinta y nueve años, estoy sola y mañana me echarán de aquí.

## Te podría pasar a ti

Sonaba obsesivamente en mi habitación cada miércoles a la una del mediodía. Siempre elegía esta canción y ninguna otra. Un viejo estándar de 1944 popularizado por Dorothy Lamour, quien se dio a conocer en la televisión americana junto a Bing Crosby.

«Te podría pasar a ti», dice la canción. De tanto escucharla, deseaba que me pasara algo, pero no imaginaba que el azar haría que ese viaje de trabajo fuera providencial.

Mi existencia se repartía entonces entre Barcelona y Madrid. Vivía en una ciudad y trabajaba en la otra. La redacción central del diario estaba muy cerca de la Castellana, así que mi semana era un ir y venir continuo.

El ritual era siempre el mismo. Diana Krall me daba ánimos y me prometía que aquella sería una jornada encantadora, mientras en ropa interior, parapetada en la calidez de una bata poco lujuriosa, las pasaba canutas para que en la maleta no hubiera doblada siempre la misma ropa.

Me aplicaba siempre lo que me había enseñado mi padre: «Aunque no tengas dinero para nada más, paga tú la última ronda». A veces era difícil, por no decir casi imposible, moverme por este mundo de apariencias con cuatro monedas en el bolsillo.

Mi *statu quo* era este: una burguesa venida a menos que tenía que simular lo que no era mediante su aspecto. Evidentemente, en mi profesión vale más la marca del bolso que llevas que el nombre de las universidades en las que has estudiado.

Preparé el equipaje en diez minutos. Llevaría un traje pantalón con veinte años de solera y unos botines negros y blancos *low cost*. Mientras me maquillaba, oí a mi madre subiendo las escaleras. Entonces llegó ese momento terrorífico en que ella, con la inocencia de quien no quiere saber, me preguntaba:

—Niña, ¿ya has dejado dinero?

La respuesta era siempre:

—Sí, claro, mamá...

Cada vez que me iba tres días a la capital debía dejar a mi madre la despensa llena.

Encima del tocador había dos sobres: uno para ella y otro más delgado para mí. Rezando para que no surgiera ningún contratiempo, con este segundo sobre me iba de casa convencida de que esto era justo lo que me tocaba hacer: sonreír, aparentar y hacer de mi existencia la manta blanda que uno encuentra en el sofá cuando llega a casa.

La abracé muy fuerte, como siempre. Ella me acompañó, cruzando el jardín hasta la puerta, y me metí en el taxi.

Respiré profundamente porque allí, en el coche de un desconocido, empezaba a ser libre. Me esperaban reuniones, entrevistas a personajes populares y, sobre todo, la sensación de ser por unos días una mujer completa y no solo una hija.

Al llegar al aeropuerto antes de tiempo, después de pasar el control de pasajeros, me senté en la sala VIP (tantos puntos acumulados servían para eso). Bebí una copa de vino y comí algo sin necesidad de descapitalizar el escaso patrimonio del que disponía.

Busqué la zona más solitaria para dedicarme a lo que más me gusta del mundo: leer, sin tener que aguantar los gritos de nadie al teléfono.

Mi carácter antisocial había sido forjado a fuego por las diferentes decepciones de la vida.

Encontré un asiento magnífico. No prestaba atención a mi alrededor porque no me interesaba nadie, mientras olía el Ribera del Duero que me habían servido con la impostada discreción de los que trabajan viendo mil caras cada día sin mirar a nadie directamente.

De pronto, percibí un perfume penetrante que, diferente a todo lo que conocía, me resultó profundamente atractivo.

Busqué con los ojos de dónde venía aquella fragancia, y entonces lo vi. La mirada me guio hacia sus ojos oscuros y profundos. Su semblante regio era de una dignidad magnífica, en contraste con la bufanda de colores vivos, que le daba un aspecto bohemio. El traje de corte diplomático hacía que su sola visión fuera impactante.

De repente, todo el peso del deseo cayó sobre mi cuerpo, acariciando mi pelo, aliviando el dolor, modelando mi intimidad.

Aquel hombre se acercó a mí y, sin darme tregua, me preguntó:

—¿Le gusta Balzac?

¡Claro, los libros! Tenían que ser ellos. Por un momento había olvidado que, antes de que él apareciera, yo había dejado sobre la mesa el ejemplar de *Eugenia Grandet* que estaba devorando.

Titubeando, le dije que era el primer título que leía del autor francés y que estaba impresionada. Cuando rompió a reír, el pelo que le caía sobre la frente en

un orden desequilibrado cobró vida propia.

Lo miré con desdén. Empezaba a sentirme incómoda. Me incorporé y, cuando estaba a punto de irme, me dijo:

—Usted es como todas las heroínas de los libros que leí en mi juventud. Su piel no es de este mundo.

La voz tenía un cierto acento francés, así que deduje inmediatamente que era un ave de paso. Sin embargo, no sabía cómo reaccionar. Nunca antes me había dicho nadie nada parecido. Finalmente, le di las gracias por el cumplido y me fui.

Anduve tan rápido como pude hacia la puerta de embarque, mientras mi teléfono móvil no paraba de sonar. Era Paula, mi leal amiga. Siempre estaba presente en los momentos importantes.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—No lo sé, acabo de conocer a alguien que me ha dejado fuera de juego.

Ella respiró profundamente y dijo:

—Ya me contarás... ¡Buen vuelo, reina!

Paula no se parecía a las otras mujeres que conocía. Era como yo: no se andaba con tibiezas. Quizá por eso nuestra amistad era indestructible. Había aguantado sin grandes dificultades el paso del tiempo. Y habían pasado ya veintidós años de buena compañía.

Se dedicaba a la psicología forense, y ejercía en un juzgado de Barcelona. Sus casos eran cualquier cosa menos fáciles, pero tenía un don para escuchar y analizar las reacciones humanas; incluso aquellas que ni el propio interesado conoce. Por esta razón siempre se daba cuenta de lo que me daba miedo.

Sus consejos solían ir directos a mi línea de flotación. Con su fina ironía, siempre me recordaba el ímpetu que me caracterizaba, y me decía que a menudo era más inteligente «mantener la boquita cerrada».

Sin embargo, aquella mañana, camino del puente aéreo, no fui capaz de seguir sus lecciones...

## ¿Qué harás el resto de tu vida?

Sentía mis pies bailar dentro de los botines de polipiel. Hubiera dado media vida para que mis movimientos fueran ágiles, pero no lo eran. Todo lo contrario. Mientras cruzaba el aeropuerto de El Prat de extremo a extremo, más bien parecía un pato mareado.

Finalmente, tras sortear a un grupo de educados y serenos ciudadanos japoneses, llegué a la puerta de embarque.

La cara me ardía cuando la azafata me arrancó el billete de los dedos sudados y me miró como si estuviera ante una aparición mariana. La odié profundamente. Yo sudaba a mares y ella, impávida y con un pañuelo atado al cuello sin gota de transpiración, sonreía con cara de pensar: «Esta tía se va a morir de un momento a otro».

Pero eso no sucedió; cogí aire antes de recorrer con toda la dignidad de la que fui capaz el estrecho pasillo que me depositó en el avión.

Viajaba en primera clase, no porque la empresa se pudiera permitir este dispendio, sino porque yo era como George Clooney en *Up in the Air*: había acumulado suficientes puntos para ir en *business class* hasta que me jubilara. Vivía en las salas de embarque. Eso sí, en versión femenina y en formato cinematográfico.

Ya pensaba que era la última en entrar, y casi estaba a punto de disculparme ante el sobrecargo, cuando una voz que me era familiar dijo tras de mí:

—¡Esperen, por favor! ¡Aún falta yo!

Y este yo era él.

Reconocí inmediatamente su voz y agradecí al destino que cogiera mi mismo avión. A lo largo de mi maratón particular, no había pensado en otra cosa que no fuera aquel desconocido que había conseguido impresionarme.

Me senté donde me tocaba, afortunadamente junto a la ventanilla.

A mi lado, una mujer de mediana edad leía el *Vogue* estadounidense. Tenía la sofisticación propia de quien está segura de sí misma pero, como diría Paula, más por la ropa que lucía que por cómo relucía.

De pronto sentí que, desde el asiento trasero, alguien me decía con una familiaridad casi absurda:

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo se encuentra?

Me di la vuelta como si viera al estrangulador de Boston. No conocía a ese hombre y, lo que era peor, la señora que engullía fotos de moda como quien se come un pastel de manzana parecía ya incómoda.

Tras preguntarle si le importaba cambiar de asiento, la mujer accedió y, en un santiamén, el desconocido ya se había puesto el cinturón de seguridad a mi lado y reía abiertamente.

—Lo siento —le dije—, creo que se confunde de persona. Antes de hoy no lo había visto nunca...

—En esta vida tal vez, en otra seguro que sí.

Extendió su mano, grande y fuerte, y se presentó. Se llamaba Edmond, era francés y vivía entre Madrid, París y Barcelona. Su catalán era bastante bueno.

Al darle la mano y decirle mi nombre, noté que su piel me gustaba. Alto y de complexión fuerte, llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. Sus ojos eran oscuros como la noche.

—Usted debe tener problemas de espalda —soltó sin contemplaciones.

—¿Cómo?

—Con ese bolso lleno de libros y periódicos...

Pensé que me había precipitado al juzgarle y que, en realidad, el hombre sentado a mi lado era un insolente que trataba a las mujeres con una cínica proximidad.

Lo miré con desdén, obviando su presencia. Me esperaban cincuenta minutos en compañía de un desconocido que no era lo que yo creía. En Madrid tenía una reunión dura, así que empecé a leer los periódicos que aún no había tenido tiempo de hojear.

Íbamos en primera clase, y la azafata nos preguntó amablemente si queríamos beber algo:

—Dos Ribera del Duero —pidió el tal Edmond con convicción, esta vez en castellano.

Cerré bruscamente el diario.

—¿Cómo se atreve a pedirme un vino sin preguntarme?

—De usted me interesa saber otras cosas que no son precisamente su vino favorito... Ya hemos despegado y me quedan menos de cuarenta y cinco minutos para convencerla de que cene conmigo esta noche.

Me puse a reír con ganas. No daba crédito. ¿Cómo podía ser tan descarado? Me dije que esto iba a ser lo que un hombre hace con una mujer cuando quiere seducirla.

La situación era nueva para mí y, a pesar de estar un poco descolocada, me apetecía jugar. Era arriesgado, ya que no sabía qué posición me correspondía en

el tablero, pero una fuerza extracorpórea me animaba a ir un poco más lejos.

—Bien. ¿Qué quiere usted saber? No hay respuestas indiscretas sino preguntas inconvenientes. Depende de cómo las formule, le contestaré o no.

En ese momento pensé que aquel francés era un cazador. ¡Cuánta inocencia por mi parte!

El hombre se acercó peligrosamente a mí, mirándome los labios de tal manera que deseé que me diera un beso. No lo hizo, pero, fijando sus ojos inalcanzables en los míos, murmuró:

—Como cantaba Frank Sinatra: «¿qué hará el resto de su vida?». ¿La querría pasar conmigo?

Cuando comenzó a canturrear la canción, me di cuenta de que su dicción en inglés era también envidiable.

Me sentía perpleja. Encajonada en el asiento de un avión, con más penurias económicas de las que podía soportar, dentro de un vestido viejo y zapatos baratos, recibía las atenciones de aquel hombre tan atractivo. Con el pañuelo de seda en el bolsillo del *blazer*, no parecía tener ningún problema para llegar a fin de mes. Y me estaba haciendo sentir el ser más especial del universo.

—¿Es usted cantante? —le pregunté, nerviosa pero nada incómoda.

Estaba tentada de confesarle que me encontraba en las nubes, y no solo físicamente, cuando él empezó a contar su historia.

—Me encanta la música... Ya me gustaría dedicarme, pero mi profesión es mucho más mundana. Soy un *attaché* o, lo que es lo mismo, un agregado militar de la embajada francesa en España. —Noté que llevaba un perfume de lavanda muy fresco y delicado—. Me han destinado a muchos países del mundo. He estado en Marruecos, Líbano, Argelia y Túnez, pero, tras muchos años, he podido escoger un lugar más tranquilo. Ahora vivo en París, pero paso largas temporadas en Barcelona y Madrid. Resulta fácil vivir así porque, aunque tengo más de cincuenta años, no estoy casado ni tengo niños que atender.

Su coquetería al no querer decirme exactamente la edad me cautivó. Hubiera podido tener dos mil años y no me habría importado en absoluto. Pensé que, en justa correspondencia, le debía resumir quién era yo.

—Me dedico al noble arte de la comunicación. Soy periodista y viajo muchísimo. No tanto como usted, pero también vivo a caballo entre dos ciudades. Mi madre y mi familia están en Barcelona. El trabajo está en Madrid. Estoy a punto de cumplir los cuarenta. Ah, y a mí también me gusta cantar.

—¡Qué suerte la mía! Entonces, Sandra, ¿qué le parece si formamos un dúo?

Su propuesta era tan tierna y absurda que me persuadió. Perdí el mundo de vista. Los diarios estaban en el suelo; no había terminado de leer ninguno.

Perennemente enamorada del amor, por una vez veía que mis sueños

románticos podían materializarse en Edmond.

Era la primera vez que me llamaba por el nombre de pila y me fascinaba cómo sonaba pronunciado por él. No dejó de hablarme en todo el vuelo, pero yo ya no le escuchaba. Tan solo me quería perder en su boca... Nada más que eso.



## Tal como éramos

Nunca se me había hecho tan corto un puente aéreo. Aquel primer encuentro había sido un resumen de nuestra vida. Ahora solo faltaba que tuviéramos ganas de descubrir cómo éramos.

Al aterrizar en Barajas, mientras el piloto indicaba la temperatura, yo solo pensaba en cómo deseaba a Edmond.

Me preguntó si venía alguien a buscarme y le dije que sí. Siempre había alguien del equipo que me llevaba al hotel, y de ahí directamente al consejo de redacción. Durante el trayecto nos poníamos al día de los últimos cotilleos.

Me dio su tarjeta y escribió su número de móvil con su Montblanc. Yo no le di el mío. Tenía que detenerme a pensar. Además, no sabía mucho de él. Podía ser agregado a la embajada o no, podía haber estudiado en la Sorbona o no... pero lo que sí sabía era que quería volver a verlo.

Salimos ordenadamente del avión. Caminamos muy cerca el uno del otro en dirección a la puerta de salida. Él llevaba una bolsa en la mano derecha y en la izquierda la maleta, pero noté muy excitada cómo me acariciaba los dedos. Empecé a hacer lo mismo con los suyos, mientras le oía canturrear, sinuosamente, «The Way We Were».

—¡Barbara Streisand! —exclamé, sorprendida—. Es mi cantante preferida.

—Lo sabía —me susurró, aproximándose aún más.

Me preguntó en qué hotel me alojaba. Le respondí rápidamente que en el Conde Duque, siempre el mismo desde hacía más de una década.

De repente le sonó el teléfono y respondió en francés. Por el tono grave de su voz, noté que era una llamada importante y me despedí con la mano en alto. Él hizo lo mismo y, a continuación, me dio la espalda.

Entonces me sentí como una idiota. ¿Cómo podía haberme hecho ilusiones por alguien a quien nunca volvería a ver? No le había dado mi teléfono, y la pelota, por lo tanto, estaba en mi tejado.

Al salir a la terminal de llegadas, estuve tentada de marcar aquel número, pero no lo hice. Ya veía a lo lejos a Daniel, compañero de duras batallas informativas, esperándome.

Haciendo un esfuerzo para volver en mí, me dije: «Ha sido una bonita

anécdota y nada más». Pero quién sabe, puede que no solo eso...

Siempre había tenido el convencimiento de que un sexto sentido me guiaba y protegía. Con solo dar la mano a alguien ya sabía si podría tener con esa persona una cierta comunión o si, por el contrario, estábamos condenados a no entendernos.

Mientras me abría paso entre los viajeros que caminaban apresuradamente hacia la salida, recordé el día en que conocí a Daniel. En ese momento trabajaba para un diario importante y mi función era entrevistar a cualquier personaje célebre que pudiera soportar con estoicismo mis preguntas.

Para mi trabajo era imprescindible tener al mejor productor, al más valiente, tenaz e incansable. Alguien que no se diera por vencido fácilmente y que, frente a las exigencias, manías y excentricidades de algunos personajes, fuera implacable, pero al mismo tiempo impecable. Y ese hombre era Daniel.

Nuestra primera cita no tuvo lugar en un despacho frío y desangelado. Rompimos el hielo de una manera inusual. Quedamos para desayunar en el número 55 de la Gran Vía, en el Nebraska, uno de los cafés con más solera de Madrid.

—Con una etimología tan americana como la que tiene este café seguro que podemos pensar en entrevistar a Bruce Springsteen —le dije cuando lo vi sentado en la barra esperándome.

Suelo ser puntual, pero él me ganaba en ese asunto. Una carcajada franca fue su respuesta a mi pueril carta de bienvenida. Se puso de pie y me dio un abrazo cálido y largo. Enseguida supe que nos entenderíamos.

Para no variar, llegaba entonces directa del puente aéreo. Cogió la maleta y la bolsa y, con gran caballerosidad, a pesar de no tener más de treinta años, me acompañó hasta la mesa que había reservado.

Cuando pidió unas tortitas con sirope, aprecié que tenía una voz muy bonita. Sus ojos rezumaban bondad y al hablar movía mucho unas manos preciosas. Me pregunté si se sentía intimidado por mi constante palabrería, pero pronto me hizo saber que le interesaba todo lo que le contaba.

Supe que había estudiado filosofía y letras en la Complutense, y realmente su formación humanista se hacía notar. Desde el principio sentí que teníamos una comunión completa.

—Para ejercer este oficio hay que tener una cierta moral —me explicó mirándome a los ojos—. Y si me hacen elegir entre tenerla y no tenerla, prefiero tenerla, sin duda.

Entonces no sabía cómo sería de importante esta conversación para mi futuro inmediato, pero nos dimos el «sí quiero» profesional enseguida.

Salimos del Nebraska no solo como colegas, sino sabiendo también que

estábamos destinados a ser buenos amigos.

Él fue la primera persona que dijo que admiraba mi esfuerzo de aguantar tantas idas y venidas agotadoras. El ritmo de trabajo era trepidante y, a pesar de que hubiera sido mucho más cómodo vivir en Madrid, no me lo podía permitir.

Mi madre estaba por medio. Vivíamos juntas en una casa que para ella era su templo, el único lugar que le recordaba tal como éramos hasta la muerte de mi padre, una familia de buena posición con un único patrimonio: aquel apellido que aún abría puertas.

Mi padre había sido un hombre íntegro, culto, educado y piadoso. Y eso que su vida no había sido nada fácil. La posguerra había sido durísima para todos, pero especialmente para el bando de los perdedores. Mis abuelos lo eran, por eso mi padre pasó de ser un niño con una vida acomodada a vivir en la indigencia, pero sin perder el honor y la perspectiva.

Hizo carrera de abogado laboralista, y por su despacho pasaron cientos de personas que se habían quedado sin trabajo injustamente. Los recuerdos más emotivos en su sepelio fueron los de todos aquellos que, cuando nos daban el pésame, lo recordaban como una persona justa.

Mi padre y yo estábamos unidos por un hilo indestructible. Desde pequeña me había educado para ser una persona y no solo una mujer. Quería que fuera independiente y que no me diera miedo la soledad, que me sintiera bien en mi piel por el solo hecho de ser quien era. Y lo consiguió.

Pensé en todo esto cuando salí de la redacción a altas horas de la madrugada. Paseando, me fijaba en las casas iluminadas, y fantaseaba con lo que debía pasar en su interior.

Una vez en el hotel, subí a mi habitación y, al abrir la puerta, pensé que se habían equivocado al darme la llave.

Sobre la mesa había un ramo grandioso de tulipanes blancos con una nota. Sorprendida, abrí rápidamente el sobre y leí:

Te espero mañana a las tres  
en el restaurante del hotel Palace.

¿Vendrás?

EDMOND

El corazón me latía desbocado en el pecho. Consulté el reloj: eran las cuatro de la madrugada. No eran horas de llamar a nadie. Ni siquiera a un *attaché* francés milagrosamente soltero y sin compromiso.

Mientras olía el perfume sublime de las flores, pensé que si había un solo hombre en el mundo que se pudiera comparar con mi padre, sin duda ese era Edmond.

## Pongamos que hablo de Madrid

*M*e desperté de repente. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue el reflejo que el sol de otoño dibujaba en el suelo. Las flores estaban intactas, pero no así mi alma. Miré el reloj: era mediodía. Aunque había dormido muy poco, me sentía renovada, con una ilusión que ya había olvidado.

Faltaba mucho todavía para la cita. Estaba nerviosa. Tenía la sensación de que corría desesperadamente hacia un precipicio, pero estaba decidida. Nada ni nadie impediría que fuera al almuerzo con Edmond.

Pero ¿quién era él en realidad?

En el vuelo me había dicho que trabajaba de *attaché* de la embajada francesa, además de ser comandante del ejército del aire. Mientras recordaba sus palabras, escuchaba también los latidos de mi corazón. Tumbada en la cama, evoqué sus dientes blancos, perfectamente ordenados, a la vez que leía una y otra vez la nota que acompañaba al ramo. La letra era de alguien acostumbrado a escribir rápido, como si estuviera permanentemente tomando apuntes. He aquí la ausencia de caligrafía de un hombre maduro, o eso quise creer.

De repente, sonó el teléfono de la habitación.

Desorientada, pensé que nunca me llamaba nadie al hotel. Al descolgar, oí una voz masculina que, con seguridad, dijo:

—Hola, *Bijou*.

—¿Cómo estás? —le pregunté, con el corazón a punto de estallar.

—Solo quería comprobar que no has sido un sueño... —dijo—. Faltan dos horas para verte. Te esperaré en la puerta del Palace.

Antes de colgar, acerté a decirle:

—Sí, allí estaré.

A continuación, abracé la almohada hundiendo mi cabeza en ella. Con los ojos cerrados, sentía que un soplo de aire fresco inundaba la habitación.

No tendríamos mucho tiempo. A las ocho de la tarde tenía que estar en el trabajo. Tocaba consejo de redacción y, a diferencia de otros compañeros, a mí me motivaban estas reuniones. Todo el equipo discutía acaloradamente alrededor de la mesa sobre las preguntas que le haría al personaje que «pasaría por mi grabadora», como decían ellos. Abordábamos cada noticia científicamente: por

qué, dónde, cómo y con quién había pasado aquello.

Eché un vistazo a la carpeta para ordenar los recortes de periódicos de mayor a menor importancia informativa y, sorteando la maleta, me metí en el baño.

Mientras me duchaba, la mampara me devolvió la imagen de mi figura. Aquel mediodía me sentía orgullosa de lo que veía.

Cepillándome los dientes, pensé en cómo me vestiría para la cita. Finalmente escogí un traje gris de punto de seda con una chaqueta de piel, medias negras, zapatos de tacón y uno de los maxibolsos que siempre me acompañaban.

Iba con la vida auestas y la mía no era precisamente ligera.

Tenía tiempo suficiente para ser puntual, pero no quería llegar demasiado pronto ni demasiado tarde, claro está. Detestaba la idea de parecer ansiosa, aunque en realidad era como me sentía...

Al salir del hotel no hacía frío, aunque estábamos a mediados de noviembre. En el taxi, pensé que Madrid, una de las ciudades que más oportunidades profesionales me había dado, ahora me regalaba conocer a alguien que me gustaba de una forma desmesurada.

Frente al Museo Thyssen vi una civilizada cola de turistas. Ya faltaba poco para llegar. Cuando el taxi se detuvo en un semáforo, me perfumé instintivamente el lóbulo de las orejas con unas gotas de pachulí.

Ya habíamos llegado al lugar y faltaban todavía cinco minutos para la cita, de modo que le pedí al conductor que diera la vuelta y me dejara en el acceso de la esquina, muy cerca del Congreso.

Desde el vehículo, lo vi a lo lejos. Llevaba pantalones grises, chaqueta azul marino cruzada, camisa blanca y un pañuelo en el cuello.

Cuando nos detuvimos ante él, se apresuró a abrir la puerta del coche. Con una rapidez inusitada, pagó la carrera. Cuando me dio la mano para salir, me quedé pegada a su cuerpo, mirándole a los ojos.

—¡Eres muy alta! —me dijo con una sonrisa.

—Metro setenta y ocho —contesté, escondiendo los nervios.

La escalinata del hotel Palace es de una belleza paralizante. Su construcción fue un encargo del rey Alfonso XIII, que ocupaba una de las más de cuatrocientas habitaciones.

Vi que algunos políticos catalanes andaban por el *hall*. Uno de ellos se acercó a mí y me preguntó con sorpresa:

—¿Qué haces por aquí?

Iba a responderle con cara de pocos amigos «Lo mismo que tú... ¡comer!». Cuando Edmond vino al rescate, le dijo:

—Disculpe, soy yo quien disfruta de su compañía.

Me quedé muda porque, además de decirlo en un catalán perfecto, casi sin

acento, vi como ambos se fundían en un abrazo fraternal mientras el diputado le decía:

—¡Cuídate, Edmond!

Cuando nos quedamos solos, le comenté:

—Por cierto, ¿por qué hablas tan bien el catalán? Eres una caja de sorpresas.

Sentados a la mesa que tenía reservada, pedimos vino blanco y nos quedamos en silencio. No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que no veía nada que no fuera él. En treinta y nueve años de vida, nunca me había sentido tan fascinada por nadie.

El camarero se acercó a preguntarnos si habíamos elegido y ambos respondimos al unísono que todavía no.

Rompí el hielo preguntándole por su trabajo y me respondió que le parecía mucho más excitante el mío. Después resumió en un minuto mi vida, no la suya, como habría sido natural.

Lo sabía todo o casi todo. Que era periodista y había estudiado en una prestigiosa universidad americana, que mi padre había muerto dejándome en una orfandad emocional muy profunda, que era hija única de un matrimonio burgués. Incluso sabía que mi padre era abogado y mi madre pianista.

—También sé que no tienes pareja conocida y que eres la mujer más atractiva que he visto nunca —concluyó.

Lo poco que yo sabía de él me lo había explicado en el avión. Me dio algunos detalles más sobre sus estudios en la Sorbona, su paso por el ejército y cómo había llegado a la diplomacia.

En cuanto a mí, pensé que su informador se había dejado lo más importante: que mi madre y yo estábamos arruinadas, porque la enfermedad de mi padre nos había dejado más deudas que ahorros, y que yo no era una persona tan feliz como parecía, aunque por primera vez en la vida sentía con fuerza que eso podía solucionarse.

## Canción de amor

Cuando sonó el móvil, vi en la pantalla que ya eran las cinco de la tarde. Era mi madre, que quería saber cómo iba todo. Por supuesto no le dije que estaba en una comida de negocios precisamente.

Todo un caballero, Edmond se levantó con la excusa de ir a saludar a alguien. Me dejó a solas con la realidad, que me asediaba en cada esquina, hiciera lo que hiciese y estuviera con quien estuviese.

Mientras hablaba con mi madre, por un momento me transporté a aquel domingo fatídico de septiembre que marcaría mi vida.

Año 1998. Un hombre de sesenta y un años, vital, fuerte y sano, salía de casa para ir a jugar al tenis con unos amigos. Nunca llegó a la cita. El coche de mi padre se empotró en un margen de la Ronda de Dalt. Aquel accidente sin consecuencias fue la primera señal.

Al principio pensamos que había sido solo una distracción, pero él ya estaba gravemente enfermo. Una metástasis medular silenciosa trabajaba incansablemente para llevarlo hacia el desastre.

Unos días después, mi madre se derrumbó en una silla mientras el médico nos daba el diagnóstico.

Nos pusieron en manos de uno de los mejores oncólogos de Barcelona.

Tenía su consulta en la Clínica del Remei y allí lo trasladamos.

Pasábamos los días en una luminosa habitación desde donde veíamos el *skyline* de la ciudad. Al principio él todavía caminaba y, con su bondad habitual, le quitaba hierro al asunto diciendo que en un par de días volvería al despacho porque le esperaba un juicio importante.

Cuando nos quedamos mi padre y yo a solas, sin embargo, me pidió que fuera a casa y que le llevara algunas cosas que para él eran básicas: una foto de los tres felices, sonrientes en el salón de casa, sus libros de derecho y su música... Quería especialmente un disco de Manhattan Transfer.

En esos instantes de recuerdo, que incluían toda una vida, retrocedí aún más hasta fondear en las aguas de la adolescencia.

Yo estudiaba inglés americano en la escuela Berlitz, donde un profesor les dijo a mis padres que tenía una facilidad especial para los idiomas. Entonces se me

presentó la oportunidad de estudiar en la Universidad de Columbia.

En el aeropuerto, antes de pasar el control, mi padre me abrazó muy fuerte y me dijo:

—No mires atrás, Sandra. La vida no se detiene. Por muy sola que te sientas, aunque tengas ganas de abandonar, no vuelvas sin una licenciatura. Nosotros te esperaremos aquí.

En aquellos momentos, lo odié. Sentía que me echaban de casa. Después, a lo largo de mi vida he recordado con emoción aquel momento. Ahora sé que le debo a mi padre lo que soy gracias a aquellas palabras.

Cuando ambos vinieron a visitarme, me las ingenié para ir juntos al Madison Square Garden a escuchar a Manhattan Transfer.

«Chanson d'amour» era la canción favorita de mis padres. Con los ojos cerrados, los volví a ver bailando como dos adolescentes cuando en el concierto interpretaron esta canción. En el mundo no había dos personas enamoradas, más unidas, ni tampoco nadie más orgulloso que yo en ese momento, viendo cómo danzaban abrazados.

Cuando mi padre murió, después de dos años de luchar con las armas que tenía —fortaleza, voluntad, dignidad, honor y bondad—, el vacío que nos dejó no fue solo físico, sino también económico. Nos habíamos gastado lo que teníamos y lo que no teníamos en clínicas privadas para intentar salvarlo.

Para nosotros la pobreza era lo de menos, pero los acreedores no tuvieron piedad.

Cuando Edmond volvió a la mesa, hice entender a mi madre que tenía que cortar.

Después de unos minutos de conversación nerviosa, atendiendo preguntas de él sobre mi trabajo, sentí que alguien estaba rozando sinuosamente mis piernas por debajo de la mesa.

Mi sorpresa se convirtió en parálisis cuando él de repente dijo:

—¿Te apetece subir a mi habitación a tomar una copa?

Eran las 17.15 y hasta las 19.30 no tenía que ir al trabajo.

Mientras Edmond miraba mi escote sin pudor, al tiempo que recorría mis manos con las suyas, recordé una frase de *La tía Tula* de Miguel de Unamuno: «Ella había pasado por el mundo fuera del mundo».

«Ya es hora de abrir puertas al mundo», pensé.

—No hay nada que me apetezca más que un whisky de malta —respondí.

Al oír esto, él se levantó, me retiró la silla y, muy juntos, casi tanto como mis padres bailando, nos dirigimos al ascensor.



## Cuerpo y alma

*L*os ascensores estaban ocupados. Él parecía nervioso y, como si le fuera la vida en ello, apretaba todos los botones para que bajaran más rápido.

Yo no recordaba cuándo había sido la última vez que me había sentido mujer de aquel modo, junto a un completo desconocido con quien estaba a punto de subir al cielo y, al mismo tiempo, tal vez, bajar a los infiernos.

Su habitación estaba en la cuarta planta. Una vez en el ascensor, se acercó bastante a mí como para hacerme notar la fuerza de su masculinidad en mi vientre. Cerré los ojos.

—Lo que más deseo en el mundo es hacerte ahora el amor —me dijo al oído.

Deslizando mi cabeza hacia atrás, riendo como una niña, nos detuvimos en el tercer piso. Después de recomponerme un poco, cuando las puertas se abrieron, Edmond me cogió muy fuerte de la mano y me arrastró fuera del ascensor. Íbamos flotando por el pasillo hasta la puerta 410, mientras casi nos ahogábamos de risa.

Después de abrir con la tarjeta magnética, me invitó a entrar primero. La estancia era amplia y luminosa, de una elegancia casi británica. Las cortinas dejaban entrever el balcón sobre la calle.

Salí mientras él se quitaba la chaqueta. Maravillada, vi a mis pies la fuente de Neptuno. Si forzaba un poco la mirada, incluso podía vislumbrar el Museo del Prado, donde me perdía siempre que el diario me lo permitía.

Empezaba a anochecer, y las luces del balcón se encendieron automáticamente. Justo entonces noté que sus manos recorrían mi espalda.

Al volverme, vi que se había mojado el pelo negro. También sus ojos brillaban como si no fueran humanos. Me ofreció un whisky de malta del mueble bar. Antes de que me hubiera llevado el vaso a los labios, me apartó la mano para besarme lenta y pausadamente.

Me senté a su lado en la cama. En la mesita de noche, tenía un iPod con unos pequeños altavoces. Hizo sonar a Charlie Haden con una de mis canciones favoritas: «Body and Soul».

Estremecida, me preguntaba cómo podía saber que me encantaba este contrabajista de jazz y que su pieza de 1930 era para mí «cuerpo y alma».

—Será la banda sonora de una noche que no olvidaremos nunca.

No contesté, no quería hablar. Era tiempo de sentir... Sin casi tocar mi piel, me desnudó y yo hice lo mismo con él.

Se levantó para ajustar las cortinas. Abrazada a un gran cojín de plumas observé su pecho viril, las piernas torneadas, los brazos fuertes y un sexo poderoso que estaba en tal grado de excitación que deseé sentirlo en mi interior.

Y eso fue lo que pasó muchas veces. Esa noche entró en mi boca, entre mis pechos, mi sexo... Hicimos el amor de forma telúrica hasta que estalló la pasión y los gemidos enmudecieron todo el dolor que habitaba, desde hacía años, en lo más profundo de mi corazón.

Abrazados después de la tormenta de placer, sentí cómo se me escapaban las lágrimas. Ambos éramos animales heridos, y sabíamos que lo sucedido en aquella habitación de hotel había sido más que sexo. Había sido un acto de resurrección. Nos acabábamos de salvar el uno al otro.

## Azul de ojos azules

**M**ientras dormía, feliz y agotada en aquella cama extraña, sentí que él me susurraba al oído:

—Mañana, cuando vuelvas del trabajo, quiero que vengas a pasar la noche conmigo. Me da igual la hora... Te estaré esperando.

Antes de que él se fuera a trabajar, me incorporé y me quedé sentada en el borde de la cama, mostrándole mi espalda desnuda mientras me acariciaba.

—Me encanta sentir tu piel —dijo.

Cerré los ojos, respirando profundamente.

Después salté fuera de la cama y me fui directa al baño. Bajo la ducha, me pregunté qué pasaría a partir de ese momento.

Mi padre me había dicho siempre que el secreto de la vida reside en caminar y no dejarse vencer nunca. Esto era lo que aplicaría en aquella nueva etapa que ahora comenzaba.

Cuando salí, él ya estaba vestido y me dio una copia de la tarjeta magnética de la habitación. Después se marchó.

Ya fuera del Palace, media hora más tarde, el aire frío de la sierra madrileña me devolvió a la realidad. Después de haberme ausentado la noche antes, tenía que ir a la redacción para analizar la actualidad y dar la vuelta a las noticias en busca de un personaje interesante al que entrevistar. Mi profesión me proporcionaba el mayor de los retos: ir por la vida con los ojos abiertos y aprender sin parar.

Con la BlackBerry en la mano, estaba convencida de que antes que llegara a mi destino, él me enviaría un *whatsapp*. Y así fue:

Te echo de menos. Te espero por la noche.

Ese mensaje me ofreció lo que necesitaba: esperanza.

Después de trabajar todo el día en la redacción, volví por la noche a mi cuartel general del hotel Conde Duque. Ni siquiera cené. Tras coger algo de ropa, llamé a un taxi y me fui.

En diez minutos, ya estaba en el Palace. Entré en el *hall* a paso rápido. Nadie me preguntó a dónde iba, de modo que fui directa al ascensor y apreté el botón de la cuarta planta.

En la puerta de la habitación, me ordené el pelo y abrí. Estaba oscuro. Edmond no había llegado todavía.

Entré en el baño y, al encender la luz, encontré un mensaje escrito en el espejo aprovechando el vaho del agua caliente:

Ponte cómoda. Volveré enseguida.

Extrañada, entré en el dormitorio con la tenue luz que se colaba a través del ventanal. Me pareció que la cama estaba vacía y efectivamente así era. Al encender la luz, observé que estaba todo en perfecto orden. A continuación, abrí los armarios para comprobar que su ropa seguía allí.

Nerviosa, me senté en uno de los sofás y apagué la luz. Le envié un mensaje al móvil para decirle que estaba allí, pero no estaba conectado.

De pronto me di cuenta de la locura que era todo aquello. ¿Estaba segura en esa habitación? Nadie de mi entorno sabía quién era Edmond. Estuve a punto de llamar a Paula, pero lo descarté de inmediato, ya que eran casi las once de la noche.

Me puse como límite las doce. Si en una hora no aparecía, me iría. Estaba agotada tras más de doce horas trabajando. Acostada en el sofá, mirando la puerta, finalmente me venció el sueño.

Cuando abrí los ojos, vi en mi móvil que eran las tres de la madrugada y la habitación seguía vacía. Ningún mensaje. Nada de nada.

Una tristeza profunda y una sensación de ridículo inexplicable se apoderó de mí.

Cuando estuve fuera del Palace, lo llamé directamente, aunque la hora era intempestiva. Necesitaba que me dijera que lo que había vivido no era producto de mi imaginación. Su teléfono móvil estaba apagado y su voz me invitaba a dejar un mensaje.

Caminé sin rumbo, desorientada y con la sensación de que o bien Edmond era un farsante o que le había pasado algo grave.

A las ocho de la mañana volvía a Barcelona con el AVE, de modo que me fui al hotel a buscar mis cosas. Al llegar a la recepción, pregunté si había algún mensaje para mí. Evidentemente, ni rastro del señor con quien había hecho el amor la noche anterior.

Me resigné, era una maestra en esta especialidad. Por momentos pasaba de la angustia más profunda al enfado más colérico. Vestida sobre mi cama, intenté calmarme. En la Ciudad Condal no me esperaba precisamente una fiesta. Tenía una reunión en un despacho de inversores a quienes teóricamente les interesaba comprar la casa donde vivía con mi madre. Por culpa de las deudas, nuestra situación era ya insostenible y tenía que reaccionar rápido si no quería que aquel

casarón nos arrastrara a un pozo todavía más profundo.

En cuanto estuve en el tren, mientras miraba el paisaje, rememoré lo que había pasado la noche anterior en el Palace. Sonreí pensando que, en el fondo, había tenido suerte de vivir todo aquello. Finalmente me dormí, mientras en el hilo musical Eric Clapton hacía sonar su guitarra.

## Dos en la carretera

*H*abía dejado Barcelona con treinta y nueve años y volvía a ella con un espíritu de ochenta. Lo sentía así y lo vivía de la misma manera. Como una autómata, arrastraba la maleta con la sensación, como escribió Herta Müller, de llevar conmigo todo lo que tenía.

Sabiendo que estaba todo perdido, recordé que a las siete de la tarde tenía una cita para solucionar nuestro grave problema de liquidez sin necesidad de perder nuestra memoria. Es decir, la casa.

Ingenua de mí, me sentía tranquila.

Atravesando la plaza Francesc Macià, camino de casa, me emocioné. Barcelona seguía siendo el lugar al que yo pertenecía, una ciudad cosmopolita donde era fácil pasar desapercibida, una capital abierta al mundo. No solo en eso tenía suerte: era una mujer a la que le habían enseñado a ser generosa con sus sentimientos.

Intentaba buscar en el subconsciente algún resquicio de paz que disipara mi estado alterado por no tener noticias de Edmond.

Pero las horas pasaban y su llamada no llegaba. Cuanto más corría el tiempo, más lejos me sentía de la felicidad... y eso me daba miedo.

El taxi paró frente a la reja. Aún no era mediodía. Mientras pagaba la carrera, me quedé absorta mirando el jardín. Mi madre había regado hacía poco y el aroma de los cipreses, que daban una extraña privacidad a nuestra vida, me embriagó.

Antes de abrir la puerta, me dejé llevar por los buenos recuerdos. No tenía que hacer un gran esfuerzo. A lo lejos se oía una partitura inconfundible: el «Two of the Road», de Henry Mancini.

Me quité los zapatos y los calcetines. Quería notar la frescura de las hojas mojadas y entré corriendo al salón.

—¡Audrey Hepburn y Albert Finney! —exclamé—. Qué jóvenes estaban en la película...

Mi madre salió de la cocina, secándose las manos, y nos abrazamos. Por primera vez, aquel mediodía me di cuenta de que ya no era aquella mujer alta y rotunda que me había educado. Y tomé conciencia de otra cosa: aunque fuera la

persona más fuerte que había conocido, si le quitaban aquellas cuatro paredes, moriría.

Mientras cocinaba a fuego lento mi plato preferido, albóndigas con tomate, me decía que este salón amplio e iluminado era una jaula de oro. Una lámpara de lágrimas de mi bisabuelo coronaba la estancia. En el centro de la mesa, había una fuente de cristal de Bohemia que había pasado de generación en generación y siempre estaba llena de los pétalos caídos de las rosas del jardín. Y, por encima de todo, la joya familiar: un tocadiscos Roselson donde poníamos los discos de vinilo.

A pesar de que el CD había aterrizado hacía tiempo, mis padres estaban convencidos de que era un arma cargada por el diablo, de modo que el ambiente sonoro lo proporcionaba este aparato.

*Dos en la carretera.* La primera vez que la vi fue en el cine Bosque. En aquella época, muchas salas de Barcelona ofrecían reestrenos que me habían permitido ver grandes películas: *Lawrence de Arabia*, *Lo que el viento se llevó*, *Adivina quién viene esta noche...* Allí estaba yo con quince años, sentada entre mis padres, chupando un caramelo de menta y soñando despierta ser como Joanna, conduciendo mi coche y cruzando Normandía. Eso sí, ya entonces no tenía muy claro si quería tener un Mark a mi lado.

«¡Cómo cambian las cosas!», pensé mientras deshacía la maleta.

Al abrir sobre la cama la bolsa de la ropa sucia, me abracé a ella. Todavía olía a él, a su perfume y mi intimidad.

Hacía rato que no sonaba el teléfono. «¿Y si la BlackBerry se ha quedado sin batería?», me pregunté. ¡Efectivamente, eso era lo que había pasado! Un latigazo eléctrico recorrió mi columna al pensar que Edmond me podía haber llamado y el móvil hubiese estado apagado. Rápidamente conecté el cargador.

El minuto y medio que tardó en volver al mundo de la comunicación me pareció eterno. Cuando por fin se encendió, imploré a la diosa de la fortuna que tuviera algún rastro de él en forma de llamada.

Pero el resultado no fue el esperado: ningún mensaje en el contestador.

Estuve tentada de llamarlo de nuevo, pero me ordené a mí misma no hacerlo. Paula me aconsejaba: «Siempre es mejor saber... siempre». Y tenía razón, pero una fuerza fatídica no me dejaba reaccionar.

Comí con mucha hambre, mientras mi madre me ponía al día de todas las novedades. La mayoría estaban relacionadas con todos aquellos recibos que llegaban y que pagábamos con un esfuerzo infinito.

Luego, cogí el coche. Conducir me gusta; me relaja y me ayuda a pensar. Como un jugador de fútbol en el campo, driblaba el tráfico infernal de la ciudad, a pesar de que iba con tiempo más que suficiente.

La cita era en un despacho de la Rambla de Catalunya, muy cerca de la calle Mallorca. En el asiento del acompañante descansaba, dentro de una carpeta, toda la documentación sobre la casa, que habían construido mis padres en el año 1965 para casarse, en un terreno que pertenecía a mis bisabuelos. Estos eran carniceros y tenían una pequeña tienda en el mercado de Sant Gervasi, y la parcela donde se construyó la casa había servido como zona de pasto para las ovejas.

Un domingo de desesperación, con más facturas sobre la mesa de las que podía pagar, tuve una discusión terrible con mi madre sobre la casa. Ella se cerraba en banda y decía que de allí solo la sacarían con los pies por delante.

Entonces encontré en *La Vanguardia* un anuncio que creí que abría una puerta a la esperanza. Un grupo de inversores estaba dispuesto a comprar una casa grande y espaciosa en una buena zona de la ciudad. Los propietarios no deberían abandonarla, ya que los dejarían vivir en régimen de usufructo.

A pesar de que no me fiaba demasiado de aquel anuncio, pensé que no perdía nada probándolo.

Después de aparcar en una calle muy cercana al edificio donde me dirigía, me retoqué los labios de rojo intenso y salí del coche. Me persigné antes de ir hacia el despacho.

Subí los dos pisos a pie, muy lentamente, sintiendo el ruido de mis tacones al pisar los peldaños. La finca era regia y magnífica. En otras circunstancias, me habría parado en cada planta a admirar los techos altos con estucados modernistas, pero en aquel momento no lo hice.

Al llamar al timbre me sobresaltó su sonido, estridente y antiguo.

Abrió la puerta un hombre enjuto de mediana edad que me miraba por encima de las gafas de vidrios estrechos. Me tendió la mano y nos presentamos. Una profunda sensación de asco me invadió. Su contacto era sumamente desagradable. La flacidez extrema de su mano, acompañada de un exceso de sudoración, me repugnó sobremanera.

El mobiliario de aquel recibidor oscuro algún día había sido noble, pero ahora se mostraba añejo y lleno de carcoma. De las paredes en penumbra colgaban cuadros del siglo XIX. Era inevitable pensar que formaban parte del botín de alguien que no había pagado sus deudas.

En cuanto al hombre que me acababa de dar su mano pegajosa, recordaba a Don Pantuflo, el padre de Zipi y Zape. Vestía con chaleco y llevaba patillas gruesas. Me fijé, además, en que tenía las uñas sucias.

Enseguida pensé que me había equivocado de lugar. Ni aquello era un despacho profesional ni aquel era un hombre de negocios.

Pasó él primero, sin la más mínima consideración. Caminaba muy rápido y,



para seguirlo, tuve que apretar el paso por el pasillo larguísimo con las paredes repletas de fotografías antiguas. A pesar de que las puertas estaban cerradas, de las diferentes habitaciones llegaban las voces de gente que conversaba.

Eso me tranquilizó, pues por un momento había creído que estaba en el túnel del terror y que aquella era una casa fantasma.

Finalmente, llegamos a un salón iluminado por los neones de las tiendas de la calle. El hombre abrió la luz y, antes de cerrar la puerta de golpe, dijo:

—Siéntese aquí, voy a buscar a mi socio.

No lo hice, y me quedé de pie muy tensa, pensando que si en cinco minutos no volvía me iba a marchar por donde había venido.

Mientras esperaba, intenté no pensar en mis abuelos ni en mis padres. Habíamos vivido tantos instantes felices en la casa familiar... Por primera vez en treinta y nueve años de vida, di la razón a Daisy Buchanan, la protagonista de *El gran Gatsby*, cuando dice: «Lo mejor en este mundo para una chica es ser bonita y tonta». Hasta ese momento, me había sentido orgullosa de ser todo lo contrario, pero quizá las cosas habrían sido más sencillas si hubiera sabido apoyarme en algún hombro que hiciera el trabajo sucio.

Pero ya era tarde, y no podía cambiar. Aquel ser preternatural volvió acompañado de otro que lo superaba en vileza. Allí estaba yo, vestida con mis mejores galas, para no perder la poca dignidad que me quedaba ante dos auténticos usureros.

Se sentaron ellos primero y, sin dar más explicaciones, me pidieron la documentación de la casa. Abrieron la carpeta, y mientras leían los folios me parecieron dos hienas que se mordían para despedazar a mordiscos la pieza y quedarse con la mejor parte.

Sin mirarme, el socio del usurero dijo:

—Este *casoplón* nos interesa.

Respiré profundamente, al tiempo que los miraba con todo el asco que sentía, que era enorme. A continuación, les pedí:

—Hablemos claro, señores. Para ustedes, lo que tienen encima de la mesa es tan solo un negocio, pero para mi familia esta casa, además de lo único que tenemos, es nuestra vida. Por eso les pido un poco más de corrección y profesionalidad.

Al oír esto, enmudecieron. El cretino que me había abierto la puerta se quitó las gafas para escrutarme y puso en marcha este discurso:

—¿Sabe usted? Cuando me dijeron su nombre, nunca pensé que sería la misma persona que escribe en el diario. ¿Cómo alguien de su posición ha llegado a este punto? Seguro que a lo largo del camino ha hecho algo mal. Nosotros nos dedicamos a solucionar aquellos problemas que nadie arregla, y lo hacemos sin

contemplaciones. No nos mueve la caridad, sino el dinero. Esto es un canje: usted tiene algo que nosotros queremos, y nosotros le ofrecemos una salida a su problema. ¿Qué más espera?

A pesar de que ya estaba herida de muerte, contesté:

—Tiene toda la razón; así pues, dejemos ya los discursos... ¿Qué me ofrecen?

Sonrieron con la fuerza que otorga tener las cartas ganadoras. A continuación, empezaron a contarme su plan. Era complicado desde un punto de vista jurídico, pero sumamente efectivo. La única posibilidad para que mi madre no tuviera que irse de casa y el banco se quedara con sus recuerdos era estar en una especie de alquiler de su propiedad. Mientras ella viviera, no podían echarla, a cambio, claro está, de que firmara la cesión de la casa.

Mientras aquellos usureros hablaban, yo tan solo pensaba en encontrar la manera menos dolorosa para explicar a mi madre que, en adelante, su vida sería una ópera bufa de cara al exterior. Mis abuelos primero, y mi padre y yo después, nos habíamos encargado siempre de que, a pesar de los problemas, su mundo no variara en absoluto.

Quizás había sido ese nuestro gran error.

Al bajar de mi casi viaje astral, los usureros guardaron los papeles y, mientras me devolvía la carpeta, el hombre del chaleco añadió:

—Antes de firmar nada, alguien de nuestro equipo examinará la propiedad.

—¿Qué quiere decir con esto? —pregunté.

—Aunque sobre el plano nos interesa, debemos certificar que la casa está en buenas condiciones, como puede entender; es decir... que no nos vamos a quedar con una reliquia.

Al oír aquello tuve ganas de abofetearle e insultarle, pero me contuve y, con un hilo de voz, dije:

—Me parece justo. ¿Cuándo y quién vendrá a ver la casa?

—Ya se lo dirán, pero probablemente irá Irina.

«Una mujer», pensé angustiada. Hubiera preferido que fuera un hombre. No me tranquilizaba en absoluto que valorara la casa alguien de mi género. Menos con Paula y un par de excepciones más, la relación que tenía con las personas de mi sexo no era demasiado fluida, pero me tuve que resignar a que fuese la tal Irina quien viniese a ver la casa.

Mi instinto no se equivocaba. La realidad resultó ser infinitamente peor de lo que me temía.

## Tu canción

Llovía a mares y, como era habitual, no llevaba paraguas. Preferí mojarme. No podía aguantar ni un minuto más en aquella portería decadente. A pesar de ser una finca monumental, la luz de la recepción era anémica. La atmósfera de aquel lugar resultaba siniestra, extraña y asfixiante.

Guardé los documentos en el bolso antes de correr hacia el coche. Me notaba la cara húmeda, no sabía si por el aguacero o por las lágrimas que brotaban de mis ojos sin parar. Me dolía el corazón y el alma, pero aún más la conciencia. Tras abrir la puerta del coche, lancé la bolsa en el suelo y encendí el motor. Automáticamente, la radio se puso en marcha, regalándome «Your Song».

Nunca olvidaré cuando vi *Moulin Rouge* con Paula. Como tantas otras películas, obras de teatro, exposiciones, meriendas, viajes... ¡Habíamos vivido tanto juntas!

Nuestra amistad comenzó en segundo de bachillerato. Ella era una adolescente con una gran capacidad para reflexionar y escuchar. Quería ser psicóloga. Yo me dejaba tentar por el periodismo.

Nos habíamos visto por primera vez en el patio del instituto donde nuestros respectivos padres habían decidido inscribirnos. Era una edad difícil. Se acercaba la selectividad para acceder a la universidad y querían un centro que fuera estricto, pero donde al mismo tiempo tuviéramos suficiente libertad para perseguir nuestros sueños.

Todavía la estoy viendo. Seria, espigada, sobria y tranquila. La providencia hizo que nos sentaran juntas en la primera clase. Tocaba latín. Empezamos a hablar y... hasta ahora. Casi treinta años de amistad.

Al salir de aquella noche de cine, impactadas por Nicole Kidman y todavía más por la increíble voz de Ewan Mc Gregor, me dijo:

—Has de convencer a tu madre para vender la casa. Tu padre no volverá del otro mundo para salvaros. Os tenéis que valer por vosotras mismas.

Sentada frente a ella con una hamburguesa, pensé que solo Paula me podía hacer abrir los ojos de aquella manera.

Poco después de aquella velada nos citó el director de nuestra oficina del banco. Mi madre no entendía por qué nos había convocado a la reunión.

Sudando la gota gorda y haciendo más números que un contable, conseguíamos llegar a fin de mes. Si todo estaba correcto, ¿qué pretendía?

José Antonio, un señor de aquellos que ya no quedan, discreto y atento, era un banquero a la manera antigua. Con un tono de voz repuesto, nos comunicó que había alguien interesado en comprar la casa.

Me hinché de felicidad durante tres segundos. Todos nuestros problemas se iban a acabar. ¡Por fin! A pesar de perder la casa familiar, podríamos levantar cabeza y poner en práctica el consejo que me había dado mi padre pocas horas antes de morir: «Ve a tu aire, la vida no se detiene».

Pero mi felicidad duraría el tiempo que mi madre tardó en responder un sonoro: «¡No!».

Se oponía a la venta de la casa solo por el qué dirán, y porque no quería hacer el esfuerzo de cambiar su vida.

—¿Qué quieres que haga con todos los libros, con los recuerdos? ¡No cabrán en ningún otro lado! Saldremos de esta —se defendió, para a continuación decirle al director de la oficina—: Sandra tiene un buen sueldo.

Por primera vez, la odié. ¿Cómo podía ser tan egoísta? Resoplé como un elefante.

José Antonio me miró con ojos de conmiseración. Era consciente de que mi madre y yo estábamos en el *Titanic* y nos acababa de ofrecer un bote salvavidas.

—No te precipites, y espera un poco —le dije—. Mamá, escuchemos la oferta, tal vez es lo suficientemente buena y se acaban de una vez por todas nuestras angustias.

Ella clavó sus pupilas en las mías y concluyó:

—Esa casa es mi vida. Nunca, mientras esté en este mundo, la venderé. No me importa nada... He dicho nunca, ¿me has entendido?

«Esta casa es mi vida...», me repetía yo. Aquella expresión pronunciada de forma tan imperativa se quedó grabada en mi cerebro mucho tiempo. Si esa propiedad era el motor de su existencia, ¿yo qué era? ¿Tan solo la desgraciada que pagaba las facturas y las deudas?

Salimos de la oficina en silencio. Al llegar a casa, le dije que me parecía un abuso y una falta de sensibilidad por su parte que me encadenase a su destino sin dejarme otra opción.

La puerta de su habitación se cerró con un golpe tan fuerte que las paredes temblaron.

Si mi madre hubiera aplicado el sentido común cuando aún podía hacerlo, aquellos usureros, salidos de una novela de Dickens, no estarían a punto de apropiarse de nuestra historia a precio de saldo.

Pero ya era demasiado tarde.

Pensaba en todo esto mientras escuchaba la fantástica versión de «Your song» que interpretaba el actor escocés en la película.

Sin decirnos nada, aquella noche en el cine, Paula y yo sentimos que esa sería nuestra canción. A partir de entonces, siempre que estábamos juntas en el coche, la poníamos en el CD a todo volumen y cantábamos y llorábamos de emoción.

Encendí la luz del coche para mirarme al espejo. Me asusté. Tenía los ojos hundidos, el rímel corrido y el rojo de los labios esparcido por la barbilla. Una imagen demasiado vulnerable que no podía llevar a la redacción.

Mientras me maquillaba sin perder más tiempo, sonó el móvil. De entrada pensé que era Daniel para coordinar el titular de la entrevista, como hacíamos siempre a las 19.45.

Respondí sin mirar antes la pantalla, pero una voz muy diferente me sorprendió al otro lado.

—Buenas tardes, *Bijou*.

La sangre se me heló en las venas. El corazón me latía muy deprisa. Mi cerebro hervía.

No le contesté inmediatamente. Finalmente, con un tono cercano pero firme, le respondí:

—Buenas tardes. ¿Estás bien?

—Sí, amor mío. Pero me han pasado tantas cosas que no te lo creerás.

Era la primera vez que me llamaba así: amor mío.

Lo corté abruptamente. Era una experta en esta materia.

—Edmond, efectivamente, no daré crédito a lo que me digas, así que, si te parece, olvidemos lo que ha pasado entre nosotros. Que tengas suerte. Tengo que colgar. Adiós.

Sentí que él decía algo pero, cuando quise reaccionar, ya no estaba en línea. Mirando el teléfono, imploré que volviera a llamar.

«Si lo hace —pensé—, tendrá una segunda oportunidad.»

Pero no lo hizo.

«Las cosas pasan siempre por algo», me dije con lágrimas en los ojos, mientras arrancaba el coche.

Parada en el semáforo del paseo de Gràcia, me quedé absorta ante La Pedrera. Soñando con los ojos abiertos, pensé cómo me hubiera gustado pasear con él cogidos de la mano, besarnos a la luz del día. Vagabundear juntos por Barcelona, presentarle a Paula y su marido, llevarlo a comer con mi madre.

Por primera vez, sentía la necesidad de compartir con alguien mis sueños, pero me preguntaba por qué había escogido a un hombre al que conocía desde hacía menos de tres días.

«De tu vocación has hecho tu profesión —me decía para tranquilizarme—.

Has vivido más emociones que muchas mujeres de tu generación. Tienes una madre que te necesita. Y pocos pero buenísimos amigos. Él es solo una anécdota.» Estaba casi convencida de todo esto cuando, al girar por una avenida cerca del trabajo, me pareció ver a un hombre apoyado contra el capó de un deportivo. No me lo podía creer. Aquel que en una noche me había hecho una mujer completa me esperaba con un ramo de lirios blancos en la mano.

Temblorosa, aparqué el coche.

Él se acercó, casi displicente, y me ayudó a salir. El mismo gesto que hacía cuarenta y ocho horas. Me sonrió, y aquí me ganó la partida.

## Me encanta París

Creí en él. Lo hice de la misma manera en que un seguidor de Elvis Presley afirma haber visto al rey del rock & roll en los almacenes Wal-Mart de Tupelo comprando calzoncillos. En este punto de mi vida necesitaba imperiosamente que algo me hiciera sentir de nuevo viva, y él estaba en el lugar y momento oportunos.

Abrumada por la emoción de volver a verlo, cuando ya pensaba que todo había sido un espejismo, me contó una historia propia de las novelas de Ian Fleming. Que lo habían reclamado de la embajada minutos antes de que yo volviera por un tema de seguridad, que su hotel había sido incomunicado y no había podido hablar con nadie, que su teléfono móvil blindado era una maravilla tecnológica, que no podía dar pistas de dónde estaba... Si en ese momento me hubiera dicho que se había reunido con Ghandi también me lo habría creído.

Estaba abducida, y la única responsable de ese síndrome de Estocolmo era yo misma.

Mientras lo escuchaba absorta, lo que quedaba de mi buen juicio me decía que no diera la más mínima oportunidad a un individuo de esas características, pero mi interior me pedía que lo siguiese hasta el fin del mundo.

Se hacía tarde. De pie en medio de la calle y con mil ojos que nos veían, le dije que le agradecía la visita pero que tenía que empezar a trabajar.

—¿Quieres venir conmigo a París este fin de semana?

Lo soltó como quien invita a tomar una copa después del trabajo. Él me proponía ahora pasar unos días en una de las ciudades que más quería. Sonreí y le pregunté:

—¿París? ¿Por qué?

—Necesito más de ti... Con una noche no hay suficiente. Lo quiero todo. Ven conmigo, déjame enseñarte la ciudad. Te prometo que no te arrepentirás y que no te vas a quedar sola en ninguna habitación de un hotel del mundo nunca más.

La perspectiva era irresistible. Lo abracé y, mientras le besaba tímidamente el cuello, le susurré muy cerca de la oreja:

—Sí.

Como santa Teresa, viví sin vivir en mí todas las horas previas a mi viaje. Por

primera vez, no tenía que organizar ni pensar nada. Tan solo respirar y comportarme como una mujer.

Para ello me hacía falta, sin embargo, sentirme salvajemente femenina. Antes de meterme en la cama de madrugada, eché un vistazo en el cajón de la ropa interior. Era funcional, moderna y cómoda, pero aburridamente formal. Decidí empezar por ahí.

Tenía tiempo. Mi vuelo no salía hasta primera hora de la tarde, así que a las diez de la mañana ya estaba en la calle. A pesar de que no había dormido más de cinco horas, no tenía sueño. Estaba tan emocionada pensando que pasearíamos nuestra pasión por un lugar tan mágico que, salvando todas las distancias, como dijo Rafael Alberti de Lorca: «Cuando pasa el Federico no pasa ni el viento ni el frío, solo el Federico».

A través de mí solo pasaba Edmond.

Mientras el café con leche se enfriaba, yo evocaba *La última vez que vi París*, como en el intenso drama de Richard Brooks. Esperaba, eso sí, que nuestro devenir no fuera tan trágico como para Van Johnson y Elizabeth Taylor.

Así como mi referente cultural era Estados Unidos, para mis padres siempre había sido Francia, donde viajábamos con frecuencia. Cada primavera pasábamos una semana en la Ciudad de la Luz. Mientras mi madre iba a algún concierto, mi padre y yo nos perdíamos en el Louvre. Nos rendíamos ante la *Mona Lisa*, claro, pero era imposible irnos de allí sin que nos quedáramos absortos ante el Código de Hammurabi.

Como hombre de leyes que era, mi padre me contaba con vehemencia que el rey de Babilonia había sido el primer jurista de la humanidad. En aquella monumental escultura estaba escrito el germen de los derechos fundamentales como la presunción de inocencia, aunque también la ley del Talión. A pesar de que me sabía aquello de memoria, me fascinaba ver cómo brillaban sus ojos, llenos de vida.

A diez pasos del museo estaba su restaurante preferido, una *brasserie* impecable abierta veinticuatro horas al día, siete días de la semana: Au Pied du Cochon.

Nos vestíamos como si fuéramos a cenar con la Reina Madre. Por el puro placer de verlos caminar, yo me quedaba retrasada y admiraba a mis padres desde atrás. Mi padre era alto y de complexión fuerte, y el escote de mi madre levantaba pasiones allá donde iba. Cogidos del brazo mientras caminaban por las calles de París, a mí me parecían dos artistas de cine.

El menú ya estaba preparado de antemano. Mi padre se encargaba de todo. Ya había reservado mesa desde Barcelona e incluso lo que cenaríamos: ostras, *foie-gras*, *steak tartare*, salmón... Todas aquellas maravillas culinarias regadas con



un vino de Burdeos celestial.

Me encontraba en ese apetitoso momento de mis recuerdos cuando sonó el teléfono. Tuve que hacer un esfuerzo para volver al lugar donde estaba: la pastelería Farga en la Diagonal, muy cerca de la corsetería donde había decidido comprarme algo especial para una noche única.

Miré la pantalla: era Paula. No le había explicado todavía lo que me había pasado en los últimos tres días. Nos comunicábamos siempre a través de *whatsapp*, así que si quería hablar conmigo era porque alguna cosa había notado en el ambiente.

A pesar de que en persona era un torbellino dialéctico, por teléfono era más bien parca en palabras. Me preguntó cómo estaba y qué me pasaba. Ella y su marido pasarían el fin de semana en la casa de la playa y, como tantas otras veces, me invitaban.

—¿París? —me dijo elevando el tono de voz y arrastrando la *ese* como si no lo pudiera creer.

Estuve tentada de confesarle el motivo del viaje, pero prefería decírselo cara a cara.

—Estoy en el centro. ¿Puedes tomar un café en una hora?

—¡Pues claro! ¿Dónde?

Mientras bajaba por la Rambla de Catalunya, pensé en cuán imprevisible llega a ser el destino. Pocas horas antes, sentada en el coche, me desesperaba pensando en cómo explicarle a mi madre sin herirla el panorama que teníamos por delante. Ahora, en cambio, respiraba profundamente ilusionada, dejando que el tibio sol de otoño me acariciase la cara.

Nunca había entrado en la *boutique* de La Perla, aunque siempre miraba el escaparate. A pesar de que Edmond me había enviado el pasaje y no me tenía que preocupar por el viaje, la situación me desbordaba, para no variar.

Debía dejar dinero a mi madre y no podía irme sin nada en el bolsillo. Esto me hizo chocar de frente con la realidad: ¿cómo pensaba comprarme algo si no tenía ni cien euros en la cuenta?

Pensé que, con un poco de suerte, la tarjeta Visa funcionaría, recordando la frase preferida de mi padre: «La aventura es la aventura».

En la tienda no había ningún cliente, y di gracias al cielo por ello. Dije a la joven vendedora que quería un vestido de noche para una ocasión única. Me pidió la talla y ahí comenzaron los problemas, no en el precio sino en el modelo.

Siempre la misma historia: las mujeres voluptuosas estamos discriminadas, como si no tuviéramos derecho a sentirnos deseadas y nos tuviéramos que conformar con una camisola amplia que no se pondría ni la cantante de The Mamas and the Papas.

Cuando ya estaba a punto de irme, la amable señorita me dijo que tenía algunas piezas ideales para una mujer con un pecho tan bonito como el mío. Emocionada, me probé un corpiño rojo semitransparente que ocultaba perfectamente los pezones y hacía lucir mi escote. Su tacto era exquisito, de un terciopelo sinuoso y cálido. Después le llegó el turno a un vestido de noche largo de raso que parecía una túnica romana. Era vaporoso y sensual.

Sudando, miré el precio. Las dos piezas costaban el triple de lo que tenía en la cuenta. Respiré hondo y decidí arriesgarme. Como aquel que se dirige a un pelotón de fusilamiento, yo oraba para que la Visa tuviera suficiente crédito, mientras la vendedora envolvía las piezas como si se tratasen de un Chagall o un Picasso.

Tan solo miraba la máquina de pasar las tarjetas, que tardaba demasiado en dar una respuesta. Me notaba el corazón en la sien y, cuando ya estaba a punto de partir con una excusa estúpida, aquel aparato siniestro comenzó a hacer ruido, aceptando la operación.

No me lancé a los brazos de la vendedora porque Dios no quiso. Saliendo de la tienda como si me hubiera tocado la lotería, me dirigí a la cita con Paula.

Puntual como siempre, leía una novela en una de las mesas del café. Con una sonrisa de oreja a oreja, me quité las gafas de sol.

—Pero ¿qué te pasa? —me preguntó mientras me daba un abrazo.

Yo estaba a punto de confesarle algo que, para todos menos para mí, era una locura. Eso sí, una locura irresistible.

## Qué mundo tan maravilloso

Casualidades de la vida, Paula se había sentado en el mismo lugar donde hacía un poco más de una hora había estado desayunando. Si entonces el hilo musical de la cafetería me había ofrecido los *Conciertos de Brandenburgo* de Bach, ahora el éxtasis continuaba con «What a Wonderful World», de Louis Armstrong.

Mientras ella pedía dos *cappuccinos*, presté atención a la letra de la canción, pensando que era cierto que para mí el mundo aún podía ser maravilloso.

Apagó su iPhone, algo que no hacía nunca, y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca, ¡en las nubes!

A continuación, le cogí la mano. Sin darle demasiado tiempo para pensar, en veinte minutos le expliqué la situación. La miré directamente a sus ojos de color miel y ella bajó la cabeza, muy sorprendida. Se desabrochó la chaqueta de piel, y con un gesto muy grave, desconocido para mí, dijo:

—Pero, Sandra, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo sabes que este Edmond es la persona que dice ser? Puede ser diplomático o un psicópata que busca por los aeropuertos alguna aventura con mujeres predispuestas... Te estás arriesgando mucho. ¡Ni se te ocurra coger ese avión!

Yo no daba crédito a lo que estaba oyendo. Mi mejor amiga, la hermana que no había tenido, que siempre me había animado a buscar una pareja estable y formar una familia, ahora me tomaba por una cualquiera.

—Pero ¿cómo te atreves? ¿O es que la felicidad es algo solo reservado para ti? —le dije—. ¿Te crees que todas tenemos la suerte de contar con un Jaume en nuestra vida? ¿Alguien que te idolatra, que se queda con los niños cuando estás de guardia, que te comprende y cuida?

Paula me miraba con ojos llorosos, sin saber qué contestar.

—¿Es que yo solo tengo derecho a soñar? ¿Por qué no puedo intentar ser feliz? ¿Crees que he venido al mundo para ser hija, amiga y profesional, pero no para sentirme viva?

Ahora era yo la que lloraba, totalmente fuera de control...

—¿Es que tanto te cuesta entender —continué— que un hombre atractivo, con

experiencia, quiera tener algo conmigo? Edmond me gusta, me excita, me hace sentir como una mujer en la cama y no puedo dejar de pensar en él. Creo que merezco una oportunidad. Cuidé de mi padre hasta el final, trabajo como una mula para que mi madre pueda vivir en su mundo de sueños. Siempre he hecho lo que se esperaba de mí, lo que tenía que hacer. Pues bien, ahora, con casi cuarenta años, quiero regalarme una locura, ¡aunque me lleve directamente al abismo! Sé que quieres protegerme, Paula, pero ya no tenemos dieciséis años. ¡No me cortes las alas!

Emocionada, me cogió muy fuerte del brazo. Además de pedirme disculpas, me dijo que no estaría tranquila en todo el fin de semana.

—Por favor, tenme permanentemente informada. Alguien debe saber dónde te alojas, solo por seguridad. Confío que no tenga que intervenir —dijo, y a continuación se rio de forma forzada.

En ese momento entendí que estaba sola. Enamorada perdidamente de un desconocido, me di cuenta de que nadaba a contracorriente.

Consulté el reloj, comenzaba a hacerse tarde.

—¿A qué hora sale el vuelo? —me preguntó Paula.

—A las seis.

—¿Quién te lleva? ¿Quieres que Jaume y yo te acompañemos?

«Como tantas otras veces», pensé.

En aquella época, pocos periodistas hablaban un inglés lo suficientemente fluido para entrevistar a personajes de primera categoría sin hacer el ridículo, así que casi siempre me enviaban a la otra punta del globo. Cuando eso sucedía, Jaume venía a buscarme para llevarme al aeropuerto. Mientras me despedía de mi madre y acababa de repasar mi bolsa, oía la bocina de su cuatro por cuatro, que indicaba que ya estaba en la puerta.

A continuación, bajaba ágilmente del coche y, sorteando las piedras del jardín, entraba en casa siempre con el mismo saludo:

—Señorita Fornaguera, ¡su chófer la está esperando!

Jaume besaba a mi madre, alabando siempre su nuevo peinado aunque no fuera nuevo, y en dos minutos el equipaje ya estaba colocado en el maletero. Más que mis amigos, ellos dos eran mis confidentes y consejeros, mis críticos más duros, leales escuderos que se ocupaban de mi madre cuando yo estaba por esos mundos de Dios.

—Gracias, Paula, me haréis un gran favor...

Nos despedimos en la puerta del café con un abrazo largo y cálido. Antes de que cruzara la Diagonal, me dijo:

—Sandra, tienes razón. Vive, pero trata de no morir en el intento, ¿vale?

—¡Vete ya! Y no seas tan dramática —dije riendo.

Colándome con una vitalidad desconocida entre el tráfico infernal de Barcelona en hora punta, detuve un taxi.

Una vez en el coche, observé a Paula a través de la ventanilla. Nunca la había visto tan quieta. Era como un fantasma en medio de la nada. Con la mirada parecía que intentara fotografiar este instante, como si tuviera miedo de que sus presagios se cumplieran.

En menos de tres horas me irían a buscar, de modo que no me quedaba demasiado tiempo. Tenía toda la casa para mí. Gracias al cielo, mi madre pasaría el fin de semana con mis tíos, por lo tanto estaría suficientemente entretenida para no preocuparse por lo que yo hacía o dejaba de hacer.

Subí las escaleras que llevaban a mi dormitorio de dos en dos. Encima de la cama ya había dispuesto todo lo que me pondría, separándolo por días, como era habitual. Cada conjunto se completaba con los abalorios que luciría. Solo faltaba cerrar la maleta.

Estaba a punto de hacerlo cuando sonó el móvil. Respondí sin pensar. Del otro lado surgió una voz femenina que no conocía:

—¿Sandra Fornaguera?

—Yo misma...

—Soy Irina, del despacho de abogados de Rambla Catalunya.

Me quedé sin voz. De repente, toda la ilusión del viaje se desvaneció.

«La suerte está echada», pensé, pero ni yo era un emperador romano ni me disponía a cruzar el Rubicón. Las únicas armas que tenía eran la serenidad y mi capacidad para improvisar.

—Mucho gusto. Lo siento, pero me pilla usted haciendo las maletas. Salgo de viaje ahora mismo, pero si me llama el lunes hablaremos tranquilamente.

Escuché a través del teléfono un suspiro profundo. Después me dijo secamente:

—Iré a ver la casa el martes a las cuatro de la tarde, pues. Ya tengo la dirección.

Y antes de que pudiera decir nada, colgó.

Llena de rabia e impotencia, me dejé caer en la vieja butaca de mi padre, que desde su muerte estaba en mi habitación. Mientras lloraba lágrimas amargas, me hice un ovillo allí donde él había pasado sentado media vida. Instintivamente, buscaba el aroma de lavanda inglesa que utilizaba a diario, o incluso el humo del cigarro que cada domingo encendía, acompañado de un buen coñac.

Allí y entonces, sin embargo, solo quedaba vacío y desolación. Ni siquiera la idea de ver a Edmond y pasear por París a su lado me alivió. Por un segundo pensé en cancelar el viaje, pero el deseo de verlo era demasiado fuerte.

Me recompuse pensando que tenía que aprovechar la oportunidad que el

destino me procuraba. No podría vivir el resto de mis días con la incógnita de saber qué habría pasado si hubiera cogido ese vuelo... Quería ser valiente.

«Si soy valiente para solucionar los problemas de los demás, ¿cómo no lo voy a ser para intentar ser feliz?», me pregunté.

La respuesta llegó en forma de *whatsapp*.

*Bijou*, lo primero que verás cuando salgas del aeropuerto será a mí. Te estaré esperando porque, en realidad, y sin saberlo, llevo esperándote toda la vida.

Impresionada, me levanté para conectar la radio. Sonaba la maravillosa canción «Close To You» de los Carpenters. Mientras tarareaba «*Why do birds suddenly appear every time you are near*», pensé que eso era exactamente lo que me pasaba cada vez que él estaba cerca de mí: que los pájaros inesperadamente empezaban a cantar.

## Contigo vuelvo a nacer

*J*aume y yo compartíamos muchas cosas, y no solo el amor infinito hacia Paula. Él también era un romántico incurable. Pediatra vocacional, tenía una capacidad natural para conectar con el sufrimiento de los demás, por eso era tan bueno en su especialidad.

Por el mismo motivo, no me pareció casualidad que dentro del coche, camino los tres del aeropuerto, sonara en el CD una canción que me hizo enmudecer. Era la versión que Vanessa Williams, exmiss América, y el maravilloso Peabo Bryson habían hecho de un clásico.

Escuché con atención la letra y me pareció que hablaba de Edmond, quien me había devuelto al mundo de los vivos. Yo miraba a través de la ventanilla cómo en el cielo empezaba a anochecer y me preguntaba qué estaría haciendo él en París.

Tampoco quería adelantar acontecimientos. Estaba tan acostumbrada a ver más allá del presente para adelantarme al desastre que esta vez, sencillamente, quería dejarme llevar. Necesitaba no ser yo misma por unas horas.

Llegamos al aeropuerto de El Prat con tiempo suficiente, y nos dirigimos a la ventanilla de Air France con el localizador para facturar el equipaje.

Cuál fue mi sorpresa al darme cuenta de que el billete era sinónimo de lujo asiático. Zona *business* del avión, acceso a la sala VIP y tanto champán como me apeteciera durante el vuelo.

Se me subieron los colores. Al notarlo, Jaume rompió el hielo diciendo:

—Esta vez creo que has tenido suerte.

Yo me volví hacia Paula y le dije:

—¿Ves? Puedes quedarte tranquila. Es todo un caballero.

Ella no respondió. Tan solo me ordenó el pelo que, por no variar, campaba a sus anchas dentro de la gabardina.

Al calor de tres *cappuccinos*, Jaume me dijo que nunca me había visto tan guapa, excepto el día de su boda.

Por unos instantes, mi mente me transportó a aquella ceremonia tan especial. Ellos tenían veinticuatro años y eran novios desde la adolescencia. Ahogando la emoción de mis cuerdas vocales, intenté elegir el tono adecuado para que las

lecturas de la misa no fueran demasiado melancólicas.

Durante un segundo, levanté la vista de la Biblia para observar a Paula. Era como una aparición mariana. Nunca he vuelto a ver a una mujer más elegantemente entregada a nadie. En lugar de llorar, nos dio la risa y el cura, nuestro preceptor y viejo amigo, tuvo que regañarnos tiernamente con la complicidad de todos los presentes.

Aquel recuerdo se desvaneció cuando por megafonía avisaron para embarcar. Entonces me cogieron ambos de las manos y, mientras Paula me decía que me cuidara y que tendrían el teléfono móvil disponible para mí las 24 horas, Jaume la reconvino:

—No le amargues el viaje.

Esto la hizo recapacitar ya que, a continuación, añadió:

—Venga, coge ese avión y, por una vez en la vida, piensa solo en ti.

Los abracé muy fuerte y, emocionada, les dije:

—Os debo una más.

Caminando a paso ligero hacia la puerta de embarque, pensé que todo había empezado aquí, a muy pocos metros de donde ahora me encontraba. Y hacía menos de una semana.

Como viajera preferente, no tuve que hacer cola para entrar en el avión. Una vez sentada en una confortable butaca sentí la campanilla de un *whatsapp*. Pensé que era de Edmond, pero lo había escrito Paula.

No te ofendas, pero sabemos que no llevas demasiado *cash* contigo. En una de las cremalleras de la bolsa tienes un sobre con dinero. No es mucho, pero estaremos más tranquilos si lo tienes. ¡No pongas esa cara, que te estoy viendo!

¡Jajajaja! ¡Pásatelo bien! ¡Te queremos!

Me quedé muda. Mi primer impulso fue salir corriendo del avión para devolverles el dinero, pero pensé que se enfadarían.

Aguantando las lágrimas, respondí:

Gracias, sois mis ángeles de la guarda.

Estaré bien. ¡Os quiero!

Cuando, después de recorrer la pista aceleradamente, el avión despegó, cerré los ojos, consciente de que mi vida se había convertido en un viaje de destino incierto.



## No, yo no me arrepiento de nada

«*Me* conozco a mí mismo, pero eso es todo.» ¿Cuántas veces había leído *En el otro lado del paraíso* de Scott Fitzgerald? Esta frase que verbaliza Mory Blane, el protagonista, describía a la perfección mi momento vital.

Elevada a miles de metros, pero con los pies en el suelo, pensé que una vez más el brillante estudiante de Princeton tenía razón. Allí y entonces, la única seguridad que yo tenía era saber quién era. Lo que ya no tenía claro sería hasta dónde quería llegar con Edmond.

En mis viajes siempre me acompañaba un libro escogido a conciencia. Para esta ocasión había elegido la mencionada novela del creador de *El gran Gatsby*, uno de mis autores favoritos. La había descubierto gracias a mi padre, que cuidaba sus estanterías con alma de bibliotecario. A pesar de que su libro preferido siempre había sido *La montaña mágica* de Thomas Mann, la literatura estadounidense le había seducido desde joven.

Adoraba aquel momento en que regresaba del despacho. Por muy difícil que hubiera sido su jornada, en casa se transformaba en el mejor marido y padre. A veces, si los clientes le daban tregua, antes de llegar paseaba por algún barrio de Barcelona y volvía con una bolsa llena de libros.

Cuando cumplí veinte años, me regaló *Suave es la noche*. El título ya me perturbaba. Aquella noche descansé muy poco, ya que me lo leí de un tirón. Tengo grabada a fuego en la memoria una de las frases: «Muéstrame a un héroe y te escribiré una tragedia».

Qué caprichosa es la evocación... ¿Por qué en mi camino hacia la felicidad me venía a la mente aquel fragmento y no otro? Edmond ya era un ídolo para mí, y no me imaginaba que nuestro final pudiera ser desventurado.

Aparté estas tribulaciones de mi cabeza cuando el capitán anunció que, en veinte minutos, aterrizábamos en el aeropuerto de Orly.

Roja de emoción, abrí mi bolso XXL para coger el espejo de mano. Gratamente sorprendida, me di cuenta de que no me reconocía a mí misma. Tenía la mirada llena de ilusión.

Tras pintarme los labios de rojo intenso, me perfumé. Llevaba una falda de piel negra, un jersey escotadísimo del mismo color y un poncho de tonos

plateados. Remataba el resultado final un collar, pulseras diversas y unos zapatos altísimos. Al notar que el hombre sentado en el extremo de la fila me miraba las piernas, las crucé. Me di cuenta de que era la primera vez, en mucho tiempo, que me sentía una mujer deseable.

Miré a través de la ventanilla. La noche cerrada y las luces a lo lejos daban a París un aspecto de lo más voluptuoso. Me sentía como la reina Ginebra acercándome a Camelot.

El aterrizaje fue perfecto.

Al salir del avión, oí la voz de Édith Piaf que, a través del hilo musical, cantaba «Non, je ne regrette rien». Pensé que, pasara lo que pasase, yo tampoco me arrepentiría de nada.

Fuera de la aeronave, encendí la BlackBerry. Tenía un mensaje de voz de mi madre y dos *whatsapps*. Uno era de Jaume y Paula, que me pedían que les confirmara que había llegado bien, y otro de Edmond.

Para nosotros todo empieza ahora.  
Te espero, *Bijou*.

Aceleré el paso. Me notaba el corazón en la boca.

Al salir del *finger*, cuando lo vi en el otro lado, se me cortó el aliento. ¿Cómo había podido acceder a esta zona del aeropuerto? Y lo que era más sorprendente: ¿cómo podía tener mi maleta con él?

Boquiabierta, avanzaba a tientas entre la gente. La única luz que me guiaba como un faro era la de su sonrisa.

Acercándose sinuosamente, se detuvo en seco frente a mí. Nos besamos en medio de la gente, entorpeciendo las idas y venidas de los demás pasajeros.

Por fin estábamos juntos.

—¡Pero qué alta eres! exclamó.

Lo mismo que me había dicho hacía solo una semana en la puerta del Palace de Madrid. Le respondí con la misma coletilla:

—Ciento setenta y ocho centímetros.

Repitiendo la misma escena, nos pusimos a reír. En siete días me había convencido de que todo era posible a su lado.

París estaba muy cerca y mi felicidad también.

## Sobre el tejado

A pesar de que me había pateado muchos aeropuertos del mundo, el de Orly me pareció enorme. Caminábamos a paso rápido y los pies me hacían daño. Los tacones empezaban a pasarme factura, pero intentaba no pensar en ello.

Me moría de ganas de tener a aquel hombre para mí... Sin luces, sin desconocidos alrededor, que transitaban con prisa para embarcar lo antes posible. El aroma me perturbaba. A decir verdad, ya había hecho que me fijara en él antes de tomar el vuelo a Madrid.

Mientras caminábamos, Edmond charlaba sin parar. Me explicaba cómo me había echado de menos, las ganas que tenía de estar conmigo, las cosas que había organizado para enseñarme su ciudad, al tiempo que me decía cómo estaba yo de cautivadora y sensual.

Sonriendo emocionada, aspiraba con placer sus palabras cuando una melodía familiar me hizo desconectar un instante.

En la terminal de la que estábamos saliendo había algunas galerías de arte, librerías y tiendas de música. En una de ellas estaba sonando «Up on the Roof», una vieja canción de los Drifters que en esta ocasión versionaba Peter Cincotti. ¡No daba crédito! Mi cantante favorito.

Sin darme cuenta, empecé a tararear la canción. Edmond, entonces sí, me soltó de la mano y me dijo:

—¡Todo lo que quieras es posible en París, *Bijou!*

Mientras lo veía alejarse hacia la tienda, observé cómo caminaba dando pequeños saltitos. Edmond tenía una manera peculiar de moverse, con seguridad, pero al mismo tiempo con timidez, como si le diera reparo saberse diferente. Vestía unos vaqueros de color negro, jersey de cuello alto gris y, atada al cuello, su inseparable *pashmina*, esta vez de tonos oscuros. Su indumentaria se completaba con un abrigo de corte inglés. Era un hombre que se hacía mirar y lo sabía.

Los pies me estaban matando. Si no quería salir del recinto en silla de ruedas, tenía que sentarme, y eso es lo que hice.

De pronto me di cuenta de que no había llamado a Barcelona ni respondido al mensaje de Paula y Jaume, así que aproveché primero para hablar un instante

con mi madre.

La encontré especialmente contenta por pasar el fin de semana con mis tíos. Era la hora de cenar y estaban en un pequeño restaurante de Puigcerdà. Me preguntó si alguien me había venido a buscar al aeropuerto.

«Es incorregible», pensé. Después de estudiar tres años en Nueva York, me movía más que los baúles de la Piquer, y todavía pensaba que no era autosuficiente...

—Sí, mamá, un compañero está conmigo. Ahora vamos al hotel.

—¿Tienes algo que decirme, hija?

—¡Nada que valga la pena explicar! Tranquila, mamá, mañana por la mañana te llamo a una hora prudente.

Y colgué sin más. A mi madre era difícil explicarle historias para no dormir, a menos que ella se las quisiera creer. Respondí el mensaje de Paula y Jaume con un *whatsapp* en forma de titular:

Finalmente en París y bien acompañada.

Sabiendo que ellos lo entenderían, puse la BlackBerry en silencio y la guardé en el bolso.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Edmond había desaparecido en busca de Peter Cincotti, pero me pareció una eternidad.

Afortunadamente, tardó lo suficiente como para que mi circulación sanguínea se restableciera y pudiera caminar sin que diera la sensación de que estaba pisando uvas.

Me rodeó con sus brazos y me susurró al oído:

—Me muero por saber qué tienes bajo la ropa. ¿He tardado demasiado?

—No te preocupes, amor. He aprovechado para llamar a mi madre.

—¿Está bien? ¿Todo controlado?

Me tranquilizó que tuviera suficiente consideración para entender que yo cargaba mi propia mochila. Era evidente que, si la relación llegaba a buen puerto, debería confesarle la situación en la que vivíamos, pero no era una conversación para este fin de semana.

Tan solo por unos días quería tener la vida que merecía, no la que soñaba. En la cinta corredera que llevaba al *parking* nos besamos tan apasionadamente que tuve miedo de que nos llamaran la atención.

Al llegar a su imponente BMW de ultimísima generación, me di cuenta de que la matrícula era del cuerpo diplomático.

Pensé en Paula. Ella estaba convencida de que Edmond era un farsante y un asaltacamas. ¡Se equivocaba! No me había mentido.

Encendió el equipo de música del coche y me pidió que cerrara los ojos. Lo

hice y de inmediato comenzó el sinuoso piano de Peter.

Tras arrancar, mientras yo le acariciaba la nuca, me dijo:

—Lo conociste en Columbia, ¿verdad?

Me quedé muda. ¿Cómo podía saber este dato tan privado?

—Cincotti era un niño prodigio que a los siete años ya tocaba como los ángeles. Y, en el segundo curso de la universidad, grabó su primer disco —le dije—. Es un virtuoso y fui a verlo en concierto muchas veces... pero ¿cómo sabes todo esto?

Con una mano en el volante y la otra acariciando mi pierna, me recordó que en Madrid ya me había dicho que estaba al día en todo lo referente a mí.

—Casi todo —le respondí deslumbrada, mientras la ciudad brillaba en la distancia.

## Un americano en París

Como si de la película de Vincente Minnelli se tratara, pasamos cerca de los Champs-Élysées mientras sonaba Gershwin en el CD del coche.

—¿Lo tienes todo sincronizado? —le pregunté—. Estás empezando a asustarme...

Edmond se puso a reír y, por un segundo, pensé en los miedos de Paula. Me encontraba dentro del vehículo de un casi desconocido, transitando por una ciudad donde no conocía a nadie. Tenía tan poca información sobre él que ni siquiera me había dicho donde dormiríamos. ¿En un hotel? ¿En su casa? ¿En un parque?

La inquietud se volvió paranoia cuando, de repente, dio un volantazo y entramos en un *parking*.

Preocupada, le pregunté:

—¿Qué haces?

Se detuvo de golpe en un pasillo larguísimo y muy oscuro donde, por no haber, no había ni coches. La relajación se volvió tensión y, de inmediato, intenté abrir la puerta con la mano derecha, pero la había cerrado con el mando automático.

En lugar de amilanarme, lo miré con cara de pocos amigos.

—Sandra. —¿Por qué me llamaba por el nombre si hasta ese momento siempre había sido *Bijou*?—. Confías en mí, ¿verdad?

No había ningún motivo razonable para hacerlo, pero le respondí afirmativamente, aunque en el fondo no estuviera muy convencida. Sin explicar el motivo por el que habíamos entrado allí, arrancó de nuevo. La música estaba a un volumen ensordecedor, pero yo ya no veía a Gene Kelly bailando con Leslie Caron en el capó. Me había quedado sin palabras. Él había dejado de acariciar mi pierna y yo tampoco hacía lo mismo con su nuca.

«Esto empieza fatal», pensé mientras luchaba contra el mareo.

No sabía cuántas vueltas habíamos hecho ya. En ese momento me sentía como si estuviese en Port Aventura, subida al Dragon Khan.

Estaba cerca de transformarme en la niña de *El exorcista* y de empezar a insultarlo en arameo. Edmond ya no era para mí el caballero que había conocido

camino de Madrid. Se había transmutado en un ser preternatural que me había invitado a París para que conociera un subterráneo mugriento.

Me faltaba poco para desmayarme cuando estacionó en una plaza.

Bajó del coche y abrió el maletero para sacar mi equipaje, después de ayudarme a salir del BMW.

Los tacones y la confusión no me ayudaban mucho. Me miró con aspecto cómico y me preguntó:

—*Bijou*, ¿vienes?

Lo más romántico habría sido responderle «contigo, al fin del mundo», como reza el clásico, pero en lugar de eso abrí la boca para murmurar un vocablo ininteligible, más propio de una tribu del Amazonas que de una mujer de mundo.

Me cogió la mano muy fuerte. Con la perspectiva que da el tiempo, me doy cuenta de que pensó que me escaparía. Para mi alivio, sin embargo, nos dirigíamos a paso ligero hacia las escaleras.

El aire gélido del noviembre parisiense me ayudó a recuperar la calma, y la centrifugadora que tenía por cabeza lentamente se detuvo.

Al salir al exterior, me quedé maravillada. ¡Estábamos en el centro del mundo! En la Place de la Concorde. Los monumentos más emblemáticos de la Ciudad de la Luz nos rodeaban.

Muerta de vergüenza, me puse a reír y le dije:

—Por un momento he pensado que eras Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos* y que la cena sería mi hígado regado con un buen Chianti.

Me miró como nunca nadie lo había hecho en mis treinta y nueve años de vida y me confesó:

—Eres tan inocentemente divertida que me estoy empezando a enamorar de ti.

A continuación, nos fundimos en el más cálido de los besos. Como en la película de Nora Ephron, transformados en Tom Hanks y Meg Ryan en *Algo para recordar*, comenzó a llover tímidamente.

Nos estábamos mojando en todos los sentidos... y aquella humedad tan íntima hizo que ese instante fuera aún más emocionante.

—¿Vamos al hotel? —me preguntó con cara de pillo.

«Esto ya me gusta más», pensé, olvidando enseguida el tonto incidente del *parking*.

Aceleramos el paso. Yo tenía miedo de caer, así que solo miraba al suelo. Al levantar finalmente los ojos, no daba crédito. Estábamos alojados en el Hôtel de Crillon, uno de los más elegantes de Europa.

Casi me ruboricé cuando me preguntó:

—¿Te parece bien que pasemos aquí el fin de semana?

—Será un honor.

—Es lo que merece una dama como tú.

Mientras entrábamos, me explicó que el hotel se había construido en 1758, que había alojado a reyes franceses, al emperador Napoleón y que había sido testigo mudo de la Revolución.

Un conserje nos abrió con diligencia la puerta, que daba paso a un suelo de mármol impoluto, luces versallescas por todas partes y jarrones de plata con flores frescas que hacían de aquella entrada un sueño. Por un momento pensé que nos recibiría Luis XI con todo su cortejo.

Mientras él hablaba con la recepcionista en un francés firme y seductor, giré sobre mí misma para admirar aquella maravilla, al tiempo que pensaba en lo extraño que era estar allí. Llevaba en el billetero cien euros que Paula y Jaume me habían depositado en el bolso discretamente, y en Barcelona solo me esperaban deudas y una madre a la que no podía llamar para explicarle que era feliz.

Qué contradicción.

Dentro de mí, podía oír la voz de mi padre, que me empujaba a sentir, a pesar del dolor de su ausencia.

—¿Vamos? —me preguntó Edmond, acariciándome la espalda.

Sin que él me escuchase, susurré muy bajito:

—Sí, papá, seré feliz por ti.



## Una chica ardiente

«*She's just a girl, and she's on fire, feeling the catastrophe, but she knows she can fly away.*»

La estrofa de la canción de Alicia Keys que sonaba en el hilo musical del ascensor resumía perfectamente mi situación.

En aquella habitación sofisticada, con quien ya era mi amante, me sentía una mujer ardiente. Presentía la catástrofe, sabiendo además que pasado ese fin de semana volaría lejos de allí. Esto era lo que pensaba mientras Edmond me seducía con su caballerosidad, alejándome cada vez más de mi mundo y acercándome más al suyo.

La anterior vez que habíamos estado en un hotel corríamos hacia nuestro destino. Una habitación con vistas a la plaza de Neptuno de Madrid. Esta vez, sin embargo, nos tomábamos nuestro tiempo, aunque la excitación era tan grande que me sentía en llamas. Aun así, caminábamos lentamente hacia la *suite* que él había reservado.

Cuando estuvimos dentro, me quedé sin palabras. No podía creer lo que veía. La luz de las lámparas con cientos de lágrimas colgando hacía que la estancia pareciera de oro.

—¿Te gusta? ¿Te sentirás cómoda aquí? —me preguntó.

—¿Y quién no, mi amor?

Lo había dispuesto todo de tal manera que me quedé deslumbrada. Lirios blancos en los floreros, una cama amplísima cubierta por un manto de pétalos de rosas, velas aromáticas en el baño...

Una profunda y desconocida sensación de flotar sobre el suelo me poseyó. Apoyada en la pared, empecé a llorar. Mis esfuerzos para contener la emoción habían resultado estériles.

—¿Te pasa algo, amor? ¡No me asustes! —me preguntó Edmond con cara de preocupación.

Apoyé la cabeza en su pecho y, después de respirar hondo, secándome las lágrimas, le dije:

—Nada malo, solo que soy feliz. Y estaba convencida de que no volvería a serlo nunca más.

Al oír esto, me cogió la cara entre las manos y me besó. El deseo dio paso a la pasión.

Quizá María Antonieta había tomado clases de piano en esa misma habitación, y me sentí felizmente vencida por primera vez. Sometida a alguien que no era mi madre, a algo que no eran las obligaciones. Durante un momento pude haber sido pragmática y no sentimental, pude haber pensado que toda aquella puesta en escena terminaría cuando yo volviera a Barcelona.

Pero escogí la tentación. Quería creer en él y su mundo.

Cuando me quise dar cuenta, mi falda ya estaba en el suelo. También la ropa interior.

Estaba embrujada por el aroma penetrante de aquellas sábanas con esencia de vainilla. Una ambrosía que se volvió dulce cuando Edmond puso su cabeza entre mis piernas. Cerré los ojos y, mientras él bebía de mi intimidad, desaparecí entre los gemidos de un placer hasta entonces desconocido para mí.

Nos devoramos el uno al otro.

Tras el deleite, abrazados y agotados, Edmond miró el reloj. Eran las diez de la noche.

Dio un salto y, con cara de pillo, me preguntó:

—*Bijou*, ¿no tienes hambre? Iremos a cenar a un lugar que te encantará.

Se puso los bóxers y abrió el balcón. El sonido del tráfico de París me hizo volver a la realidad. Salí de la cama y, desnuda, lo abracé.

—Gracias —le dije.

Sin mirarme, me besó las manos que acariciaban su pecho.

—A ti por escogerme.

Mi corazón estaba desbocado.

En el baño, a punto de entrar en la ducha, pensé en lo que había sido mi vida hasta entonces. ¿Alguna vez había elegido algo que no fuese para los demás? El mejor hospital para intentar salvar a mi padre, la existencia más cómoda para mi madre...

En realidad, lo único que yo había decidido en la vida era mi profesión. Para mi familia, el hecho de que no quisiera seguir la tradición fue el primer y único disgusto que les había dado. Estaban convencidos de que, como un muñeco de feria, me transformaría en una combativa abogada y podría continuar los pasos de papá en su bufete, pero no fue así.

Había crecido como una niña extraña, silenciosa, curiosa, ordenada y muy observadora. Era una estudiante brillante, tan por encima de la media que cuando los amigos de mis padres preguntaban cómo me iba en la escuela, casi siempre respondían con un incierto: «Ah, bien, pero ya veremos».

Yo los miraba fijamente con desdén. Tanto, que un día mi padre me dijo:

—Es mejor que esta capacidad que tienes no la muestres demasiado. Es un tesoro que tienes que guardar. La inteligencia no se puede comprar ni vender y hay gente que no acepta que otros tengan algo inalcanzable para ellos.

Aquel era uno de los muchos consejos que me había dado. Yo no tenía más de siete años, pero desde entonces lo había seguido rigurosamente.

Mi infancia fue sonora, con música en todas partes: la que interpretaba mi madre en el piano, la que escuchaba mi padre en su tocadiscos y, sobre todo, la que cantaba mi abuela cuando escuchaba la radio.

¡Bendita radio! Yo no quería hacer otra cosa que vivir dentro de este aparato que presidía la casa donde había nacido. Explicar lo que pasaba en el mundo. Me empeñé con tanta fuerza que, al final, después de mil y una discusiones, aceptaron que siguiera el camino que me haría feliz.

Para ellos dedicarme «al incierto mundo de la comunicación» (lo bautizaron así) era exactamente una puñalada. Habían deseado que hiciera oposiciones a notario o juez. Sin embargo, solo de imaginarlo me ponía enferma.

Me preparé a fondo para convencerlos. Leía todos los periódicos del día, no me perdía ni un solo telediario y hablaba sobre la actualidad durante la comida como si ya estuviera en un debate. Mi actuación fue letal, pero de algún modo ellos no me tomaban en serio y seguían en sus trece.

La negativa se transformó en tranquilidad cuando leyeron un artículo mío sobre la Navidad en un diario local. Recuerdo que llegué a casa corriendo, con un ejemplar para que me dieran su veredicto.

Mis padres estaban sentados en el sofá, muy serios. Entré en el comedor y, tras desearles buenas noches, me dijeron al unísono:

—Siéntate, tenemos que hablar contigo.

Hubiera querido huir, pero ya entonces era una joven valiente.

—Lo hemos leído... ¡Qué bien escribes! Has nacido para esto. Estamos muy orgullosos de ti.

Dicho esto, me abrazaron. Me puse a llorar con tanto sentimiento que incluso ellos se emocionaron.

Recordé aquel momento mientras me cepillaba los dientes en el baño. Las luces de la habitación estaban apagadas y me iluminaba tan solo el reflejo de las velas.

Desprendían un perfume tan delicioso que deseé retener este instante en mi memoria para siempre.

Necesitaba compartir esa felicidad.

Me puse el albornoz y salí a buscar el teléfono para hacer una foto y enviársela a Paula.

Mientras abría la bolsa, oí que Edmond mantenía una acalorada discusión en

francés con alguien. Mi dominio de su idioma era casi nulo, de modo que no entendí nada de lo que decía. Hablaba muy rápido.

Me sentí violenta, como si estuviera invadiendo su intimidad, así que, una vez con la BlackBerry en las manos, volví al servicio, sigilosa como un gato.

En la pantalla tenía una llamada perdida de mi madre. Me apoyé en la bañera, temiendo que me esperara algo gordo. Me vino a la cabeza una frase de Alejandra Pizarnik, la poetisa argentina que tanto me gustaba: «A veces me pregunto: ¿cómo lo hacen los demás para vivir?».

¿Las otras mujeres también están tan pendientes de lo que le sucede a su madre? En ese momento me lo preguntaba. Y acto seguido la llamé conteniendo la respiración.

Descolgó enseguida. Mi tono no era muy amable.

—¿Qué pasa?

—Nada, no te asustes —me dijo—. Solo quería saber si habías llegado bien al hotel.

—Mamá, que no tengo cinco años... —le dije de mala gana—. Ya estoy instalada y ahora voy a cenar. ¿Todo bien?

—Sí, sí, no te preocupes, y diviértete.

Y colgó.

Sin decir nada más, sin despedirse. No la volví a llamar.

Aún me tenía que maquillar y embutirme el vestido de La Perla que había comprado en Barcelona para la ocasión. Me puse la túnica de raso, los zapatos de tacón y un bolero negro que me protegía del frío de París.

Al mirarme al espejo, me vi bastante elegante. Sexy pero nada vulgar.

Edmond, que ya no hablaba por teléfono, me miró y me dijo:

—¡Estás preciosa! Dame diez minutos. ¿Puedes esperarme en el bar?

En ese momento me pareció de lo más normal pero, mientras me tomaba una copa bien fría de champán, comenté la jugada con Paula por teléfono y me hizo pensar.

—¿Me estás diciendo que este señor te ha dejado sola en el bar de un hotel... por muy de lujo que sea... la primera noche que pasáis juntos?

—Paula, no empecemos... Si lo llego a saber, no te cuento nada. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que lo esperara vestida sentadita en la cama, como para ir a la boda de las infantas? Te dejo y mañana te cuento —dije antes de colgar.

Aquella conversación me había incomodado.

Un pianista tocaba «My Funny Valentine» cuando volví a consultar el reloj. Ya había pasado media hora. Me di diez minutos de margen. Si no había bajado en ese tiempo, subiría a buscarlo.

El amable camarero que me había servido se acercó a mí y, en un inglés

perfecto, me dijo que mi coche me esperaba en la puerta.

—¿Mi coche, en singular? —le pregunté, asombrada.

Él asintió con la cabeza y se fue.

No entendía nada, pero lo seguí sin perder la calma. Me arreglé el pelo y, tras retocarme el maquillaje, me puse el bolero. Caminaba por el pasillo lentamente, los zapatos no me daban mucha tregua.

Al salir del hotel, me quedé boquiabierta: Edmond me estaba esperando al volante de un Porsche descapotable.

Quería desaparecer. Lo primero que me pregunté era cómo entraría allí dentro y, peor aún, cómo saldría. Cambiando el rictus de la cara, solo acerté a decir:

—¡Esto es un sueño!

—Bueno, casi no lo es... Mientras estabas en el baño, he tenido que mover muchos hilos para que el coche pudiera llegar hasta aquí. Todas las calles adyacentes están cerradas.

—Amor mío, es la primera vez que subo a un Porsche; dudo que, sin tu ayuda, consiga alojar toda mi humanidad.

Nos miramos y nos echamos a reír, lo que hizo que los que entraban en el hotel nos miraran.

—Adoro tu sentido del humor —me dijo.

Mientras me abría la puerta caballerosamente, me explicó que aquel lujoso descapotable no era suyo. Un amigo se lo había dejado para que yo pudiera sentir el aire fresco de la noche parisina. Me abrigó con una manta tiernamente, haciéndome sentir como Julie Christie junto a Omar Sharif en *Doctor Zhivago*.

—Una velada perfecta para la mujer perfecta —dijo.

En ese momento me di cuenta de que, junto a Edmond, yo existía como mujer. Sin él me encontraría perdida. Pensé que esto era estar enamorada, una sensación casi desconocida para mí hasta entonces.

## Tenemos esta noche

*E*l viento soplaba a nuestro favor. Contra todo pronóstico, la gélida temperatura parisina se había transformado en un clima templado.

Edmond conducía pausadamente para que pudiera contemplar el ambiente navideño que ya decoraba las principales avenidas. Con el calor de la manta que cubría mi cuerpo, mientras le acariciaba el pelo en silencio, pensé que aquello era todo lo que podía desear.

Parados en un semáforo, subió la capota del coche y encendió el aparato de música. Reconocí inmediatamente la canción; era de Kenny Rogers y Sheena Easton. La tarareó con una dicción perfecta, y luego me dijo:

—La canción habla de nosotros, *Bijou*. Tenemos toda la noche. ¿A quién le importa el mañana?

Aquella frase me hizo daño, porque yo no hacía otra cosa que fantasear con un futuro a su lado.

En el fondo, me importaba poco el hotel lujoso donde estábamos, aquel descapotable en el que me llevaba arriba y abajo... Podía ir en metro, alojarme en una pensión y comerme una tortilla a la francesa. El envoltorio me era indiferente. Yo solo quería estar con él.

¿Acaso no lo veía?

Quizás esta puesta en escena le había funcionado con otras mujeres, pensé, pero a mí me hacían falta otras cosas.

«Voy a disimular», me dije. En mi propio honor, no podía enseñarle las cartas.

El restaurante donde cenamos fue una pequeña *brasserie* frente al Théâtre des Champs-Élysées. Se llamaba El Entreacto. Desde el coche ya se veía que era un lugar pequeño pero muy agradable.

Mientras Edmond aparcaba delante, yo rezaba a mis antepasados para que salir de aquel cubículo no fuera demasiado complicado para una mujer de mi envergadura. Él me ayudó con estilo y, en un santiamén, ya estaba sana y salva, con los pies en el suelo en todos los sentidos.

—No te decepcionaré —me dijo mientras me cogía del brazo—. Es el lugar donde preparan mejor tu plato preferido.

—¿El *steak tartare*?

¿Cómo sabía qué era lo que más me gustaba? ¡Nunca habíamos hablado de ello!

Mientras me preguntaba eso, nos salió a recibir el *maître*, que se dirigió a él utilizando su apellido.

El pequeño restaurante estaba lleno de fotos en blanco y negro de los actores que actuaban en la sala de enfrente. Una iluminación tenue y espejos en todas partes le daban un aspecto entre bohemio y sofisticado.

Me fijé que, como ya había hecho en el hotel Palace de Madrid, Edmond se sentaba de cara a la puerta, como si quisiera controlarlo todo.

Sin tapujos, le pregunté por qué lo hacía.

—En mi oficio hay que vigilar mucho y la única forma de fijar el perímetro de ciento ochenta grados es cubriéndose las espaldas. *Bijou*, ¿preparada para degustar el mejor plato de tu vida? —añadió cambiando de tema como si nada.

Para leer la carta de vinos, se puso unas gafas de metacrilato rojas que le daban un aspecto aún más atractivo.

Me hablaba sobre las diferentes clases de uva en las viñas francesas, pero ya no le escuchaba. Solo tenía ojos: miraba cómo su traje negro impecable contrastaba con la camisa blanca y la corbata Lanvin de seda. Llevaba en las mangas unos gemelos de oro blanco, y el Patek Philippe que marcaba el tiempo en su muñeca le acababa de dar una toque de exquisita distinción.

Fantaseé en cómo casaría su estudiada sofisticación con mi vida. La ropa interior que llevaba puesta y el traje nuevo eran el único lujo que me podía permitir. Aquel hombre no imaginaba que todo lo que veía en mí era, como en el caso de Cenicienta, solo para una cita.

Al observar que él palidecía inesperadamente, volví de golpe al mundo de los vivos.

Le quería preguntar si se encontraba bien cuando de pronto una voz femenina seductora le habló en francés y en un tono familiar.

Edmond se levantó de golpe. La mujer estaba detrás de mí, pero no me volví. Pensaba que él me la presentaría, pero no lo hizo. Ella sí.

Se colocó frente a mí y vi que era altísima, más que yo. Parecía una modelo de alta costura. Si la hubiera visto de lejos, la habría confundido con la actriz australiana Cate Blanchett. Llevaba un vestido dorado con un escote de vértigo. Sus cabellos rubios estaban recogidos en un moño bajo, y un maquillaje muy tenue iluminaba su cara angelical.

Me levanté y me tendió la mano. Entendí que se presentaba, ya que se dirigió a mí en su idioma. Esperé a que Edmond hiciera de traductor simultáneo, pero tan solo nos miraba en silencio.

La situación empezaba a ser surrealista. Por si fuera poco, la misteriosa

desconocida me escrutó de arriba abajo y se puso a reír. No parecía bebida, de modo que supuse que estaba mofándose de mi aspecto.

—¿Qué está pasando? ¿Quién es esta mujer? —le pregunté a Edmond en catalán—. ¿Por qué no me la presentas?

No dijo palabra. ¿Se había quedado afónico?

En situaciones de tensión es cuando mi verbo es más punzante. Así pues, miré a la mujer y, en inglés, le dije:

—Señorita, no sé quién es usted pero, sea quien sea, si me ha intentado ofender con su risa estúpida, no lo ha conseguido. Su conducta la deja en peor posición a usted que a mí. ¿Me ve quizá demasiado grande para sus estándares? ¿Demasiado alta? Si no aprecia el valor de la diferencia, no es una mujer tan de mundo como quiere aparentar.

Entendió perfectamente lo que le decía, ya que se puso roja. A continuación, alzó la voz y se dirigió a Edmond en francés.

Mientras él la cogía del brazo y salía con aquella fresca del restaurante, entendí que sus palabras habían sido de todo menos amables, ya que los comensales de nuestro alrededor miraban la escena escandalizados.

Me desplomé en la silla.

Todo me daba vueltas. ¿Sería Edmond un cobarde y un mentiroso? Quizás aquella mujer era una amante traicionada que acababa de sorprenderlo en su restaurante favorito, donde ya había ido con ella.

En ese momento discutían de espaldas a la entrada, así que no podía saber lo que estaba pasando. Decidí pasar a la acción.

No había manera de justificar su actitud, a pesar de que mi mente ya buscaba la manera de hacerlo. Una desconocida me había insultado, mientras él parecía un títere sin voluntad.

¿Dónde estaba ahora aquel caballero francés?

Me dije que prefería volver a Barcelona con el alma rota que continuar haciendo el ridículo.

Volver en tren a casa era impensable. De la estación de Austerlitz no salían trenes hasta el día siguiente. ¿Avión? Imposible, no me lo podía pagar.

La única opción era el autobús, aunque no me sentía con fuerzas para estar sentada quince horas rodeada de extraños.

No podía escribir a Paula y Jaume para pedirles ayuda. Sería demasiado patético.

A pesar de que el dolor que sentía en el pecho era casi insoportable, tenía ganas de llamarlo, pero me contuve. Debía volver al hotel y cambiarme de ropa. Quizá podía convertir los puntos de la compañía aérea que siempre utilizaba en un vuelo.



En medio de este tsunami mental, el camarero se acercó a mí y me preguntó en inglés si necesitaba algo. Lo hizo con tal amabilidad que comprendí que, efectivamente, la escena que había protagonizado la dichosa señora había sido de traca.

Le respondí que era catalana.

—¿Barcelona? *Beautiful*.

A continuación dijo que era un enamorado de Gaudí.

—Si lo desea, ahora mismo le pido un taxi que la llevará donde usted diga.

Al salir tuve miedo de encontrármelos en la calle, pero no quedaba ni rastro de ninguno de los dos.

Entré en el taxi y, cuando arrancó, me fijé que el despampanante Porsche que me había llevado hasta la *brasserie* ya no estaba. Apoyé la cabeza en el respaldo y me dejé ir.

Lloraba como una magdalena.

El conductor, que debía de ir bebido, circulaba a una velocidad vertiginosa. Por un momento deseé que chocásemos o cayéramos al Sena.

Ya no podía más.

## Me matas suavemente

*P*ero siempre se puede un poco más.

Un proverbio chino dice: «Si te caes siete veces, levántate ocho», y yo a lo largo de la vida he entendido que nuestra capacidad para levantarnos del lodo es casi infinita.

Relato, explico, narro, verbalizo, pero los detalles más escabrosos se quedan conmigo, en un espacio muy pequeño entre el corazón y el alma. Quizá no todo el mundo tiene esa suerte. En última instancia, la responsable de mi alegría o mi tristeza solo era yo, pues nadie toma decisiones sobre mi vida.

Con esta premisa entré en el *hall* del hotel. Sentía una mezcla de cólera, impotencia y enojo. Con cara de pocos amigos, fui directa a la recepción. Me di cuenta de que no tenía conmigo una copia de la tarjeta magnética de la habitación. Recordé que él me había prometido que no estaría nunca más sola en el cuarto de un hotel, fuera donde fuese.

«¡Qué frágil su palabra!», pensé.

La expresión de mi cara debía de ser un verdadero poema, porque la señorita que me atendió me proporcionó, rápida y certera, una copia de la llave.

Entré en la habitación. Olía a él.

Para no desesperarme, abrí el balcón. Necesitaba aire fresco y que su presencia se evaporara.

Me descalcé. Moviéndome deprisa, me desnudé. El fastuoso vestido, la erótica ropa interior, las medias de seda... todo fue al suelo.

Lo recogí con desdén y lo puse en una bolsa.

Entré en el baño y me miré. Qué aspecto tan diferente me devolvía el espejo. Hacía menos de dos horas yo era una mujer llena de esperanza. Ahora me veía como alguien lleno de rabia, y eso me enojaba aún más.

Ni siquiera me desmaquillé. En diez minutos la maleta estaba preparada. Me vestí escogiendo la ropa más cómoda que tenía. Estaría metida en un autobús toda la noche. Vaqueros, una camiseta y unos botines bajos, esta era la indumentaria.

Me senté un instante en el sillón. Me veía incapaz de hacerlo en la cama. La BlackBerry sonaba insistentemente. Di un vistazo para comprobar que no era mi

madre, ni Paula ni Jaume.

En realidad no era nadie.

Desde el primer momento que había llegado al Crillon, Edmond me había llamado con insistencia.

Para no responderle, tuve que razonar a través de mi dignidad, y no de mi corazón. Si le hubiera respondido, nunca me lo hubiera perdonado.

Después de borrar las fotos del teléfono que le había enviado a Paula, respiré hondo. Era hora de partir hacia la estación de autobuses.

Justo entonces llamaron a la puerta, pero no contesté, pensando que era la doncella.

Alguien intentaba abrirla, pero yo estaba tranquila. Tengo una vieja costumbre para las habitaciones antiguas como aquella: pasar el pestillo.

Sin embargo, apagué las luces para intentar pasar inadvertida. Fue entonces cuando lo oí.

—Sandra, soy yo. Abre, por favor. Tenemos que hablar.

No le contesté. No podía.

De rodillas, detrás de la puerta, lloraba sin parar. Me hice un ovillo en el suelo. Mis brazos querían despegarse de mi cuerpo para abrirle, pero mi voluntad venció a la necesidad patológica de verlo.

Pasaron algunos minutos hasta que dejé de sentir su respiración entrecortada. Entonces me levanté como pude y me lavé la cara con agua muy fría, intentando hacer desaparecer de mis ojos la sombra del sufrimiento.

Era hora de irse. En una hora salía un autobús hacia Barcelona.

Pero, al abrir la puerta, lo encontré allí. Me dijo:

—Sandra, vamos, tenemos que hablar. —Me miraba con preocupación—. No es lo que parece...

La situación era tan surrealista que, en lugar de insultarle, me puse a reír.

—Edmond, por favor, no me tomes por idiota. No hagas el ridículo y, si me respetas un poco, tampoco me dejes hacerlo a mí.

—Déjame entrar.

—Vuelvo a casa esta misma noche. Si no te vas de aquí, llamaré a seguridad. Me importan poco tus influencias, ¿sabes? Ni siquiera sé quién eres.

Estaba tan decidida que retrocedió.

Ni lo miré. El amplio pasillo que llevaba al ascensor me pareció eterno. Tan solo quería escapar, huir corriendo para no tener la tentación de correr directa a sus brazos.

Cuando estuve fuera, caminé un poco.

A lo lejos brillaba la iglesia de la Madeleine. ¡Qué belleza! De noche, iluminada, era de una perfección insultante. ¡Cómo me hubiera gustado visitarla

con él de guía!

Pero era ya un espejismo. París ya no era una fiesta, como decía Hemingway. Ni yo era la misma que había llegado a la Ciudad de la Luz llena de sueños románticos.

De fondo, unos músicos callejeros tocaban: «Killing me softly with this song».

Lloré lenta y silenciosamente. Cada capítulo de mi vida parecía tener su banda sonora. Y esta no podía ser más gráfica.

Sí, Edmond me había matado dulcemente con su canción.

## Del modo que puedas

«*When you need someone like I need someone to help me when I fall...*»

Mientras la canción de Patti Austin sonaba en mi cabeza, me decía que nunca había necesitado tanto a alguien que me ayudara a levantarme.

Vagué sin rumbo por las calles de París. No sabía ni dónde estaba. Tan solo quería caminar y alejarme de él.

Hacía frío. Los pasos me llevaron a la Rue Saint-Honoré. Nunca antes había experimentado esa sensación. Era tarde y los transeúntes iban rápido, pero para mí solo eran sombras. Me había transformado casi en una vagabunda. Miré los edificios, las casas iluminadas, y me sentí tentada de soltar mi equipaje en medio de esta elegante avenida y perderme en mi propio mundo de ensueño.

¿Qué haría cuando volviera a casa? ¿Cómo continuaría luchando? ¿Seguiría disimulando como siempre? Algo había ganado: durante unas horas había experimentado la felicidad.

Me detuve frente al escaparate de Chanel. En medio de aquella sofisticación, la imagen que me devolvía el cristal era de un abandono cruel. Estaba en una ciudad extraña y nadie me vendría a socorrer.

Pero no estaba sola, todavía me tenía a mí misma.

Miré el reloj, casi era medianoche. Tenía que encontrar un taxi que me llevara a la estación de autobuses. Antes, sin embargo, necesitaba refrescarme. Abrí la bolsa y me perfumé. Unas gotas de colonia, el viejo remedio de mi abuela María, aliviaría un poco mi pena.

Justo entonces noté una presencia a mi espalda. Sobresaltada, me disponía a actuar cuando alguien me cogió muy fuerte por la cintura y me dijo:

—Perdona. Eres tú o nada.

No me moví. Me sentía petrificada, dolorida, vejada. Su voz, la que me había hecho tocar las nubes, me llegaba fría y lejana como la noche de París. Con dificultad, conseguí desenredarme de sus brazos y le dije:

—Déjalo, Edmond. No permitiré que juegues más con mis sentimientos.

Al mirarlo, no daba crédito a lo que veía. Aquel hombre majestuoso había desaparecido. Estaba lívido, con los ojos fuera de las órbitas y sudoroso. Su camisa blanca ya no era impoluta, ni el pañuelo de la chaqueta seguía en su sitio.

Tuve un sentimiento de ternura y quise abrazarlo, como quien conforta a un niño que se ha perdido y vuelve a casa asustado.

Aun así, me contuve.

—¡Dame la oportunidad de contarte lo que ha pasado, Sandra, te lo ruego! No vuelvas a Barcelona sin conocer la verdad.

Le agradecí que me llamara por mi nombre de pila. Si me hubiera vuelto a decir *Bijou*, le hubiera dado una bofetada.

Respirando con dificultad, pensé que si volvía a casa con esta duda, no podría cerrar la puerta de nuestra relación. Así pues, accedí, pero no quería volver al hotel.

—¿Hay alguna cafetería cercana donde me lo puedas explicar todo? —le propuse.

Como toda respuesta, se limitó a coger mi maleta. Con la mano libre, se puso bien la corbata y me dijo:

—Debes de estar helada... ¿Te apetece algo caliente?

Asentí con la cabeza.

—Imagino que no quieres ir al hotel... pero el bar está abierto las veinticuatro horas y el ponche que preparan nos resucitará. Te prometo que no pasaremos de ahí.

Sonreí con un deje de desconsuelo que él percibió.

Caminábamos uno al lado del otro, pero sin tocarnos. Ni siquiera hablábamos. El hecho de transitar por la milla de oro de París me era indiferente. No veía nada ni escuchaba nada. Tan solo intentaba mantenerme serena. De hecho, tampoco me preocupaba mucho lo que quisiera explicarme. Estaba demasiado agotada para pensar con claridad.

Me sorprendió que llegáramos tan rápido a la plaza de la Concorde. Era evidente que yo había caminado de manera circular.

Edmond dejó mi maleta en recepción y entramos en el bar. Era ancho, con sillas cómodas tapizadas de un rojo intenso que le daban un aspecto decadente. Sentados uno frente al otro, parecíamos dos invitados alicaídos en un decorado de cartón piedra. Pidió los ponches.

Tenía razón. Empecé a volver en mí con el primer trago.

—¿Mejor?

No le contesté.

—En el amor, para abrir una puerta has de cerrar otra, y yo no lo he hecho.

No tardé en saber que se refería a la mujer que hacía unas horas me había humillado de una manera cruel. Había sido su amante, alguien que no aceptaba un no. Según Edmond, agotado después de explicarle una y mil veces que no quería continuar con ella, había decidido ignorar el tema hasta que me había

conocido en el aeropuerto de Barcelona.

—Me dejaste tan impresionado que lo primero que hice al llegar a París fue explicarle que nuestra relación estaba agonizando. De hecho, a partir de aquel instante, la declaré definitivamente muerta. Por supuesto, ella no lo aceptó. Me la encontraba en todas partes, pero nunca pensé que nos seguiría y que se presentaría en el restaurante, *Bijou*. Al ver su reacción opté por sacarla de allí. Por eso me fui. La llevé a casa y le dejé bien claro que todo había terminado entre nosotros.

Edmond hizo una pausa para beber un poco de ponche. Luego siguió:

—Desesperado, volví a El Entreacto, pero ya te habías ido. He estado dando vueltas asustado. Por primera vez he tenido miedo de perder algo que no fuera yo mismo. Hasta que te he encontrado, he pasado los momentos más angustiosos de mi vida.

Yo no lo miraba. Mientras hablaba, recordé a Colometa, la protagonista de *La Plaza del Diamante*, de Mercè Rodoreda.

En el momento más difícil de su vida, mientras Colometa medita qué decisión debe tomar, acaricia el borde del hule de la mesa del comedor. Yo hacía lo mismo con un mantel de algodón rojo con ribetes dorados: lo tocaba y pensaba si tenía que creerle o no.

El cansancio empezaba a hacer mella en mí. Llevaba demasiadas horas despierta. La última vez que había comido algo había sido en Barcelona.

—No sé qué decirte —le solté a bocajarro—. Si no me hubieses encontrado, estaría ya en el autobús camino de Barcelona. Todo lo que me cuentas es verosímil, pero ahora no puedo pensar con claridad.

Se bebió de golpe lo que quedaba en la taza y, apoyándose en la silla, me dijo:

—Tenemos una habitación reservada hasta el lunes. No tienes por qué decidir nada ahora. Tómate tu tiempo. Preferiría no dejarte sola esta noche, pero si quieres estarlo, me iré a casa y mañana a primera hora estaré aquí para llevarte al aeropuerto.

Yo solo quería dormir y su presencia no me habría ayudado, de modo que le pedí que se fuera y que al día siguiente hablaríamos.

Edmond me acompañó hasta la habitación, me dio un beso en la mejilla y, antes de irse, anunció:

—Volveré de aquí a unas horas.

No le creí. Una vez en la habitación, deshice la maleta de nuevo.

La situación era tan patética que resultaba incluso cómica. Me acerqué al balcón y lo vi caminando con las manos en los bolsillos. Ya no lo hacía de una manera ágil, parecía que arrastrara los pies.

Eran casi las dos de la madrugada cuando me metí en la cama. Una inesperada

sensación de paz me llenó el alma. La puñalada había sido mortal, pero tenía la sensación de haber hecho lo correcto.

Ya me estaba durmiendo, cuando me envió un *whatsapp*.

Desear no es amar.  
Se desea lo que se sabe que dura poco,  
Se quiere lo que se sabe que es eterno.  
Sandra, esta frase no es mía.  
La escribió Jean Jacques Rousseau.  
Te quiero porque sé que es para siempre.

Finalmente rompí a llorar. Lo hice con tal virulencia que, para que no me oyeran, me tapé la cara con la almohada.

Yo también lo quería, más de lo que me imaginaba.



## Suite nº1 para cello

*M*e desperté lenta y pausadamente. Comenzaba a amanecer con timidez. Encendí la luz y el hilo musical me regaló mi suite preferida de Bach. Me ayudó mucho esta banda sonora.

Diluviaba. El ruido del agua golpeando los ventanales me dio una tranquilidad inesperada.

Miré a mi alrededor. La habitación lujosamente recargada me parecía un despropósito. En realidad, no era nada acogedora. Pensé que, si nuestra historia tenía que continuar, no me apetecía nada ir de hotel en hotel, por muy sofisticado que fuera. Me hacía sentir profundamente incómoda.

Este no era el mundo del que yo provenía.

Había sido educada en una familia donde se daba poca importancia a las apariencias. Apreciábamos más lo que no se ve. Cultura, respeto, tolerancia, honor y dignidad eran los valores que me habían inculcado a fuego lento y, aunque mis padres eran de lo más sibaritas, lo mostraban en su justa medida.

Había puesto el teléfono en modo silencio. Tal como esperaba, ni rastro de Edmond. Era demasiado pronto para todo menos para el desayuno.

No había cenado, de modo que pedí el *petit déjeuner* en la habitación.

Hablaría más claro con el estómago lleno. Encendí la tele. En la CNN daban un reportaje sobre Nelson Mandela, muerto hacía muy poco.

«En las feroces garras de la circunstancia, ni me he estremecido ni he llorado en voz alta. Bajo los golpes de la suerte, mi cabeza sangra pero no se inclina. Soy el dueño de mi destino. Soy el capitán de mi alma.»

La perfecta declamación de Morgan Freeman, que recitaba para la ocasión el poema de William Ernest Henley, me sacudió. Esta misma estrofa que tanta fuerza había dado al premio Nobel durante sus años en la cárcel me procuraba coraje para pensar que, en cualquier caso, siempre era yo quien decidía cómo actuar. Hacía muchos días que mi subconsciente me lo había dicho, aunque yo no quisiera hacer caso.

Panecillos blancos de todos los tamaños y gustos. Embutidos exquisitos, mermelada, zumo de naranja dulce como la miel... Aquella mañana todo me parecía buenísimo. Mientras probaba un pastel de manzana, pensaba por qué en

lugar de sentirme abatida estaba tan serena.

Eran las ocho de la mañana y me parecía que podía pensar con claridad por fin. Tenía asumido que Edmond no vendría a buscarme. Sin embargo, albergaba la tímida esperanza de que en cualquier momento apareciera.

Ya estaba preparada. Me había duchado y arreglado, optando por ropa cómoda pero elegante.

En el trabajo tenía fama de ser una mujer resolutiva. En el consejo de redacción semanal, una vez decidido el personaje que tocaba entrevistar, nunca tardaba en escoger aquellas preguntas que podían marcar la diferencia. El secreto era no dejar nada en manos de la improvisación, algo que también aplicaba al pie de la letra en mi vida doméstica. Para no perder lo poco que nos quedaba, mi madre y yo teníamos que tenerlo todo milimétricamente organizado. Eso sí, sin que nadie lo notara.

Con Edmond, sin embargo, no estaba aplicando este principio. Estaba totalmente azorada, era así. Irreflexivamente, había tomado un avión para lanzarme al vacío. Y ahora estaba en uno de los hoteles más lujosos del mundo esperando que mi amante decidiera qué hacer. Si venía, caería de nuevo en su telaraña. Si no lo hacía, tomaría el camino a Barcelona con el corazón roto e intentaría olvidarlo.

Contra todo pronóstico, volvió.

Simplemente sucedió. Sonó la campanilla anhelada del teléfono. No miré inmediatamente la pantalla. Podía ser Paula. Respiré hondo.

Era él. Esperé unos segundos antes de abrir el chat.

—Buenos días. ¿Estás ahí?

—Sí.

Aquella simple afirmación fue mi respuesta. Podía caer una bomba atómica en el Museo del Louvre que yo ni me habría inmutado. Solo miraba fijamente la pantalla, esperando su reacción.

No sé cuántos segundos pasaron hasta que vi que por fin estaba escribiendo.

Estoy en la puerta de la habitación. Esperaré unos minutos más. Si no abres, entenderé que no quieres saber nada de mí. Pero si lo haces, mi lealtad y amor serán tuyos.

Mi primer impulso fue correr hasta la puerta, abrirla de par en par y besarlo como si no hubiera un mañana, pero saboreé casi con placer libidinoso cada uno de los pasos que nos separaban.

Sabía que iba directa hacia el cadalso y que había muchas posibilidades de que mi sufrimiento no hubiera hecho más que empezar. Si le recibía como a mi amante, estaba perdida. Si le cerraba el paso, debería asumir la verdad del cobarde, la amargura de una vida vacía y mutilada.

Imploré ayuda a Dios y abrí la puerta.

Edmond se quedó muy quieto y me preguntó:

—¿Puedo entrar?

No le contesté inmediatamente.

Allí de pie ya no parecía una figura etrusca. En menos de cuatro horas, había envejecido. Parecía desorientado, triste y perdido.

En ese mismo instante me di cuenta de que estaba enamorada de él sin remedio. La ternura que sentía, la calidez que amparaba mi corazón, eran sensaciones nuevas para mí. A pesar de la decepción de la noche anterior, tenía que darle una segunda oportunidad. Me gustaba demasiado la mujer en la que me convertía cuando estaba a su lado.

—¿Dónde pides permiso para entrar? ¿En la *suite* de un hotel que has pagado tú? —le espeté sin contemplaciones.

—No, Sandra, quiero entrar en tu vida.

Me había desarmado. Con mucho cuidado, le cogí la mano y cerré la puerta a todo y a todos tras sus espaldas.

## Sonríe

«*No* he dicho a nadie que estuve a punto de llorar», así termina un poema inolvidable de José Hierro y sé muy bien por qué lo recordé justo en ese momento.

Necesitaba abandonarme al más profundo de los gemidos. Había asumido que Edmond no vendría, y que finalmente hubiera vuelto me superaba.

Tirando de él mientras recorríamos el pasillo de la habitación hasta la cama, noté que arrastraba los pies. Su abatimiento hacía que la compasión asfixiara cualquier otro sentimiento en mi interior. En lugar de la rabia, el resentimiento y el desprecio, me invadió el amor más inocente y pueril.

Nos sentamos en el borde de la cama sin tocarnos. Con el mando a distancia, apagué el televisor, pero dejé la música.

«*If you smile through your fear and sorrow. Smile and maybe tomorrow you will see the sun come shining through for you...*» (Si sonríes, a pesar de la pena y el miedo, quizá mañana el sol brillará para ti.)

El barítono alemán Thomas Quasthoff interpretaba este clásico de Charles Chaplin con tal sentimiento que, automáticamente, sonreímos ambos.

En ese momento le quería, pero no lo deseaba. Lo más fácil era hacer el amor como signo de reconciliación, pero no éramos tan prosaicos.

—Sandra, ¿qué te parece si empezamos de cero?

Dije que sí con la cabeza.

—Te propongo algo —dijo—. ¿Quieres pasar lo que queda de fin de semana en mi casa? Lo tengo todo preparado. Me dijiste que no sabes quién soy... Para descubrirlo, lo mejor es que conozcas dónde vivo. ¿No crees?

Justo entonces sonó el teléfono. Al mirar la pantalla, vi que era mi madre. Ya eran las nueve de la mañana.

En lugar de desconectar el móvil, respondí. Mientras lo hacía, pensé que si eso era lo que Edmond quería, que formara parte de su vida, también él debería acostumbrarse a mí, y las llamadas de mi madre formaban parte de ello.

Al mismo tiempo que le mentía, explicándole lo bien que había descansado, Edmond, apoyado en un cojín, movía la cabeza de un lado a otro con complicidad. Le dije que me esperaba una mañana intensa y que ya la llamaría a

la hora de comer.

—Reina, lo estás pasando bien, ¿verdad?

—Sí, mamá, pero me gustaría que estuvieras aquí conmigo.

No era una frase hecha. Me hubiera gustado que ella también estuviera en París, la ciudad donde mis padres se habían querido tanto.

Como impulsado por un resorte, Edmond se levantó de la cama. Con suma delicadeza, me dijo:

—Más adelante, cuando tú lo consideres oportuno, será un placer pasear con tu madre por esta ciudad.

Y dicho esto, me tendió la mano. Sin pensarlo, la cogí y nos besamos como si fuera la última vez.

Los dos entendíamos que nos dábamos otra oportunidad. No hablamos de lo que había pasado la noche antes, ni de la burda actuación de su amante despechada. Todo lo que teníamos que decirnos ya lo habíamos expresado. Teníamos que elegir entre dos caminos: o bien, como él proponía, mirábamos hacia el futuro, o bien nos quedábamos anclados en los reproches que finiquitarían una relación que estaba naciendo. Escogimos el segundo camino. Las cartas estaban sobre la mesa y, al menos teóricamente, ninguna de ellas estaba marcada.

Bajé a la recepción con otra indumentaria. Llevaba la misma maleta, pero un estado de ánimo muy diferente. Mi situación había cambiado.

Cuando entré por primera vez en ese vestíbulo, tenía la ilusión del principiante. Y ahora salía con la madurez que tan solo otorga el dolor. Sabía perfectamente lo que quería hacer: olvidar los oropeles lujosos, las sábanas de hilo, y entregarme al placer de la realidad terrenal.

Al salir del hotel, inmediatamente me sentí renovada. Mientras él detenía un taxi, miré el cielo de París. Las nubes habían desaparecido y el sol brillaba, concediendo a la Place de la Concorde un aspecto de una claridad maravillosa.

Pensé en la letra de la canción que habíamos escuchado cuando no sabíamos cómo comportarnos para no perder ninguno de los dos nuestra dignidad.

¿Era todo así de fácil? Si mostraba a la vida mi cara más risueña, ¿le ganaría la partida a la tristeza?

Estaba convencida de que no, pero, sentada en el taxi junto a mi amante, pocas cosas me importaban ya. Solo respirar. Solo eso.

## Llévatela

*E*l taxista conducía con pericia. A pesar de ser sábado, el centro de la ciudad estaba abarrotado de gente que, muy abrigada, se movía rápidamente. Observé que la mayoría de ellos arrastraban pesadas bolsas de regalo. No había caído en la cuenta de que en un santiamén ya sería Navidad.

«¡Qué horror!», pensé.

Desde la muerte de mi padre, esas fechas ya no tenían ningún significado para mí. Mi vida tenía dos etapas muy definidas: antes de su enfermedad y después de ella.

En otros tiempos, en casa no había día más importante que la noche de Navidad. Ni mi cumpleaños, ni su aniversario de boda. Días antes, iba con mi madre al Mercado de la Libertad, en el barrio de Gràcia, y encargábamos todo lo necesario para que la comida fuera inolvidable. Y el 24 de diciembre, mi padre colgaba la toga en el despacho y se entregaba a lo que más le gustaba: organizar las fiestas.

Cuando cierro los ojos, aún lo veo. Hace sonar con impertinencia la bocina de su coche, un hecho insólito en él. Nos hace saber que llega cargado con toda clase de vinos, cavas y licores para complimentar a los que pasen por casa estos días. Mi madre y yo bajamos corriendo las escaleras del jardín y empezamos a vaciar el asiento trasero. El reproche tierno de ella siempre es el mismo.

—Pep, ¿qué has hecho?

Mi padre le responde con un sonoro beso en la mejilla. Parece un Santa Claus sin barba, pero casi con la misma complexión. Fuerte y vigoroso, es casi invencible.

Para nosotros entonces lo era.

Mientras mi abuela trasteaba en la cocina, él subía las escaleras hacia su habitación. Por el camino se iba desanudando la corbata que, irremediablemente, caía al suelo sin que se diera cuenta. Pero ahí estaba yo, como su fiel escudero. Recogía la corbata del suelo y la olía. Su aroma me hacía sentir segura.

Mi padre se cambiaba rápidamente. Mientras yo le esperaba paciente fuera, con mi trofeo en la mano, él hablaba sin parar de lo que haríamos y de cómo decoraríamos la mesa. Con la misma ligereza con la que había subido al primer

piso, bajaba al comedor y se colaba hasta la cocina.

A escondidas, mientras las cocineras descansaban, daba un vistazo a los fogones. A pesar del riesgo de ser pillado *in fraganti*, mojaba un trozo de pan en la olla para degustar la maravilla que su suegra guisaba a fuego lento. Casi siempre se manchaba y el lamparón lo delataba.

Los gritos de mi abuela eran esperados por los vecinos como parte indispensable de las fiestas. Enseguida le preguntaban a mi madre con complicidad:

—La señora María ha pillado a Pep, ¿verdad?

Pero eso pasaba mucho antes de que mi abuela muriera y de que mi padre perdiera las fuerzas.

Aquella era su última Navidad y él lo sabía. Sentado en el sofá de casa, me daba instrucciones para adornar el árbol. Con serenidad y sin pensar en su decadencia, yo intentaba fotografiar mentalmente el movimiento elegante de sus manos. Quería guardar en mis oídos el tono amoroso con el que hablaba, perderme en la bondad de sus ojos y evitar la soledad profunda que empezaba a sentir en mi corazón.

—Niña, ¿sabes qué me gustaría?

—No, papá, ¿qué? —le respondí intentando disimular mi tristeza.

—Ir a ver el mar.

Fue la primera vez, durante todo este tiempo, que se le rompió la voz. Me apoyé en la pared y, tomando aire, le dije:

—Claro, papá. ¡Vamos ahora!

Estábamos solos en casa, y el tumor le había hecho perder totalmente la movilidad. ¿Cómo iba a sacarlo de casa y meterlo en el coche?

Mientras me cepillaba los dientes, intentaba encontrar una solución, ya que Paula y Jaume estaban esquiando.

Entonces pensé en Oriol. Nos habíamos conocido en la misma clase a la que iba con Paula. Era el chico más atractivo de la clase, pero también el más serio. Todas las chicas deseaban desayunar con él a la hora del patio, pero nosotras no. Por eso mismo se nos acercó, con la excusa de que éramos buenas en filosofía.

Al terminar el instituto estudió en una prestigiosa escuela de negocios y actualmente era un alto ejecutivo de una multinacional japonesa.

Nuestro amigo de adolescencia vivía en Madrid, pero estaba pasando las fiestas en Barcelona. No me lo pensé dos veces y lo llamé. Faltaban dos días para la noche de Navidad, y no tuve que explicar demasiado.

—Sal ahora mismo, Sandra. En veinte minutos estoy aquí...

Puntual como siempre, llegó a la hora convenida.

Corrí a la puerta y le abracé cálidamente.

—Gracias, amigo.

Me guiñó el ojo y, cogidos por la cintura, entramos en casa.

—¡Pep, buenas fiestas! —gritó Oriol desde el porche.

Le respondió con el sentido del humor que incomprensiblemente no había perdido:

—Como diría Groucho Marx, ¡perdone que no me levante!

Nos reímos. El proceso que le llevaría hasta el final estaba ya muy avanzado. Sin embargo, seguía siendo un hombre encantador, siempre con la cortesía justa en el momento correcto.

—Qué buena pareja hacéis —nos dijo con naturalidad.

Ambos nos sonrojamos.

Para romper el hielo, Oriol preguntó a mi padre dónde iba tan abrigado.

—Queríamos salir a dar una vuelta... Me gustaría ir a la playa.

—¿Queréis que os eche una mano?

Lo dijo de un modo tan natural que no se notó en absoluto que había venido para eso. Mientras ellos charlaban animadamente, intenté fijar aquella escena en mi mente.

Mi padre iba ataviado con una chaqueta de deporte de piel y una de las muchas gorras de béisbol que yo le había traído de Nueva York. Fumaba un cigarro. A esas alturas de la enfermedad, ya hacía lo que le apetecía.

Inmovilizado en el sillón, pero sin perder la dignidad, ofreció a Oriol un whisky.

—Papá, ¿qué te parece si nos ponemos en marcha?

—Si me colocáis vosotros mucho mejor...

Y nos guiñó el ojo.

—Será un placer —le dijo Oriol, nuestro improvisado enfermero, mientras se movía con rapidez y eficacia.

Una vez dentro del coche, mientras le ataba el cinturón, mi padre le cogió las manos emocionado y le dijo:

—Hijo mío, muchas gracias.

Fuera del coche, yo lloraba sin que ellos me vieran.

Oriol respiró hondo, se puso en cuclillas y le dijo:

—Te refrescaré la memoria, Pep... ¿Recuerdas la fiesta que organizaste en el jardín para el cumpleaños de Sandra? ¿O has olvidado ya lo que ocurrió cuando cumplió los dieciocho?

Mi padre puso una sonrisa melancólica. Mi amigo siguió:

—Paula, tu hija y yo bailamos tanto y tan mal que me torcí el tobillo. ¿Recuerdas quién fue el que me levantó del suelo y me llevó a urgencias? Tú, querido amigo. ¡Fuiste tú! O sea que solo te devuelvo una pequeña parte del



favor que me hiciste.

Cerró la puerta y me miró. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—¿Te ves capaz de conducir? —me preguntó.

—Sí, querido, vete tranquilo, y gracias... —le dije.

Me puse las gafas de sol para que mi padre no supiera que estaba llorando y arranqué. Conduje lentamente por las calles de Barcelona.

Nos dirigimos a Castelldefels, donde mis padres y yo íbamos a comer cada fin de semana antes de las vacaciones de verano, cuando empezaba el buen tiempo.

Durante el trayecto no hablamos. Mi padre no decía nada, solo miraba a través de los cristales la ciudad que tanto amaba. Yo respetaba su silencio. Solo le pregunté si quería escuchar música y asintió con la cabeza.

Al conectar el CD, comenzaron a sonar los boleros y los tangos que tanto le apasionaban. Pasamos por el Paseo de Gràcia y por la Universidad Central, donde él había estudiado la carrera de derecho.

Desde ahí enfilé directa hacia nuestro destino.

Paré el coche frente al mar. Como obligaba la tradición, en el hotel Bel Air, en primera línea de playa. Tras el baño, allí siempre habíamos hecho el vermut. ¡Cuántos recuerdos!

Con mucho cuidado, desabroché la chaqueta a mi padre y bajé las ventanillas para que aquel mar en el que se había sumergido tantas veces se despidiera de él como se merecía.

Moncho, su artista favorito, cantaba «Llévatela» al tiempo que mi padre me acariciaba las manos mientras canturreaba la pieza.

De repente, apagó el CD y me lanzó una mirada profunda.

—Sandra, me estoy muriendo, no nos queda demasiado tiempo. Sé que afortunadamente te pareces mucho a mi madre, pero en algunas cosas eres igual que yo. Valiente, fuerte, honesta... Nosotros siempre hacemos lo que tenemos que hacer, aunque a veces esto nos perjudique. No olvides nunca que has sido el mejor regalo que me ha dado la vida. El día que naciste, me prometí que haría lo imposible para que fueras una mujer libre e independiente. Y has superado mis expectativas con creces. No olvides nunca qué eres y de dónde vienes, Sandra. Te hemos querido mucho, pero tú nos has dado aún más. Cuando yo ya no esté, ¡vive! Hazlo por mí, vive en mayúsculas, sin tregua. Lo harás, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

Contra todo pronóstico, no lloré. Por la lucidez que mi padre mantuvo hasta el último momento, no merecía que se llevara esta imagen.

Lo abracé y, tras ponerle bien la bufanda, le dije:

—Te prometo que, en los momentos más difíciles y en los más felices, recordaré tus palabras. Estarás siempre aquí, papá, a mi lado, hasta que me reúna

nuevamente contigo.

Dulcemente coloqué su mano en mi mejilla.

—Así me gusta, hija. Ahora ya podemos volver a casa a comer los turrones.  
¿No tienes hambre?

Sonriente, lanzó un beso al aire en dirección al mar y nos fuimos. A punto de llegar a casa de Edmond, recordé emocionada todo lo que me había dicho mi padre. Estaba decidida a poner en práctica su consejo y luchar por ser feliz.

## Ahora en ambos lados

*D*urante el trayecto que separaba el Hôtel de Crillon de su apartamento, permanecí en silencio. Edmond tampoco decía nada. Así como había hecho mi padre en ese último trayecto a la playa, observaba las calles de París a través de la ventanilla.

Una extraña sensación de familiaridad me embriagó, como si a partir de este instante yo también formara parte del paisaje urbano.

—*Bijou*, estamos llegando —me dijo dulcemente.

El taxi se detuvo en una plazoleta llamada Quai de Bourbon.

Casi como un animal en peligro, escruté inquieta mi alrededor. De entre todas las majestuosas fincas que me rodeaban, no sabía cuál era la suya. Tampoco sabía en qué distrito estábamos, pero poco me importaba. En menos de cuarenta y ocho horas tendría que volver a Barcelona y quería hacerlo con todas las incógnitas resueltas sobre nuestra relación.

Ante nosotros estaba la típica cafetería-restaurant de París. Unos toldos de color granate con ribetes dorados salvaguardaban la intimidad de los comensales.

Mientras él sacaba el equipaje del maletero, me acerqué.

Miré el interior con discreción. Estaban preparando las mesas para la hora de comer. Los camareros, vestidos elegantemente, sacaban brillo a los cubiertos. De repente, un hombre de mediana edad abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y comenzó a hablarme muy rápido.

Yo no entendía nada de lo que me estaba diciendo. Estaba a punto de responderle en inglés cuando Edmond salvó la situación.

—¡Ferdinand! —exclamó, y se dieron la mano—. Te presento a Sandra, reconocida periodista catalana, siempre en busca de la noticia. Quién sabe, quizás algún día pueda hacerte una entrevista. Eres uno de los pocos taberneros con oficio que quedan en París —le explicó en inglés.

—Tal vez, nunca se sabe... —dije con una sonrisa.

—Madame, esta es su casa —me dijo con un inglés afrancesado de lo más sugerente.

Me dio un beso en la mano y entró de nuevo en el restaurante.

Yo esperaba que Edmond moviera ficha. Parados en medio de la plaza, parecíamos dos turistas perdidos. De lejos se oía el murmullo de las aguas del Sena.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté cándidamente.

—Perdona —contestó como si despertara de un sueño—. Mi casa está aquí, en el número 55.

La finca era solemne. Una puerta sobria de madera con un pomo bruñido le daba un aspecto regio. La sombra de un árbol centenario frente al edificio hacía que la calle fuera acogedora.

Edmond puso la llave en la cerradura y yo, como ella, me deslicé dentro.

Me quedé boquiabierta frente a una escalinata de mármol que parecía infinita. Me iba a morir en su apartamento, era terrible. Vivía en el quinto piso de aquella construcción antigua. El acceso era amplio, para que antaño los carruajes pudieran entrar sin problemas.

—*Bijou*, no hay ascensor, lo siento.

Me limité a colgarme la bolsa en la espalda, mientras él sonreía con complicidad. A medida que subíamos, me sentía más ágil. Por primera vez, recuperaba la apacible sensación de respirar profundamente, sin que las penas y las angustias económicas me oprimiesen el pecho, ni tampoco las ilusiones inciertas.

Edmond cargaba con mi maleta y lo hacía trepando las escaleras con ligereza. Era evidente que estaba en buena forma, en cambio yo me tomaba mi tiempo, y aprovechaba para observar lo que me rodeaba.

En cada rellano había una única vivienda. Me detuve en la cuarta planta. Solo tenía que subir unos escalones más y conocería la intimidad doméstica de mi amante.

Cualquier persona en mi lugar habría alzado la vista para mirar la puerta, pero yo hice todo lo contrario. Me asomé por el hueco de la escalera y miré hacia abajo. El espacio que había entre donde me encontraba y el suelo me parecía un abismo, como si hubiera empleado los treinta y nueve años de mi vida en ascender hasta la quinta planta de aquel noble edificio de París para encontrar el amor...

Edmond esperó a que subiera para abrirme la puerta de su apartamento. Antes de hacerlo, me abrazó muy fuerte.

—Después de ti, ninguna otra mujer pasará por el umbral de esta puerta —me dijo mientras me apartaba con ternura un mechón de pelo de la frente.

Atravesé un pasillo estrecho que desembocaba en un salón amplio y acogedor. Detrás de mí, una cocina funcional y moderna, y el baño ordenado y lleno de frascos de perfume de diferentes aromas. Resistí el deseo de entrar, como habría

hecho de niña, y abrir todos los frascos para oler su contenido.

Las paredes del salón estaban cubiertas de cientos de libros, que nos envolvían con los colores de las tapas, sus títulos y los nombres de los autores.

Una puerta corredera de cristal separaba el espacio más grande de la casa del único dormitorio.

—Adelante, quiero presentarte nuestra cama.

Sonreí ante aquella ocurrencia.

En su cuarto había una cama ancha y más estanterías con volúmenes, dos mesitas de noche y una cómoda de roble. Al observar el póster enmarcado en la cabecera, me quedé sin aliento. Si aquello era una coincidencia, definitivamente había encontrado mi alma gemela.

El tiempo pasado en la Universidad de Columbia había sido el más fructífero de mi vida. Hasta primera hora de la tarde era imposible hacer nada más que asistir a las clases pero, cuando acababan, me perdía por Manhattan hasta llegar a mi remanso de paz.

No me perdía por Central Park, como hacen los neoyorquinos estresados. Si quería reencontrarme conmigo misma, dirigía mis pasos a la avenida Madison con la calle 75, hacia el Whitney Museum of Art.

Después de la Gran Depresión del 29, Gertrude Vanderbilt, coleccionista de arte y escultora, decidió abrir su propio museo: un edificio de cemento y granito gris con una fachada imponente que alojaba las obras más importantes del arte americano: Jackson Pollock, Jasper Jones... y mi favorito, Edward Hopper.

No me cansaba de admirar sus escenas de cotidiana soledad, ni sus marinas de Cape Cod. Pero había un cuadro que se me resistía y que no había podido ver nunca. Para ello, habría tenido que trasladarme hasta Des Moines, en Iowa, donde estaba el original.

Evidentemente, no me lo podía permitir. Mis padres ya habían hecho más de lo que podían enviándome tan lejos de casa para que estudiara y fuera aún más libre.

Dos días antes de volver a Barcelona, fui al museo para despedirme de la copia de aquella pintura de 1927 que tanto había acompañado mi alma. Para tenerla cerca, compré un póster con una reproducción en la tienda del museo.

Lo primero que hice al llegar a casa fue enmarcarla, y aún hoy vigila mis sueños.

A miles de kilómetros de América, me impactó que Edmond tuviese esa misma reproducción en la cabecera de la cama. Mostraba a una mujer que, con la mirada baja y sola, toma un café en un autoservicio. Por esta razón el cuadro se llama *Automat*.

Aún con el bolso colgado, volví a tener veinte años. La visión de esta dama

tan elegante y a la vez abandonada me hacía sentir acompañada en mi soledad. Edmond hacía rato que había salido de la habitación, pero yo ni me había dado cuenta. De fondo, Joni Mitchell cantaba una desmayada canción de folk.

Él volvió con dos copas de champán muy frío.

Con dulzura, jugó con el asa de mi bolso hasta que cayó al suelo. Entonces empezó a besarme la cara, los ojos, el cuello... Yo hacía lo mismo con él.

Al cerrar los ojos, sentí que mi voluntad se desvanecía.

Edmond corrió las cortinas antes de retirar la sábana que cubría mi cuerpo desnudo. Lo admiraba igual que yo había venerado las imágenes de Hopper dos décadas antes.

Allí y entonces supe que todo volvía a estar en su sitio. No importaba nada más.

## La reina de la noche

Cuando desperté, Edmond no estaba a mi lado. Gracias a la luz del mediodía, mientras me abría paso entre la neblina del sueño, miré las fotos antiguas que daban un halo acogedor y familiar a la habitación.

Me daba cuenta de que le había hablado muchísimo de mi familia, pero que desconocía por completo la suya.

Me sentía desorientada. No sabía ni la hora que era. Vi que mi bolso campaba a sus anchas por el suelo, y me moví sigilosamente desde la cama para cogerlo. Al mirar el móvil, descubrí que era la una de la tarde.

Aún ronroneaba en la cama cuando él abrió la puerta.

—¿Te gusta *La flauta mágica*?

—Sí, Mozart me encanta.

Salió del cuarto y enseguida reconocí la voz de la soprano eslovaca Lucia Popp, que interpretaba la segunda aria de «La reina de la noche».

Suspiré. Edmond se sentó en la cama, muy cerca de mí, descalzo, con unos vaqueros como única indumentaria.

—Tengo algo para ti...

A continuación, fue hacia el armario y sacó un paquete con un lazo rojo.

Me apoyé en los cojines. Estaba nerviosa y un poco avergonzada de recibir ese regalo. Abrí el paquete.

Era un batín de seda de colores vivos. Me levanté y Edmond cubrió mi cuerpo con él.

Lo abracé tan fuerte que parecía que, por un momento, quisiera quedarme allí para siempre, aferrada a su pecho. No quería volver a mi mundo, a dos horas de avión de aquel apartamento en París.

Aquel sábado decidimos quedarnos en casa y que él cocinaría. Ya habría tiempo para explorar la ciudad a su lado.

Con una copa de vino en la mano, yo observaba uno a uno los libros que formaban parte de su nutrida biblioteca. Escritores franceses, americanos e ingleses cohabitaban en perfecta armonía. Enmarcada en una de las estanterías, una estrofa de la poetisa Sylvia Plath me llamó la atención:

Quizá cuando nos encontramos deseando todo

es porque estaremos peligrosamente  
cerca de no desear nada.

Oí su voz detrás de mí que decía:

—Ya no hay nada que desee más en el mundo que tú.

Preparó unos platos ligeros: quesos variados, paté y tostadas con caviar. Con la bandeja en la mano y para hacerme reír, jugaba con los platos para que creyera que aquellas *delicatessen* acabarían por el suelo.

Nos sentamos muy juntos en el sofá. Cuando estábamos a punto de comer, sonó el móvil.

Sabía quién era...

En condiciones normales, y si hubiera estado en París por motivos profesionales, habría contactado con ella un par de veces al día.

Edmond me acercó el teléfono mientras bajaba el volumen de la música con una sonrisa suave. Él también sabía que era mi madre.

—Niña, ¿no sé nada de ti!

Aquellas palabras tenían un tono imperativo que me irritaron. Pero era lógico... La tenía mal acostumbrada y la única responsable era yo. Desde que mi padre había desaparecido, vivía entregada al trabajo y a ella.

Allí donde estuviese, cada mañana y cada tarde llamaba patológicamente a mi madre para compartir con ella todo lo que vivía.

Paula, como buena psicóloga, me había avisado:

—No puedes vivir pendiente de un teléfono, Sandra. Tienes que construir tu propio espacio.

Cuando me lo decía era como si oyera llover. Ella había salido del nido hacía muchísimos años, desde su matrimonio con Jaume, y no tenía ningún padre o madre que dependiera de ella.

Mi situación era muy diferente. Hasta aquella escapada a París, no había tenido vida personal, ni relación estable. Si me apetecía tener sexo con alguien y tenía la oportunidad, aprovechaba la ocasión, pero sin ninguna emoción ni sentimiento. Dejaba que mi libido decidiera por mí y nada más.

Nunca pensé que el amor llamaría a mi puerta con tanta brutalidad. Edmond era para mí una ola embravecida, y yo el rompeolas que la recibía.

Había llegado a hacer tambalear mi mundo con sus ganas de vivir, lo que me hacía sentir única.

Mi madre me habló un buen rato de cosas banales y sin importancia. Me prometí a mí misma que, cuando llegara a Barcelona, buscaría el momento oportuno para explicarle la situación.

—Te llamaré antes de cenar, tranquila —le dije.

Le di un beso a través del teléfono y colgué.



Miré a Edmond buscando en su fisonomía una mueca de reprobación. No la encontré.

—¡Qué suerte tienes de poder hablar con tu madre, Sandra! Mis padres murieron hace mucho tiempo.

Esto era justo lo que necesitaba saber, que después de cada llamada no toparía con su rechazo. No estaba dispuesta a tener que elegir entre el amor de él o el de ella.

Ahora solo quedaba ser sincera y hablarle de mi situación económica, para que no se imaginara lo que no era.

Me relajé pensando que el camino más difícil ya estaba hecho. El resto iría rodado.

## No me dejes sola esta noche

Ataviado con una parca de color verde botella, unos pantalones a juego y una bufanda de lana fría, tenía el aspecto de un hombre de mundo.

Caminábamos muy juntos por los bulevares de la ciudad, mi mano derecha dentro de su bolsillo, protegida por el viento helado que cortaba la respiración. Sentía cómo acariciaba mis dedos de una manera tan inocente que olvidé por completo la fuerza con la que por enésima vez había precipitado su sexo dentro de mí.

Junto a él sentía que los días no tenían veinticuatro horas. Incluso las acciones más banales con Edmond eran de una intensidad abrumadora.

Me halagaba con mil y una muestras de afecto que yo respondía con inusitada rapidez, como si ya entonces supiera que el tiempo corría demasiado deprisa y que el contador iba solo a su favor.

Él lo quería todo y lo necesitaba inmediatamente. Las chispas de felicidad que mi amante y París me ofrecían eran demasiado brillantes para no enloquecer. ¿Quién no habría perdido el norte junto a alguien que se adelanta a tus deseos y que conoce con detalle no solo el presente sino los momentos felices del pasado que te han modelado?

Si en su coche me había demostrado que conocía detalles muy particulares de mi etapa americana con Peter Cincotti, en el apartamento me dejó literalmente sin palabras...

—*Bijou*, ¿te apetece ir a un concierto? —me propuso con mirada pícara, apoyado contra la mesa del salón y el mando a distancia en la mano.

Comenzó a sonar el discreto piano que introducía la elegante voz de Karrin Allyson. Como un resorte, me levanté del sofá. No solo había escogido la que más me turbaba, sino que de todo el repertorio de esta cantante de jazz nacida en Kansas, había elegido la pieza más melancólica:

«*Tell me lies but hold me tight, save your goodbyes for the morning lights, but don't let 'em be lonely tonight*». (Miénteme, pero abrázame fuerte. Guarda tu despedida hasta mañana, pero no me dejes sola esta noche...)

James Taylor había escrito esta canción cuando yo tenía siete años. Ni él en su Boston natal ni la niña que yo era entonces en Barcelona nos podíamos imaginar

que esta estrofa marcaría mi amor por Edmond. Podía hacer lo que quisiera, cuando le apeteciera y de la manera que considerara, pero le imploraba sin decirle, incluso sin yo saberlo, que no me abandonara, aunque no...

No lo hizo. Nos dirigíamos a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, caminando muy lentamente. Quería saborear las calles por donde antes que nosotros habían paseado Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Juliette Gréco, Jean-Luc Godard o François Truffaut. Esta basílica acogía el concierto que la intérprete estadounidense ofrecería esta misma noche.

No sé cómo conocía mi admiración por ella, desde que la había escuchado cantar en una pequeña sala en San Francisco, pero era evidente que Edmond se había documentado a fondo.

Antes de entrar en el recinto, me detuve, petrificada ante tanta belleza.

—¿Sabes que aquí está enterrado René Descartes?

Lo sabía pero no quise decirlo. En lugar de eso, respondí con uno de los muchos aforismos del filósofo:

—«Incluso una falsa alegría es preferible a una verdadera tristeza».

Desde que lo conocía, esta fue la única vez en que su semblante se transmutó del placer más onírico a la seriedad más grave.

Me reí con ganas, añadiendo:

—Amor, es solo una frase, pero quédate tranquilo. Tú y yo no somos una quimera... ¿entramos?

Mi intuición me hablaba, pero mis sentidos solo escuchaban la voz de mi amante. No había ninguna melodía que sonara mejor y que me interesara más. El resto era ruido.

## Encantada

*E*l concierto fue maravilloso. Saboreé cada una de las canciones como si estuvieran compuestas para nosotros dos.

No paraba de mirarlo de reojo. La forma en que se colocaba el pelo, las caricias con que se ganaba todos mis sentidos, como si quisiera hacerme viajar más allá de mi cuerpo a través de sus manos. La complicidad entre nosotros me hacía sentir encantada, embrujada por su compañía y todo lo que me rodeaba.

Definitivamente, esta era la vida que quería. No necesitaba nada más, él lo llenaba todo.

Solo pensaba en llegar a casa, tomar una copa de vino y hacer el amor con Edmond. Lo que no sabía era que él tenía otros planes...

—*Bijou*, ¿te gustaría cenar en el restaurante más antiguo del mundo?

Lo primero que pensé era que cualquier otra mujer lo habría dado todo para vivir esta experiencia. Yo, sin embargo, me sentía incómoda. ¿Por qué probar otros pasteles cuando tenía a mi alcance el mejor?

No quería parecer maleducada, así que accedí. Como siempre que salía a pasear por París, llevaba ropa cómoda y en mi bolso había poco más que un cepillo de dientes. «Ni siquiera un pintalabios», pensé mientras imaginaba el lugar donde me llevaría. Sonreí al recordar que también llevaba el pequeño frasco de perfume que me había regalado Edmond y que ya era el aroma de nuestra intimidad: Roger Gallet.

Mientras íbamos a por un taxi, fui consciente de que algo no marchaba bien. De repente, se detuvo a mi lado y, mientras me miraba fijamente a los ojos, me dijo:

—Sandra, no hay otra persona en el mundo que tenga tu elegancia.

Las mejillas me ardían y bajé la cabeza mientras se desvanecían los pensamientos anteriores. Me acarició la barbilla para que subiera la cabeza y lo mirara a los ojos. Entonces, me dio un beso.

Su ternura me dio la fuerza suficiente para sobreponerme.

Iríamos a la Tour d'Argent, el restaurante más antiguo del planeta, que se iluminaba, haciendo honor a su nombre, con colores plateados.

Caminábamos junto al Sena y la catedral de Notre-Dame, y me sentía más

unida a él que nunca. Aunque nadie hablaba, nos lo decíamos todo con las manos, que jugaban a entrelazarse.

Mientras Edmond pagaba el taxi, yo bajé. Al mirar frente a mí, me quedé helada al ver la belleza del edificio. Por si fuera poco, Edmond había reservado la mesa con las mejores vistas del restaurante.

Me sentía en un palacio mientras observaba las alfombras que había bajo mis pies, los delicados manteles de hilo y las vajillas fastuosas que llenaban de lujo la mesa.

Rodeada de todo esto, de repente me acordé de mi madre. Hacía horas que no pensaba en ella. Era una situación nueva para mí. Y, por un instante, no me sentí bien conmigo misma.

Ella estaría sola en aquella casa tan grande, con la única compañía de los recuerdos. Las ganas de vivir que había tenido mi madre parecía que se las había llevado mi padre al morir. Y eso me llenaba de tristeza.

Edmond no me quitaba los ojos de encima, como si quisiera leerme la mente mientras yo seguía las luces en la noche de los *bateaux-mouches*, que parecían elevarse por encima del Sena. Observaba a los turistas despreocupados, tan solo pensando en hacer la mejor instantánea del río.

De repente, Edmond me quitó todas aquellas preocupaciones al decirme:

—Podría vivir contigo, acostumbrarme al espacio que ocupas en mi corazón, ¿sabes? Creo que dejaría de tener miedo si te quedaras el suficiente tiempo a mi lado...

Nos mantuvimos en silencio mientras él levantaba la copa de champán. No sé por qué no lo hice, pero debería haberle dado un beso, estallar en risas o ponerme a llorar, o agradecer al cielo que lo hubiera puesto en mi camino. Pero no, no lo hice.

En su lugar, una lágrima se deslizó por mi mejilla. Solo fui capaz de decirle:

—¿Seguirás a mi lado, tú, cuando llegue la tormenta?

Enmudeció antes de mirarme con gravedad. Con un hilo de voz, me respondió:

—Nunca llegará porque si estoy a tu lado el sol siempre me ilumina.

No dijimos una palabra más. ¿Era necesario? Continuábamos mirando el paisaje a través de las ventanas de la Tour d'Argent, como si buscáramos en la lejanía una señal que nos indicara que lo que estábamos viviendo no era un sueño.

## Qué profundo es el océano

*E*l día tiene muchas horas e Irina había elegido la que menos me gusta de todas para presentarse en casa: la de la siesta.

Había aterrizado hacía muy poco en Barcelona. Dentro del avión, cómodamente sentada, recordaba cómo esa misma mañana, antes de acompañarme al aeropuerto, él me había hecho suya una vez más.

Solo unas horas antes me había despertado un murmullo entre sueños. Al abrir los ojos, lo primero que había oído había sido una caricia desconocida que rozaba mi espalda.

Al volverme, vi que Edmond recorría mi cuerpo con una rosa roja húmeda. Me dejé llevar mientras él me susurraba al oído que nunca había sentido nada igual con nadie, que no le importaba lo que pasase fuera de las cuatro paredes de su cuarto, que era o yo o nada...

Cuando entró por enésima vez dentro de mi intimidad, deseé perderme y que no me encontraran nunca.

Parafraseando a Alice Munro, la premio Nobel, yo siempre había estado convencida de que a los hombres no les gustaban las mujeres como yo. Edmond me demostraba que me había equivocado. Con su pasión, me hacía sentir repentinamente poderosa.

De vuelta a casa, mi madre, como una niña de cinco años, arrancaba nerviosamente el sofisticado envoltorio del pañuelo Hermès que le había comprado en la milla de oro parisina. Mientras tanto, intentaba buscar en mi cerebro la mejor manera de decirle que, en menos de tres horas, una desconocida entraría por la puerta para hurgar en nuestros recuerdos y profanarlos.

Fui cobarde y no me arrepiento.

Hacía tiempo que ella me decía que la fachada de la casa estaba demasiado sucia y que teníamos que pensar en limpiarla. Con esta excusa, inventé por primera vez, como diría Juan Marsé, una *aventi*.

Le dije que a las cuatro vendría una señorita llamada Irina para hacernos un presupuesto para la fachada. Me miró por encima de las gafas, suspiró y dijo:

—Perfecto.

Sé que no me creyó, pero ella también prefirió mirar hacia otro lado.

Hacía mucho tiempo que yo no estaba tan inquieta. Faltaba media hora para que la cruel visita apareciera y decidí, para relajarme, ir a mi habitación a escuchar música.

Escogí un viejo álbum de Eric Clapton. De todas las canciones, elegí un clásico de Irving Berlin de 1932: «How Deep Is the Ocean».

Qué bien sonaba.

Qué profundo puede ser el océano cuando se está desesperado...

Apoyé la cabeza en la almohada mientras hojeaba el programa de mano de una obra de teatro que había visto hacía poco: *Tierra de nadie*, una inconmensurable interpretación de Josep Maria Pou y Lluís Homar. Harold Pinter, el autor, habla de un espacio sin límites jurídicos, el territorio de la responsabilidad, de la fortaleza, que tan solo se puede conseguir desde la autenticidad hacia uno mismo.

Esto era lo que tenía que hacer: no traicionarme. No podía salvarme a cualquier precio. No me habían educado para ser desleal.

No me arreglé demasiado. Irina ya sabía que iba a una cita con personas desesperadas. Importaba poco si iba vestida de Gucci o del mercado del barrio...

Lo que verdaderamente le interesaba eran las paredes de una casa, no quién vivía en ella.

Escogí unos *leggings* negros y un jersey ancho del mismo color. Me miré en el espejo. Mientras me recogía el pelo en una cola de caballo alta, me di cuenta de que mis ojos estaban tristes. El brillo que reflejaban hacía unas horas se había quedado con él, en París, junto a mi alegría. A pesar de todo, había algo que ese fin de semana Edmond había cultivado en mí: la fuerza y la capacidad de lucha.

El timbre sonó antes de lo previsto.

Mi madre dormía en el sofá. Le dije que no saliera, que empezaba a hacer frío y que yo abriría la puerta.

Debía ir más rápido que ella y prevenir a Irina de que fuera prudente. No tenía que explicar el motivo real de su visita.

Después de bajar precipitadamente las escaleras, salí al jardín sin abrigo. La sensación térmica y lo que vi me helaron el corazón. No venía sola, la acompañaba un hombre de mediana edad, bajito y rechoncho. A medida que avanzaban por el pasillo coronado por los cipreses centenarios, yo presentía lo peor.

Bajo la luz de los farolillos del jardín, Irina parecía una actriz porno de tercera categoría. Altísima y con una cara hierática, fruto de los mil y un retoques estéticos, sus labios como chistorras le impedían articular palabras comprensibles. Iba vestida como una vieja aristócrata rusa, pero no tenía suficiente clase ni para ser una de las acompañantes de Anna Karénina.

Cuando le tendí la mano, ella ni se movió. En cambio, el hombre que la secundaba tuvo el detalle de corresponder a mi cortesía. Incluso se presentó:

—¿Cómo está? Soy José Antonio, el arquitecto de nuestro bufete. La felicito, qué preciosidad de casa...

Sentí un pinchazo en el estómago. Sí, era una gran propiedad, no por su extensión, sino por la belleza decadente que desprendía.

—Mi madre es una persona mayor —les dije— y no está al corriente de nuestra situación financiera ni del cometido real de su visita. Ustedes aún no se han decidido y le quiero ahorrar un disgusto que, de momento, sería gratuito.

Él asintió con la cabeza, pero ella en cambio soltó:

—No hemos venido a hablar sino a mirar. Es tarde y aún tenemos que examinar otras propiedades de la zona. ¿Empezamos?

Haciendo como quien oye llover, les abrí la puerta. Entendía perfectamente el papel de cada uno en este drama, en el que el escenario era el lugar que me había visto crecer: ella era el poli malo y él, como poli bueno, alabó la vegetación que crecía libremente por el jardín.

Irina se detuvo en seco en medio del pasillo y, frotándose las manos, como la bruja mala de Blancanieves, exclamó:

—José, tiene muchas posibilidades... ya lo estoy viendo.

Me di la vuelta y, mirándola con desprecio, le dije:

—El cadáver está todavía caliente. ¿Puede usted tener el decoro suficiente para esperar que esté muerto definitivamente?

Mi madre nos esperaba en la puerta. Pensé en mi padre y pedí en mi mente que hiciera todo lo posible para que ella no se diera cuenta de las verdaderas intenciones de aquella pareja siniestra.

Irina llevaba en la mano los planos de la casa. Por un momento quise morir. El arquitecto los cogió con delicadeza y, mientras mi madre le contaba lo complicado que había sido levantar la fachada, Irina y yo entramos en el comedor.

Los usureros se quedaron de piedra. Todas las luces estaban encendidas, y en el centro de la mesa había un jarrón lleno de flores frescas. Los muebles brillaban más de lo habitual.

De pronto entendí que mi madre sabía perfectamente quiénes eran esos dos, y conocía sus intenciones. Aquella especie de vampira me pidió, con un tono imperativo, que le enseñara los pisos de arriba.

Accedí. Allí el efecto fue el mismo. Cuanto más veía, más le gustaba la casa a aquella buitre.

Comenzó a tocar los muebles al tiempo que observaba la firma de los cuadros que decoraban la escalera.



—Te voy a ser muy sincera —me dijo mientras sus pupilas abiertas se clavaban en mí—. Estoy buscando una casa como esta para mí. He visto muchas y es la que más me gusta. Los documentos están en la cartera y la oferta es conforme al mercado. Tan solo necesitamos la firma de tu madre. Cuando ella muera, tendrás dos días para sacar tus cosas.

Haciendo un ejercicio de contención para no agredirla allí mismo, le dije:

—Le seré muy sincera yo también. Antes de que usted duerma en esta habitación, prefiero quemarla. ¿Me ha entendido? Así pues, haga el maldito favor de salir de mi casa.

Una infinita sensación de paz me embriagó. Cerré todas las puertas de las habitaciones mientras la invitaba con la mirada a marchar. Su cara era un poema, no estaba acostumbrada a una negativa. Le señalé las escaleras y las bajó rápidamente.

Al llegar a la planta baja, mi madre y el arquitecto conversaban animadamente.

—José Antonio, vámonos —ordenó.

Él se levantó y, besando la mano de mi madre, lo que me sorprendió, le dijo:

—Señora Fornaguera, seguiremos en contacto.

Los acompañé a la puerta. Antes de partir, Irina me dijo con expresión desenchajada:

—Tu orgullo estúpido te ha sentenciado. Lo perderás todo. No podrás mantener esta casa. Pero no te preocupes, te estaré esperando. Cuando me llames, deberás arrodillarte para convencerme.

El arquitecto la reconvino:

—Irina, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? No les interesa y punto. Nos vamos...

—La diferencia entre ustedes y yo es que las llaves las tengo en la mano —les dije, crecida—. Yo me quedo dentro y ustedes fuera, y así será siempre.

Dicho esto, entré en la casa.

Mi madre y yo nos fundimos en un abrazo.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti —me dijo.

—Saldremos de esta, ya lo verás.

Mi madre no dijo nada más. Tan solo me estampó un beso en la mejilla. El más cálido, amoroso y sincero beso que nunca nadie me ha dado.

## Las ruedas de la vida

«*L*o importante no es si te hundes o no, lo que cuenta es qué te llevas hacia el fondo.» Subrayé esta frase que Cormac McCarthy, premio Pulitzer, había escrito para una película de Ridley Scott que estaba a punto de estrenarse.

El autor estadounidense llegaba en unos días a Barcelona y tenía que entrevistarle.

Nunca he sido nada mitómana. Entendía que algunos compañeros de profesión se fotografiaran con las celebridades que conocían, pero a mí me daba cierto pudor. Aunque se considera que parte del trabajo de un creador es mostrarse a los medios, para mí siempre ha sido un milagro que alguien como McCarthy me regale unas migajas de su tiempo para que los lectores puedan conocer al hombre que hay detrás de la obra.

Casi nunca estaba nerviosa, pero en este caso me sentía muy emocionada. Leer *Patrimonio* del escritor de Newark había sido un bálsamo después de la muerte de mi padre. *Sunset Limited* me hizo pensar en la existencia de Dios y el suicidio. A pesar de ser una obra de teatro, era una de las joyas de mi biblioteca.

Mientras preparaba las preguntas a McCarthy, que habla de lo más crudo de la vida, me asaltaban algunas dudas, irracionalmente enamorada como estaba.

Si caía, ¿qué pasaría con mi mundo?

Me puse en el mejor escenario posible. Si la relación con Edmond tomaba una dimensión mucho más seria, ¿cómo combinaría una vida en común a su lado con las obligaciones económicas para con mi madre?

Sin adelantar acontecimientos, decidí que tenía que sentarme con ella y explicarle que alguien había entrado en mi vida con la fuerza de un ciclón. De hecho, ya tenía parte del trabajo hecho: al volver a Barcelona, había puesto a mis amigos al tanto de la situación.

Paula y Jaume habían venido a buscarme al aeropuerto. Mi vuelo aterrizaba a una hora prudente. No sé todavía cómo se organizaron para dejar él la consulta y ella el bufete pero, al salir por la puerta, ahí estaban.

—¡Sandra! ¿Qué te ha pasado? —dijo Jaume—. ¡Estás radiante!

—¿De verdad, doctor Riera? Si me lo dice una eminencia como usted, tendré que creerle.

Nos fundimos en un abrazo mientras, cosa rara, Paula se sumó a él en silencio. Como ella misma reconocía, mi amiga «amaba desde dentro». No mostraba mucho sus sentimientos, pero el amor que compartíamos era infinito.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Mejor de lo que esperabas?

Paula y sus preguntas... siempre tan precisas.

Teníamos tiempo, así que fuimos a tomar un refresco.

Sentada frente a ellos, mientras Jaume se frotaba las manos, le dije a mi amiga:

—Reina, creo que ya tenemos casa cerca del Sena.

Al contarles mis aventuras, obvié el detalle desagradable del restaurante con la examante. Edmond ya me había demostrado su compromiso.

Había detalles que formaban parte de nuestra privacidad y que no quería contar ni a mis amigos más íntimos.

Paula siempre me dice que es bueno guardarse momentos para uno mismo.

Si ella lo hace, que es psicóloga, ¿por qué no debería hacerlo yo?

—¿Cuándo conoceremos al afortunado? —preguntó Jaume.

—Pues no tengo ni idea... Todo a su tiempo.

Ciertamente, no tenía ninguna prisa. Había esperado treinta y nueve años para conocerlo, así que mi entorno debía tener paciencia.

Cuando estaba en Barcelona trabajaba desde casa. Me era más fácil concentrarme para preparar la documentación que Daniel, el subdirector del programa, me enviaba cada día desde Madrid.

Yo leía y tomaba notas en el viejo despacho de mi padre. Tras su desaparición cerramos la puerta y, durante mucho tiempo, allí no entró nadie más que para limpiar. Pero un día me armé de valor y, abriendo la ventana, dejé que el aire fresco inundara la habitación.

Sentada en el sofá donde él descansaba mientras preparaba los juicios, por unos instantes dejé de leer para escuchar la canción que sonaba en el viejo reproductor. Gino Vannelli, el compositor canadiense, interpretaba una de sus piezas más famosas: «Wheels of Life».

Repetía una y otra vez que las ruedas de la vida a veces se mueven con demasiada rapidez. En mi caso, en pocos días había pasado de una existencia sin sorpresas al mayor de los cambios.

Al bajar al salón, mi madre estaba leyendo. La estancia era amplia y la había iluminado con algunas velas aromáticas, además de los lirios que había comprado en el mercado.

—Reina, ¿ya has terminado? ¿Quieres que cenemos?

—Mamá, quiero hablar contigo...

Alzó la cabeza del libro que tenía entre las manos. Se quitó las gafas y se

levantó, sonriente. Me dirigí a la mesa y ella hizo lo mismo. Llevaba el pelo recogido en un moño estilo Grace Kelly, como decía mi madre con cierta coquetería.

Frente a ella, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que la veía, pero que no la miraba. Tenía un aspecto cansado, con aquellos ojos hundidos que a la luz del día se volvían caprichosamente de un color verde casi transparente.

Allí y entonces, me pregunté si sería capaz de desaparecer y dejarla sola en esa casa tan grande. Por primera vez asimilaba que ella ya era una anciana y que quizá no le quedaba demasiado tiempo.

El capítulo que habíamos compartido con aquellos miserables que pretendían apropiarse de las cuatro paredes que nos acogían había hecho efecto en su ánimo y también en su salud.

—Mamá, ¿cómo estás?

—Bueno, solo un poco cansada... No te preocupes.

—Te pido disculpas, aquella gentuza no volverá a venir. Si hemos aguantado hasta ahora, podremos continuar un poco más, ¿verdad?

Mi imaginación huyó por un momento al Hôtel de Crillon de París, donde Edmond acariciaba el borde de una servilleta. Ella hacía lo mismo con los manteles que mi abuela había tejido y que decoraban la mesa.

Estaba tan perdida como la casa, y lo sabía. Solo era cuestión de tiempo.

Por más que quería levantarme para abrazarla, una fuerza irracional me frenaba. Sabía que, si lo hacía, rompería a llorar y no quería que mi madre sufriera por mí.

Me consolé pensando que en adelante ya no estaríamos tan solas. Había conocido a alguien que me quería y que sería un hombro fuerte en el que apoyarnos ambas en los malos momentos.

Así se lo expliqué.

Mi madre sonrió con pena y dijo:

—No sabes cómo me alegro por ti, hija. Cuando conocí a tu padre, enseguida supe que era él. A lo largo de la vida me hizo tan feliz... y me dio el mejor regalo del mundo: tú.

Tenía que luchar por aguantarme las lágrimas.

—Haz lo que tengas que hacer, Sandra. La vida no se para, como decía tu padre, y tú estás en tu mejor momento. ¡Aprovéchalo! Mientras puedas, yo siempre estaré aquí esperándote.

Le cogí las manos y se las besé, mientras le daba las gracias.

—Y ahora, dime cómo es este señor tan fantástico que ha conseguido enamorarte.

Le expliqué quién era con todo lujo de detalles. Ella me escuchaba absorta,

mientras su mirada, por un momento, volvía a tener aquella pillería de antaño. Aquella tarde supe que la alquimia del amor es muy poderosa, porque no solo transforma a quien lo vive, sino que también se contagia.

## Vuelvo a verte

Abrimos la botella de champán que Edmond había comprado en París para mi madre. Me había hecho prometer que nos la beberíamos a su salud en un momento especial, y este era el mejor de todos. Lo hicimos como es debido, como en los viejos tiempos, como si mi padre tuviera que entrar por la puerta de un momento a otro, como si nada de lo que habíamos vivido hubiera pasado.

En cada copa vertimos nuestros anhelos. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, en nuestro horizonte había algo más que las llamadas impertinentes de los acreedores. Teníamos esperanza.

En dos días Edmond vendría a Barcelona. Tenía trabajo en la ciudad y se quedaba una semana. Lo llamé para saber más detalles, pero no lo pude localizar.

No insistí por si estaba en alguna cita profesional, pero me quedé intranquila.

Una vez en la cama, sufría por si le había pasado algo. Nuestra comunicación a través del teléfono era fluida y solía devolverme las llamadas.

Cuando estaba a punto de dormirme, sonó el móvil. Era él.

Me dijo que estaba en una reunión y que no podía hablar mucho. Le comenté rápidamente la improvisada celebración que habíamos hecho mi madre y yo en su honor. Me puse a reír, pero él cortó abruptamente la alegría.

—¿Para esto me llamas? En medio de la cena con el embajador, ¿marcas mi número para decirme, como una niña pequeña, que tú y tu madre estáis brindando en mi honor? —Se hizo un silencio que me dejó helada—. Quizá no te ha quedado muy claro a qué me dedico. A partir de ahora, querida, espera a que yo llame. No estoy ajustado a un horario normal, pensaba que lo sabías. En cualquier caso, ahora tengo que colgar, me están esperando. Hablamos mañana.

Me dejó con la palabra en la boca.

No pude hacer nada más que quedarme muy quieta, apoyada en la cama, profundamente avergonzada. ¡Qué ridícula me sentía! Quizás en condiciones normales habría pensado que Edmond era un maleducado, pero empezaba a estar bajo su influencia. A pesar de ser consciente de que mi voluntad a su lado disminuía peligrosamente, quise pensar que eran cosas de la distancia, un incidente sin importancia.

El despertador sonó a las seis.

Para poder pasar el máximo tiempo posible con él, me iría a Madrid esa misma mañana. Nos habíamos citado en Barajas para volver juntos a Barcelona.

Fue allí, mientras esperaba tomándose un vino en el bar del aeropuerto, donde coincidí con Oriol.

Manteníamos bastante contacto, así que lo tenía al corriente de todo lo que me pasaba, o de casi todo. No le había contado nada de mi amante. Aún faltaban dos horas para que el avión de Edmond aterrizase y tres para que el suyo despegara. Por lo tanto, era el momento idóneo para ponerlo al día.

—He leído tu última entrevista. ¡Eres muy buena, maldita! —me dijo después de darme un beso en la frente.

—No puedes ser objetivo, hace muchos años que nos conocemos ya... Casi tantos como un matrimonio.

Me puse a reír. A continuación, le expliqué todo lo que me había pasado en los últimos días. Me escuchaba con interés. Siempre que estábamos juntos, acabábamos recordando alguna anécdota de las muchas que habíamos compartido.

—¿Sabes, Oriol? Creo que mi padre siempre consideró la posibilidad de que tú y yo fuéramos pareja.

—¿Ah, sí? No lo sabía...

Se calló y un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Él salvó enseguida la situación diciéndome que, ya que su vuelo salía más tarde que la llegada del de Edmond, sería aquella una ocasión fantástica para que se lo presentara.

—¡Qué gran idea! —le dije—. Le he hablado mucho de ti y le encantará conocerte.

Vi en el panel que el vuelo procedente de París ya había aterrizado. Me sentía nerviosa como una adolescente a punto de ver a su ídolo. Oriol me miraba y no daba crédito al verme tan impaciente. Pero no me importaba en absoluto mostrarme delante de mi amigo de infancia como lo que era: una mujer enamorada.

Edmond salió de la zona de pasajeros el primero. Abrigo largo de color marrón claro, su inseparable bufanda y una sonrisa de oreja a oreja. Alzó la mano para saludarme.

Cuando lo hizo, Oriol me preguntó:

—¿Es él?

—Sí, ¿qué te parece?

La respuesta a esta pregunta me llegaría unas horas más tarde en forma de *whatsapp*.

La cara de Edmond era todo un poema cuando se acercó y se dio cuenta de que estaba acompañada. No me besó, solo me abrazó como lo haría un familiar.

—Edmond, te presento a mi viejo amigo Oriol. Hemos coincidido aquí y he pensado que era una situación perfecta para que os conocierais.

Oriol le tendió la mano y mi amante hizo lo mismo.

—Encantado de conocerte. Sandra me ha hablado mucho de ti. Espero que tengamos tiempo para charlar, pero ahora deberás perdonarnos. Tenemos que coger el próximo puente aéreo.

Todo pasó tan rápido que, hasta que no me despedí de Oriol con un beso muy grande, no fui consciente de que Edmond había sido muy poco amable.

—¿Te ha molestado que te presentara? —le pregunté sin rodeos.

—No, mi amor, ¿pero no crees que vamos pisando el acelerador todo el tiempo? Con el paso de los años, y con las personas que me importan, me he dado cuenta de que la lentitud es beneficiosa. Me ha gustado conocerlo, ya sé que te quiere mucho... Y ahora, dime, ¿cómo está mi reina?

De esta forma tan sencilla, me dio la vuelta. Una vez más, barajaba como quería las cartas de la realidad. Mi inexperiencia en la asignatura del amor no me ayudaba.

Al llegar a Barcelona, en un taxi camino de su hotel, entró en mi móvil un mensaje de Oriol.

Sandra, tenemos que hablar.

El señor que me has presentado no tiene nada que ver con el hombre que me has descrito.

Ten cuidado, no seas ingenua. Mantén la guardia alta todavía un poco más.

Cuenta conmigo. ¡Un beso!

Después de leerlo, lo borré inmediatamente. No quería tener la tentación de echarle otro vistazo. Apoyé la cabeza en el brazo de Edmond, intentando olvidar el consejo de Oriol.

Pero la memoria, como la suerte, es caprichosa y tarde o temprano aparece.



## Sin final

Una vez más, mientras atravesaba en coche la avenida Diagonal, afluían en mi memoria, como si se tratara de fotografías, todos los momentos vividos con Oriol en la Barcelona de nuestra juventud.

Recordaba uno de ellos con especial claridad. Estábamos en el año 1999. Nada disfrutábamos más que ir juntos al cine. Cada fin de semana veíamos dos o tres películas. Isabel Coixet nos emocionaba especialmente y nos parecía un prodigio de sensibilidad.

Ese viernes en concreto estrenaba *A los que aman*, así que Oriol compró las entradas y me dijo que al salir de la facultad pasaría por casa a recogerme. Me pareció un plan fantástico.

Incluso a mi padre le gustó la idea. Acababa de llegar de Milán y, como siempre que viajaba, nunca volvía con las manos vacías. Esta vez le regaló a mi madre una bolsa de Cerruti y a mí un vestido fucsia de Armani.

Era precioso aquel vestido. Me acuerdo como si ahora mismo lo tuviera en mis manos. Largo hasta los pies, escote palabra de honor, era informal a la vez que elegantísimo. Me lo puse con unas sandalias del mismo tono. Aquella noche era un buen momento para estrenarlo, ya que la idea de salir con Oriol a cualquier parte siempre me llenaba de alegría.

Todavía recuerdo el momento en que, mientras bajaba las escaleras de dos en dos para llegar al salón, tropecé con él. Apenas había llegado a casa para recogerme, y en su expresión vi una mezcla de admiración y sorpresa. El silencio de ese momento tan solo lo rompieron las palabras de mi padre:

—¡Chicos, pasadlo bien!

Tenía diecinueve años y me sentía la mujer más bonita del mundo. Y quizá lo era. Llevaba el pelo largo y sin recoger, tenía la piel blanca y un cuerpo voluptuoso. Pero si destacaba por algo era por mi incansable curiosidad, por las infinitas ganas que tenía de vivir.

Oriol conducía con pericia. En aquel tiempo, recuerdo que tenía un Golf que había heredado de su hermano. Aún hoy puedo notar el olor a melocotón que desprendía el vehículo.

Como siempre, tuvo suerte y aparcamos enseguida. Al salir del coche,

comprobamos cómo la gente nos miraba. Solo los demás nos veían como a una linda pareja porque yo, hasta esa noche, solo había visto en Oriol a un hermano mayor.

Aquella noche era el estreno de la película en el cine Bosque de Barcelona, en la Rambla del Prat, un bulevar lleno de casas modernistas con mucho encanto. Como el tiempo volaba en su compañía, nos entretuvimos demasiado tomando una cerveza y, cuando entramos en la sala, las luces ya estaban apagadas.

De repente, sentí que Oriol me cogía por la cintura. Fue entonces cuando me di cuenta de que algo había cambiado entre nosotros. Sus manos no solo me indicaban el camino que debía seguir, sino que me acariciaban con una calidez que me hizo temblar.

«He pasado toda mi vida amando a una mujer que amaba a otro que no la quería a ella, sino a otra que no supo si le correspondería.»

Cuando oí aquella frase del protagonista, quien había sido hasta ese momento un viejo amigo, me susurró al oído:

—Espero que eso no me pase nunca contigo.

Lo miré y vi cómo acercaba sus labios a los míos. Aquel gesto lleno de una intimidad que hasta entonces no habíamos tenido me hizo volver la cabeza. No estaba preparada para darle un beso. No todavía...

Al salir del cine, empezamos a pasear sin rumbo y sin decir nada. Recuerdo que hacía calor. De repente, oímos una música lejana que venía de la plaza Gal·la Placídia y caminamos hasta allí. Era una verbena que habían preparado los vecinos del barrio.

Al oír las primeras notas de un vals, Oriol dirigió sus manos hacia mí y yo me dejé llevar. Lo miré descaradamente. Creo que esa fue la primera vez que deseé a un hombre. Ahora sí que quería que me besara, sentir el sabor de aquellos labios que tantas veces me habían hablado. De los que tantas veces había salido mi nombre.

El «Senza fine» de Gino Paoli nos envolvía.

«Sin final arrastras nuestras vidas, sin un segundo de respiro, para soñar, para poder recordar eso que habíamos vivido...»

Oriol cantaba mientras me miraba. «No hay ayer, no hay mañana...» Yo sí quería un mañana, porque allí y entonces él representaba para mí la misma luz del sol, la inmensidad del cielo. No necesitaba nada más que su compañía.

Seguimos bailando, dando vueltas y vueltas.

Pero aquella hermosa escena se vino abajo cuando alguien me agarró del brazo para separarme de Oriol.

—Sandra, ¿qué haces aquí? —me dijo un compañero de clase.

Y un instante después me arrastró hacia sus brazos para hacerme bailar a la

fuerza. Le odié por ello.

Oriol era tan tímido que lo único que hizo fue mirarme horrorizado.

Cuando conseguí quitarme de encima al otro, no encontré en su rostro ninguna señal de lo que acabábamos de vivir. Ya no había deseo, ni una pequeña muestra de interés más allá de lo que hace un buen amigo.

Me acompañó a casa sin decir nada más. Una vez en la puerta, me dio un beso en la mejilla de despedida. Como había hecho siempre mi amigo Oriol... lejos de aquel hombre nuevo que había encontrado en su mirada.

Era como si todo hubiera sido un hermoso y fugaz sueño, pensé entonces.

Si ese chico no nos hubiera interrumpido, tanto su vida como la mía podrían haber sido muy diferentes.

## Eres tan bonita

*M*i amante no era un hombre cualquiera. Cuando estaba en Barcelona, siempre se alojaba en el mismo lugar. No lo hacía por las magníficas vistas de la catedral que el hotel le procuraba. Sus razones eran literarias.

Al igual que Joan Miró, que vivió ahí a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, escogía el Colón porque por sus habitaciones habían pasado autores como Ernest Hemingway, Tennessee Williams o Jean Paul Sartre.

Para mí, esta elección lo hacía más atractivo aún. Dejando la Diagonal y la Via Laietana a nuestra espalda, no nos adentrábamos en el corazón de las tinieblas, como Joseph Conrad, sino en el latido de nuestro mundo.

Ese fue un momento de intensa felicidad. Edmond y yo solos. Podía mostrarle los puntos cardinales de la ciudad que habían hecho de mí la persona que era.

Entramos en la recepción, donde lo recibieron con familiaridad.

Invariablemente tenían preparada para él una *suite* con vistas a la basílica. Desde la terraza se contemplaba el mar. De hecho, ya había comprobado que, cada vez que estaba con él en una habitación, las vistas eran magníficas.

Mientras deshacía su equipaje, pensé que era el momento de hablarle claro. No me había podido sacar de la cabeza lo que me había dicho sobre lo rápido que se estaban precipitando los acontecimientos en nuestra relación. Sin embargo, era necesario que estuviera informado. Tenía que explicarle cómo era mi situación financiera. Tenía la certeza de que, en el peor de los casos, si nuestra relación no cuajaba, como caballero que era nunca lo contaría a nadie.

Era mediodía y tenía que pasar por casa para vaciar la maleta y llenarla de nuevo con ropa más apropiada para estar a su lado. Edmond tenía una reunión en dos horas, tiempo más que suficiente para exponerle el contexto en el que me movía.

Estaba convencida de que él tenía una idea errónea de mi capacidad económica.

Preferí esperarlo en la terraza. Sentada en una *chaise longue*, tapada con una manta, el sol me daba la fuerza suficiente para hablarle claro. Estaba apoyado en la barandilla, fumando un cigarrillo. Pensé que no necesitaba ninguna otra imagen. Él y la nada.

—Edmond, quiero hablar contigo.

Lo llamé por su nombre de pila, algo inusual entre nosotros. Él se volvió y dijo:

—¿Te pasa algo, Sandra?

—Hace un rato, en Barajas, me decías que estamos pisando el acelerador, y me siento incómoda. Probablemente tengas razón, pero quiero contarte algo que no sé si sabes y que es justo que conozcas para que tomes la decisión adecuada.

Se sentó muy cerca de mí y me cogió las manos.

—Te escucho...

—Aunque mi trabajo está bien pagado, nada en mi vida es lo que parece. Excepto los más íntimos, que saben cuál es mi situación, mucha gente cree que estoy montada en el dólar. Te lo diré bien claro: mi madre y yo estamos arruinadas.

»Lo perdimos todo durante la enfermedad de mi padre. Con mi sueldo pagamos los acreedores y ponemos parches a nuestra maltrecha economía. No me puedo permitir el lujo de venir a verte a París tanto como quisiera. En realidad, por no poder, no llego casi a fin de mes, pero el hecho es que lucho y permanezco serena. Hay una solución, pero para llevarla a cabo debería tomar una decisión extrema que mataría a mi madre. No quiero vender nuestra casa. No debo hacerlo. ¿Lo entiendes?

Lo miré directo a los ojos. Su expresión, mezcla de sorpresa y decepción, lo delataba.

Pensé de pronto en el *whatsapp* de Oriol: «No seas ingenua».

Edmond se quedó mudo. Y podía adivinar lo que estaba pensando: no quería problemas y tener una pareja necesitada no entraba en sus planes.

—No te asustes, no te pienso pedir dinero —le dije—. Fui valiente cogiendo aquel avión que me llevó a París y he sido honesta ahora al sincerarme contigo. He estado a punto de perder la cabeza por ti, pero llego a tiempo de decírtelo. Ahora mismo no me puedo permitir una vida de lujos, como tú necesitas. Así pues, tal vez es mejor que hagamos un punto y aparte en esta relación.

Sé que lo ofendí. Lo había tratado de ruin al insinuarle que lo veía alarmado ante la posibilidad de que le pidiera ayuda económica. Y estaba claro que necesitaba una ayuda, pero nunca la habría aceptado. Tan solo quería no tener que disimular mi situación en la intimidad, poder hablar claro. Ocultaba a todo el mundo lo que estaba viviendo, pero no habría soportado cerrar la puerta de casa y tener que hacer lo mismo con él.

Recogí la maleta. Incomprensiblemente, me sentía liberada. Cuando iba a salir por la puerta, oí su voz:

—Sandra, por favor, no te vayas. Déjame hablarte.

Le di la espalda. Estaba frente a la puerta de la *suite*, a punto de salir. No me di la vuelta y él dijo:

—Me has hecho daño. ¿Crees que soy un tacaño de tercera categoría? Di qué cantidad necesitas. Voy al banco y en un par de días lo tienes en tu cuenta. ¿Sabes por qué no te he respondido enseguida? Porque nunca he conocido a nadie como tú. ¿Crees que valoro a las personas por lo que tienen? ¿Piensas que mi vida ha sido fácil? He crecido entre la escuela militar y el ejército, sin sitio en la familia. No me importa que no tengas nada más que lo que llevas puesto. Te quiero a ti. A ti, ¿me oyes? Nunca me había enamorado, ahora lo sé. Te necesito, Sandra.

Ver a un hombre de su envergadura roto como un muñeco me conmocionó. Habíamos empezado desde cero en París, y la pelota estaba ahora en mi tejado.

Aquellos días en Barcelona fueron de una comunión total. A pesar de que habría sido el momento idóneo para que conociera mi entorno, no vimos a nadie. La relación que estábamos construyendo pedía tiempo, paciencia y tenacidad. Tres ingredientes de los que yo no andaba escasa.

La última noche juntos la reservé para que conociera el local donde Paula, Jaume, Oriol y yo habíamos vivido momentos históricos de nuestra juventud. Estaba en la parte alta de la ciudad. Desde allí, Barcelona se rendía a nuestros pies con su inmensa belleza. Era un espacio a caballo entre una coctelería y una sala de jazz. Inaugurado en 1977, parecía que no había pasado el tiempo.

Merbeyé, ese era su nombre. El terciopelo rojo de las butacas, la intimidad que se respiraba en el ambiente, hechizaron a Edmond. Pidió un tequila con limón y yo un bourbon. Escuchábamos de fondo a Joe Cocker interpretar con su desgarrada voz el romántico verso «*You are so beautiful...*», tal como me había dicho Edmond, muy bajito, en el puente aéreo camino de Madrid minutos después de conocerlo.

Cerré los ojos. Hubiera deseado no irme nunca de allí. En realidad no quería estar en ningún lugar del mundo donde no pudiera verlo, tocarlo, olerlo, besarlo...

De vuelta al hotel, mientras conducía lentamente para que observara cómo la noche transformaba Barcelona, sin mirarme y con la voz entrecortada, me dijo:

—Sandra, para mí hay dos días que no existen: el ayer y el mañana. Solo me importa el hoy.

## Los girasoles

*P*or primera vez en mucho tiempo, me parecía que todo estaba en su sitio. No recordaba la última vez que había sentido esta plenitud, lo que me daba miedo.

Edmond había vuelto a París dejando aquí un montón de promesas para nuestra relación. Mientras tanto, yo tenía programadas varias entrevistas que me estaba preparando a fondo. En casa nos ahogaban las facturas, pero no más que otras veces. Entonces, si podía decir que la vida me sonreía, ¿por qué notaba que me faltaba el aire?

Presentía que algo chirriaba, y no me equivocaba.

Aquel día comenzó como un lunes cualquiera. Estaba cerrando mi maleta y en una hora me vendrían a buscar para llevarme al aeropuerto. Tenía una reunión en Madrid.

Eran ya las nueve de la mañana, pero observé que la puerta de la habitación de mi madre estaba cerrada. No le di más importancia porque ella, como yo, era noctámbula. Si yo alguna vez llegaba de madrugada, la encontraba leyendo o bien apoyada en la cama viendo alguna película antigua. Las de Vittorio de Sica eran sus preferidas y, entre todas, destacaba *Los girasoles*.

Cuando volvía demasiado tarde, ella tenía la consideración de dejar las luces del jardín encendidas. A pesar de que el pasillo que separaba la reja del porche era largo, me acompañaba el olor de los cipreses que rodeaban la casa. Una vez dentro, si oía el ruido de la tele en su habitación, dejaba la maleta en la entrada y subía las escaleras corriendo para verla.

Me abrazaba con su bata de estar por casa. Volver a oler su aroma de colonia fresca era para mí un regalo de bienvenida.

Una noche, mientras salía de la ducha después de este ritual, oí una partitura inconfundible de Henry Mancini. Como al día siguiente no debía levantarme temprano, a pesar de ser las dos de la madrugada entré en la habitación de mi madre.

Los muebles que había estrenado con mi padre para su noche de bodas permanecían intactos. Una cama ancha, dos mesitas de noche, el armario y la cómoda, que de pequeña me tenía fascinada. Ahí guardaba mi madre sus camisolas.

Cuando se despistaba, entraba de puntillas y me disfrazaba con ellas. Esa noche que lloramos las dos a lágrima viva viendo la magnífica interpretación de Sofia Loren y Marcello Mastroianni observé que, para ir a descansar, se preparaba como si mi padre aún durmiera a su lado.

Le dije entonces, mientras me acariciaba el pelo:

—¿Sabes qué me apetece? Ya sé que no tengo edad... pero ¿puedo quedarme aquí esta noche?

Debía de estar mirándola con cara de mema, como cuando tenía seis años y me daba miedo la oscuridad, pues me dijo con dulzura:

—Claro que sí, reina.

Apagamos la luz y esa noche nos dormimos con las manos entrelazadas.

Al despertar a la mañana siguiente sentí una paz indescriptible, como si hubiera vuelto a nacer.

Tras recordar aquella velada, pensé que ya era hora de que se levantara. Era extraño en ella quedarse hasta tan tarde en la cama.

Llamé a la puerta de su habitación, pero no me respondió. Tras esperar unos segundos por prudencia, entré. Las persianas estaban bajadas y por las rendijas entraba la luz del sol.

No estaba en la cama.

Atravesé súbitamente el cuarto y entonces la vi. Se me cortó el aliento.

Estaba en el suelo, enredada con la colcha.

La llamé y la toqué, pero no se movió.

En estado de *shock*, intenté subirla a la cama, pero no podía sola.

Aliviada, vi que respiraba, aunque lo hacía muy débilmente. Le coloqué un cojín bajo la cabeza y la tapé antes de bajar rápidamente las escaleras.

Mi bolso y el teléfono estaban en la entrada. No me lo pensé dos veces antes de llamar a Jaume. Él era médico y sabría qué aconsejarme.

Tuve la suerte de que no estaba en consulta y me respondió inmediatamente. Tras explicarle la situación, me dijo que en diez minutos estaría en casa y que, mientras tanto, llamara a una ambulancia.

Esto hice, dejando la reja abierta de par en par y también la puerta de acceso a la casa.

Subí otra vez y me arrodillé a su lado. Mientras le hablaba, me daba cuenta de que desvariaba totalmente. Intentaba decirme algo, pero no podía.

La ambulancia llegó casi al mismo tiempo que Jaume. La doctora que atendía a mi madre le pidió al conductor que fuera más rápido.

Una vez en urgencias del hospital de Sant Pau, Jaume me cogió la mano para que dejara libre la de mi madre.

—Sandra, quédate aquí... No puedes pasar. Tu madre tiene un pronóstico



complicado, pero está en buenas manos. Entro con ella, no estará sola. ¡Sé fuerte!

No sabía qué hacer. Allí en medio, con abrigo y bufanda, pensé que aquella escena la había vivido ya tantas veces que me invadió una cruel serenidad. La única diferencia era que en otras ocasiones era mi padre quien entraba en camilla, mientras que mi madre y yo nos quedábamos fuera.

El círculo se estaba reduciendo a la mínima expresión.

Desde la sala de espera, envié un *whatsapp* a Daniel para que fuera consciente del problema y anulara los billetes de avión. Era evidente que no podría ir a ninguna parte.

Miré alrededor. Todos los que estábamos allí rezábamos por un milagro. A mí me costaba mantener la esperanza. Tan solo pedía a Dios que me dejaran entrar. No quería que tuviera que enfrentarse sola al final. Nunca me hubiera perdonado a mí misma no estar presente.

En medio de aquella pesadilla, me di cuenta de que no le había dicho nada a Edmond. No podía hablar por teléfono desde la sala de espera, y no quería moverme por si Jaume salía de urgencias con alguna noticia. Al escribir un mensaje, vi que estaba en línea.

Le expliqué telegráficamente cuál era la situación. El dispositivo me informaba que él no dejaba de mirar la pantalla. Incomprensiblemente, no respondía.

El tiempo pasaba sin que nadie me diera ninguna información. Salí al pasillo por si veía a Jaume o a la doctora que había atendido a mi madre.

Justo entonces llegó Paula y me abrazó muy fuerte mientras me decía:

—Ten fe, Sandra...

Yo me preguntaba por qué. ¿Qué más podía pasar? ¿Qué regla inescrutable del universo dictaba que no pudiéramos dejar de sufrir, que me tuviera que conformar con sobrevivir? ¿Por qué ahora, cuando veía una tenue luz al final del túnel, tenía que pasar esto? Todas estas preguntas no las verbalizaba, pero venían a mi mente sin querer.

Nos sentamos en una salita desde donde controlábamos todo lo que pasaba. Paula apoyó la cabeza contra la pared.

Entonces lo vi. Jaume se acercó con cara triste y serio. Me dispuse para lo peor. Estaba más preparada de lo que creía.

Tras sentarse en medio de las dos, se quitó las gafas y me dio la noticia:

—Sandra, tu madre está viva pero no por mucho tiempo. Ha sufrido una hemorragia cerebral. No hay nada que hacer. Está sedada y no sufre. Lo siento... Han luchado a su lado hasta el último segundo, pero hay zonas vitales afectadas.

Paula se puso a llorar con un lamento tan profundo que me venció. Al instante

se levantó y, tras darme un abrazo, se fue de la salita. Paralizada en aquella incómoda silla, era incapaz de decir nada. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, que Jaume recogió con sumo cuidado mientras yo preguntaba:

—¿Puedo verla?

Agarrándome del brazo, dirigió mis pasos a través de un pasillo largo. Una vez en el box, me impresionó el sonido ensordecedor de su respiración. Me acerqué a ella y le besé la frente. La calidez de su piel no había desaparecido. Yo la miraba y no daba crédito a lo que me había dicho Jaume un momento antes. Tenía la sensación de que se despertaría de un momento a otro.

Entró la doctora que la atendía, que no era la misma que había hecho todo lo posible para estabilizarla en la ambulancia. Era joven y hablaba muy despacio. Por su acento, me pareció que era cubana.

—Usted es la hija, ¿verdad?

Asentí con la cabeza mientras no dejaba de acariciar el pelo de mi madre. Con mucho tacto, me pidió que saliéramos de la habitación.

—Su madre ha sufrido una hemorragia cerebral masiva. No tiene vuelta atrás. No puedo decirle cuánto tiempo vivirá, es imprevisible. Un mes como máximo, pero si hay complicaciones, como una infección, el proceso puede ser mucho más rápido. Lo siento, hemos hecho todo lo que hemos podido...

Le di las gracias por su humanidad y cuidado. Mis tíos ya habían llegado, avisados por Paula.

Nos alternamos todo el día para que no estuviera sola, pero era evidente que no podíamos ocupar un box de urgencias durante el tiempo que ella estuviera en esta situación. Era necesario encontrar una solución. Y para pensar yo necesitaba aire fresco.

Al salir del hospital, encendí el teléfono. Ni rastro de Edmond.

Una vez más no estaba... pero, de hecho ¿había estado alguna vez?

Alejé de mi cabeza cualquier pensamiento que no fuera encontrar un camino para que mi madre pudiera hacer el tránsito lo más cómodamente posible. En casa era inviable. Necesitaba cuidados médicos las veinticuatro horas del día.

—Hay muchas clínicas especializadas en el cuidado de enfermos terminales en Barcelona... —me sugirió Paula con mucha cautela—. Conozco una muy cerca del parque Güell.

Puse en marcha todo el papeleo. Siempre he sido una mujer organizada y rápida. Esto lo había aprendido durante la enfermedad de mi padre, así que a última hora de la tarde ya estaba todo listo para que mi madre dejara el hospital y nos trasladáramos al que sería su último hogar.

—Es un riesgo, Sandra —me dijo Jaume—. A pesar de que la clínica está muy cerca, puede morir por el camino. Yo haría lo mismo si fuera mi madre, pero

debes tenerlo presente.

Empezaba a hacer frío. Antes de salir, tapé la cabeza de mi madre con la tupida bufanda de colores con la que había entrado en urgencias. Me acerqué a su oído y le dije:

—Mamá, eres muy fuerte. Aguanta hasta la clínica para que podamos estar juntas y tranquilas. Hazlo por mí.

Lo hizo.

Entré con ella y, después de cerrar la puerta de la acogedora habitación que nos habían dispuesto, me preparé para verla morir y para desaparecer yo también a su lado.

## Claro de luna

*D*icen que el dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces. Este es el trato. Así de duro y real. Imposible de apelar. Lo acato, como no puede ser de otra manera, pero para consolarme pienso que quizás hay una razón que no acabo de comprender para aceptar con resignación todo lo que estoy viviendo.

Ya habría tirado la toalla si no me acompañara siempre mi iPod. Paula, que conocía mi fobia por las tecnologías, me regaló este aparato pequeño y con un aspecto marciano lleno de recuerdos sonoros. Ella no se imaginaba que, a través de ese artilugio, y gracias al sonido que se deslizaba en mis oídos, escucharía sinfonías en lugar de dolor.

Mientras miro a mi madre, e intento recordar la expresión de su rostro antes del ataque, suena la partitura que George Fenton creó para *Tierras de penumbra*, la película de Richard Attenborough. Debra Winger consuela a un Anthony Hopkins desesperado ante la muerte de su esposa. Le recuerda que el mundo se rige por la ley de la compensación, aunque a veces no es así.

Mi madre se está muriendo, esta es la realidad, y lo sabe. Las dos somos conscientes de que le queda poco tiempo, pero ¿alguna vez lo ha tenido?

La enfermera entra en la habitación. Deben hacerle cambios posturales, aunque está agonizando desde ayer. La cuidan y la miman como si mañana pudiera salir de esta cama y volver a ser la mujer impresionante que era.

Mientras la cambian, observo su cuerpo. La piel transparente, sus formas femeninas que no han perdido un ápice de ternura.

Cuanto más se acerca a la muerte, más se acerca a la infancia. En su caso fue un tiempo feliz, a pesar de nacer en una Barcelona rota por la Guerra Civil y en pleno bombardeo. Mi abuela María siempre recordaba que soltó el primer llanto mientras el cielo de la ciudad ardía con el reflejo de lo que sucedía en las calles.

Su padre era director de la Orquesta Florida, una de las más famosas del momento. Por eso ella estudió piano y, gracias a ello, cada vez que pienso en mi madre siento música. Pero también la veo.

Y me veo a mí misma en la escuela. Tan solo tengo siete años.

Son las cinco de la tarde y quiero irme. Mis compañeras de clase son crueles. Se ríen de mí y de mi silencio. No entienden que no necesite hablar. ¿Por qué?

Soy diferente a ellas. Delgada, con la frente ancha y con una curiosidad desbridadada. Tan solo escuchan mi voz cuando pregunto algo que me interesa. Si no, salgo al patio y observo lo que no tengo que hacer cuando sea mayor.

Pero tengo unos aliados que ellas no tienen. La burbuja en la que me siento protegida: mis padres.

Suena el timbre y, como un rebaño, nos dirigimos todas hacia la puerta. Hace rato que la miro a través de las rejas. Allí está mi salvación, con un bocadillo de jamón en la mano.

Sus grandes gafas de sol no pueden ocultar los fantásticos ojos de color verde menta. Es primavera y el sol juega con el brillo de sus cabellos rubios. Alguien le habla, pero intenta no parecer grosera mientras sonrío mirando la salida para que yo sepa que está ahí.

Cuando llegue a la cámara de la muerte desde la que me proyecto a la infancia, tendrá setenta y seis años y habrá pasado media vida esperando que mi padre vuelva del despacho. A que vuelva yo de la facultad, de mis viajes. Este habrá sido su denominador común: entregarse y esperar.

Las otras niñas corren y me empujan, pero yo ando lenta y pausadamente hacia ella, que abre los brazos y me besa. El pelo, los ojos, las manos...

¿Qué haré a partir de ahora sin ellos?

Cuando llegamos a casa, mientras se cambia y se ata la bata, me pide que le explique las cosas nuevas que he aprendido de mí misma hoy en la escuela. De las matemáticas o de la lengua ya se encarga mi padre: ella quiere saber el estado de mi alma.

Hago los deberes lo más rápido que puedo. Sentada a la mesa del comedor, huelo la felicidad a través de la verdura que a fuego lento está hirviendo en la cocina.

Antes de cenar, se sienta al piano y toca. Yo subo entonces a mi habitación para escucharla con los ojos cerrados, aunque a veces, guiada por el «Claro de luna» de Debussy, la espío.

Me siento en la escalera y la observo a escondidas.

De fondo, los árboles del jardín, la luz de la lámpara que refleja la delicadeza con la que sus manos acarician el teclado, su figura recta y amable... En estos momentos puedo tocar su espíritu.

Mucho más tarde, cuando no me lo ponga fácil, estos momentos sublimes me ayudarán a amarla.

Pero la vida tiene un sonido y la muerte otro.

Setenta y seis años después de haber nacido, su cabeza se apoya del lado derecho. Las enfermeras la colocan de modo que parece que de un momento a otro me mirará.

A pesar del coraje con que se enfrenta al final, tiene el aspecto de un pájaro herido. Me empeño en recordar cómo era su voz, la que afortunadamente he heredado y que ha sido su legado y mi patrimonio.

El sonido que ahora emite es un ronquido seco y profundo. Fuerte y ensordecedor. No sé cuántas horas llevo sentada en esta habitación. Es grande y luminosa, pero la de una moribunda al fin y al cabo.

Lloro y lo hago en silencio.

Nadie me ha asegurado que no me pueda oír y quiero que se vaya en paz. No quiero que sepa nunca que aquí, sentada a su lado y besándole las manos, vuelvo a tener siete años, pero con una diferencia: ni ella ni nadie me va a venir a buscar a la puerta del colegio.

## Mamá se ha muerto

«*M*ataron a mi madre en la puerta de mi cuarto. Moría y me salvaba.» Esta desgarradora estrofa que canta la protagonista Maddalena di Coigny, en la ópera *Andrea Chénier*, es la escena que reviví cuando ella dejó de respirar.

Con su último suspiro voy a renacer.

Tenía el convencimiento de que el mismo día que ella me trajo al mundo hacía cuarenta años, se iría. Y fue así. Escogió la que siempre me decía que había sido la jornada más feliz de sus vidas.

Mis padres se tomaron su tiempo. Querían tener descendencia, pero, desobedeciendo lo que era habitual para la época, tardaron casi cinco años.

Cuando ya pensaban que habían esperado demasiado, llegó lo que toda la familia anhelaba: mi madre estaba embarazada.

Se puso de parto la noche de la Castañada, en plena celebración. Por eso siempre me habían dicho que yo era muy inoportuna, desde la cuna. Pasó en el curso de una fiesta con unos amigos en Sitges, de modo que casi nací en un coche, como marcaba la tradición de finales de los sesenta, donde las ambulancias eran un bien escaso.

De vuelta a aquel triste 31 de octubre, a las 6 de la mañana entró en la habitación la doctora que la trataba. Era una mujer joven, menuda y amable que nos hizo el tránsito fácil y dio a mi madre la oportunidad de que se despidiera, aunque su conciencia estuviera sumida en el más profundo de los abismos.

La clínica Güell estaba muy cerca del parque diseñado por Antoni Gaudí. Durante esos días con Paula, subíamos la pequeña cuesta de acceso y, acogidas por la vegetación, ella me abrazaba y yo lloraba desconsoladamente.

No hablábamos, mi amiga solo me acariciaba las manos y me decía:

—Llora, Sandra, llora...

Y eso era lo que hacía hasta que notaba que me faltaba el aire, hasta sentirme tan huérfana que deseaba irme con ella.

Horas antes de su muerte, Oriol me llamó. Estaba en Barcelona y quería hacerle una visita. Ella no habría querido que la vieran en el estado en que estaba, pero él insistió en que quería darle un beso.

Cuando llegó, las enfermeras le habían puesto a mi madre un camisón azul.

Hacía muy poco que la habían peinado. Aquellos cabellos fuertes y poderosos se habían convertido en unos copos débiles que, con paciencia y ternura, ordenábamos como podíamos.

A pesar de que ella no lo podía oír, Oriol le hablaba de los viejos tiempos. No le dejó la mano sin estrechar ni un segundo.

No sé cuánto tiempo pasó. Mi amigo tenía que ir al aeropuerto, ya que volvía a Madrid esa misma tarde. Finalmente depositó la mano de ella en su mejilla, evocando cómo mi madre se despedía de él cuando venía a casa a hacer los deberes.

Eligió esta manera de decir adiós.

Una vez fuera de la habitación, dimos una vuelta por el jardín de la clínica.

No dijimos nada, solo lloramos.

Me apoyé en uno de los majestuosos árboles y grité:

—¡No puedo más, me quiero morir!

Él me tapó la boca con la mano, me apartó el pelo de la cara y me dijo:

—¿Eso es lo que quieres? ¿Dejarte vencer? ¿Es esto lo que ellos se merecen? ¿Recuerdas ese día que tu padre nos llevó al cine a ver *Qué bello es vivir*? Nos dijo que todo el mundo debería ver una vez en la vida esta película, porque todos tenemos un ángel de la guarda y no lo sabemos. Pues bien, ahora haré yo de Clarence. ¿Cómo sería la existencia de los que te queremos sin ti? ¡Un desastre! Sin tu alegría, sin tu dignidad... ¡Lucha, Sandra! No estás sola. Por mucho que lo creas, no lo estás. Ni ahora ni nunca.

Tenía razón. No lo estaba, pero en ese momento no lo sabía. Estaba vencida por el cansancio cuando la doctora entró. Ni siquiera la oí.

Noté que alguien me acariciaba la cara y abrí los ojos. Me asusté al verla allí. Me horrorizaba la idea de que muriera y yo estuviera dormida.

—¿Ya está? ¿Ha muerto?

—Todavía no, pero tienes que llamar a las personas que quieres que la acompañen. Es cuestión de horas. Sandra, no te equivocaste: morirá hoy.

—Será a las once.

Lívica, me preguntó:

—¿Por qué?

—Es la hora en que nací —le dije.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Una profunda intuición me decía que, en cinco horas, la mujer que me había traído al mundo moriría. Al ser consciente de ello, me invadió una serenidad inexplicable.

Fui al baño a ducharme con agua fría para espabilarme. A continuación, me cambié la ropa que llevaba puesta desde hacía tres días.

Para que notara que estaba amaneciendo, subí la persiana. Con mucho cuidado



trasladé un poco su cuerpo hacia la punta de la cama para apoyarme a su lado y abrazarla.

Podía percibir cómo el tono rosado de su piel se iba volviendo blanco, casi transparente. Me dije que tenía que llamar a Paula y a Jaume, a mis tíos y a Cecilia, su fiel amiga.

Era inevitable pensar en Edmond y en cómo había sido capaz de abandonarme en ese momento. Aparté de mi mente su imagen. No me quedaban demasiadas fuerzas y tenía que dosificarlas. Necesitaba estar plenamente con ella. Dormirme en su regazo, como hacía cuando tenía cinco años y tenía miedo de los fantasmas. Entonces ella me besaba la frente diciendo que todo iría bien. Esto era lo que yo le musitaba ahora, en los compases finales.

—Vete tranquila, madre, saldré adelante y siempre, hasta el final, estarás conmigo. Te quiero. Todo lo que me diste me hará vivir.

Sé que me escuchó, sé que me oyó y este convencimiento fue lo que me permitiría sobrevivir.

## Una nube blanca

«Así tan solo dejo que tú me dejes. Tan solo así te dejo que me dejes. Yo tengo para ti un nido en mi árbol, una nube blanca, colgada de una rama muy blanca...»

Soñando, me veía a mí misma con diez años en la habitación blanca de mi infancia. Me acaba de despertar y, a través de la rendija de las persianas, se deslizaba el sol del mediodía. En ese momento radiante, me encantaba quedarme muy quieta y escuchar el tráfico de la casa. Las voces familiares hablaban no muy alto para que yo durmiera plácidamente. Mi abuela en el jardín y ella en la cocina, preparando algún plato delicioso.

Cuando me aburría de observar a través de mis sentidos lo que pasaba alrededor, llamaba a mi madre. Su respuesta siempre era la misma:

—Reina mía, ¿ya te has despertado?

Desde la cama sonreía con la pureza de la inocencia y me sentía la niña más segura del mundo. Escuchaba cómo mi madre subía las escaleras que llevaban a mi habitación.

Entraba tímidamente, casi siempre pidiéndome permiso. Entonces se lanzaba encima de mí y me comía a besos.

Me desperté de golpe.

Desconcertada, por un segundo no sabía qué estaba pasando a mi alrededor. Al mirarla, me di cuenta de cómo su fisonomía estaba cambiando. Se acercaba el momento final; a pesar de todo, su rostro estaba lleno de paz. Mientras las lágrimas no me dejaban ver con claridad, tarareé una canción de uno de sus autores preferidos, Lluís Llach: «Un núvol blanc».

Llegué a la misma conclusión que él. Así, de esta manera y con esta dignidad, dejaría que ella me dejara.

Tenía la sensación de que llevaba muchas horas con ella en la cama, pero al mirar el reloj del móvil vi que aún nos quedaba tiempo. Eran las ocho de la mañana.

La coloqué con delicadeza en la posición en que la habían dejado las enfermeras y me senté en un sillón, cogiéndola.

Cuando llamaron a la puerta, por un instante pensé que era Edmond. La noche

anterior había hablado con él para decirle que, si quería acompañarme en el momento, tenía que darse prisa.

Se disculpó con una frase hecha y me dijo que no había ningún vuelo directo a Barcelona desde donde se encontraba. Tampoco me concretó dónde era, y se despidió diciendo:

—Sé fuerte, *Bijou*, te quiero.

Colgó. Un puñetazo seco en la boca del estómago me hizo pensar que no tenía la más mínima consideración, pero como ya era habitual, le disculpé. Seguro que encontraría la manera de llegar antes de que ella muriera.

Una vez más me equivoqué.

Me quedé muda junto a la cama de mi madre. Estaba convencida de que si articulaba alguna palabra empezaría a llorar desconsoladamente y ya no pararía nunca.

Se abrió la puerta y entraron Paula y Jaume. No hablaron. Me abrazaron antes de sentarse al otro lado de la cama para cogerle la mano. Estaban tristes y abatidos. Pensé que querían quedarse con ella a solas. Al fin y al cabo, también era casi una madre para ellos.

—Salgo un momento. Lo que le tengas que decir tiene que quedar entre vosotros.

Jaume le dijo a Paula:

—Tú primera. —Y después me ayudó a levantarme y me preguntó—: ¿Has tomado algo caliente? ¿Te apetece un té de máquina?

Salimos de la habitación en medio del rumor del cambio de turno, pero yo no entendía nada de lo que decía el personal sanitario. En mi cabeza solo sentía, muy dentro de mí, los bronquios de mi madre luchando por cada bocanada de aire. Me senté en un banco, encogida, mientras Jaume me ponía entre las manos un vaso caliente de papel. A bocajarro, como ya era habitual en él, me dijo:

—¿Sabes? Hoy con Paula hemos llegado a la conclusión de que llevamos más años los tres juntos que por separado.

Traté de sonreír, pero mi rictus parecía más una mueca que una expresión.

—¿Me puedo permitir hoy también hablar claro?

Sabía que lo que me diría probablemente no me gustaría, pero también sabía que tenía todo el derecho a hacerlo.

—Sandra, estoy orgulloso de acompañarte en el tránsito de tu madre, como también lo hice cuando murió tu padre. Pero ahora las cosas son diferentes. Entonces no tenías pareja y ahora sí. ¿Te has preguntado por qué soy yo quien está a tu lado y no él?

Me acerqué un dedo a los labios para que no hablara más.

—Sé perfectamente lo que piensas, Jaume. ¿Por qué una mujer con mi

carácter se deja vencer por un hombre que nunca está cuando se le necesita? Pues te lo contestaré muy claramente: antes de él no había nadie y después de él solo hay la nada. Sé que te cuesta entenderlo, querido amigo, pero la disyuntiva de mi vida es Edmond o el vacío.

Al apurar el último sorbo de té, lanzó el vaso a la papelera como un jugador de la NBA y, levantándose, dijo:

—Desprecio a este hombre porque no sabe la suerte que tiene. Eres la mujer más valiente y consecuente que conozco, pero estás en un laberinto, Sandra. También sé que encontrarás la salida sin ayuda de nadie.

Al volver a la habitación, Paula miraba el cielo gris a través de la ventana. Sus ojos la delataban. Había llorado.

—Te toca a ti, Jaume. Voy a fumar un cigarrillo.

La acompañé hasta la puerta de la clínica. Una vez en la calle, estalló:

—¿Piensa venir o te dará el pésame por teléfono? Hazte a la idea de que eres viuda antes de casarte, Sandra.

Hacía diez años que yo no fumaba, pero le pedí un mentolado de los suyos. No aguanté más de dos caladas y lo apagué inmediatamente.

—Paula, sé que esta vez vendrá. No tardará demasiado... ya lo verás.

—Te juro que esta vez rezo para que tengas razón.

Mi madre expiró a las 11.20 de la mañana de aquel 31 de octubre, exactamente cuarenta años después de que me trajera al mundo.

Se fue abrazada a mí, serena y enredada en mi cuerpo.

Mientras le quedaba aún un último aliento de vida, yo le rogaba que dejara de luchar, que estaban allí con ella las personas que más amaba. Su respiración poco a poco se fue debilitando hasta que simplemente su diafragma dejó de funcionar.

Llegado el momento, miré a Jaume, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Lo siento, Sandra, ya está.

Esperé unos segundos antes de romperme en dos. Desesperada le besaba los ojos, las manos, la acariciaba.

Paula me intentaba calmar mientras la doctora certificó su muerte. Miré alrededor, todos los que significaban algo en nuestras vidas estaban, todos menos él, que evidentemente no estaba donde posiblemente ni siquiera se le esperaba.

## En el paraíso

*E*staba sentada en el sofá de mi madre, pero podía haber estado colgada de una rama en el borde de un acantilado y tendría el mismo sentido. Ninguno. Me había vaciado. Desde que mi madre había cerrado los ojos, no me sentía el corazón ni el alma.

La casa todavía desprendía su olor, y su ropa limpia colgada en el tendedero esperaba que sus manos ausentes la recogieran.

Miraba a mi alrededor y pensaba que las cosas que amaba le habían sobrevivido: el piano, los cuadros, los jarrones, las flores de las que con tanto cariño había cuidado.

¿Qué sentido tenía esta casa, y lo que había dentro, sin ella?

Era incapaz de pensar en qué haría mañana, solo podía recordar el ayer: un pasado tierno y dulce como un melocotón fresco en una tarde de verano. Así era mi infancia y también la vida que recordaba.

El viejo reloj del abuelo señaló las cuatro de la tarde, la hora en que Jaume y Paula tenían que venir a buscarme para ir al tanatorio. Abrían la capilla ardiente a las cinco y aún tenía que tramitar algunos documentos.

A pesar de que ellos y mis tíos habían insistido en que no me quedara sola, había preferido volver a casa.

La primera vez que abrí la puerta después de su muerte, tuve la sensación de que entraba en un museo de figuras inanimadas. Todos los muebles me observaban. Estaba sola y sentí miedo, miedo de no poder estar a la altura, de que la melancolía me venciera.

Siguiendo un impulso irracional, marqué el número del móvil de mi madre. Saltó el contestador y escuché su voz amable, que me invitaba a dejar un mensaje. Lloré desesperada, maldiciendo al Dios que ella me había enseñado a querer, a la vez que le pedía, si existía, que me llevara a su lado.

No recibí ninguna respuesta que no fuera el silencio y el dolor.

Como una autómatas, leí todos los mensajes de consuelo que me habían enviado, también las palabras de Edmond, que se disculpaba por no haber llegado a tiempo. Pensé que quizás era mejor así, probablemente no se merecía conocerla.

No respondí ninguno de los mensajes que él me había enviado. Las palabras han sido siempre mi única arma y sabía que mi verbo en situaciones límite podía ser muy peligroso.

Jaume ya había llamado a la puerta. Me esperaban afuera.

Antes de pasar por la ducha, miré la vieja cornucopia de mi bisabuela y no me sorprendí. Cada vez me parecía más a ella.

Peiné una y otra vez mi cabellera mojada, intentando dominarla, hasta que opté por recogerme el pelo en un moño.

Antes de bajar, fui a su habitación. Paula y Jaume habían hecho el trabajo más duro: recoger las cosas que habían quedado esparcidas por el suelo con nuestra precipitada salida hacia el hospital. Incluso habían tenido la sensibilidad de cambiar las sábanas y dejar la cama perfectamente hecha.

Abrí el cajón donde estaba la ropa interior y un traje negro elegantísimo que siempre me había gustado.

—Te lo guardaré para cuando lo necesites —me había dicho.

Pues ese era el momento justo para ponérmelo.

El cuerpo de mi madre nos esperaba en el tanatorio de Les Corts. Ahí mismo estaba el cementerio donde mis bisabuelos habían comprado un nicho. Aquí descansaba toda mi familia y aquí reposaría ella. Y un día yo.

Empezaba a llover cuando Jaume se paró frente a mi puerta.

Bajé con Paula del coche y, mientras la esperábamos para entrar juntos, ella me hizo la pregunta fatídica:

—Todavía no hay ni rastro de él, ¿verdad?

Le arrebaté el cigarrillo que se estaba fumando y, después de darle una larga calada, le contesté con un tono meramente informativo, sin la más mínima emoción:

—Me ha escrito un montón de *whatsapps* y *e-mails*. Está perdido en un pequeña ciudad árabe donde, al parecer, es difícil encontrar un avión para venir a Barcelona.

Jaume llegó entonces con un ramo de rosas blancas, sus favoritas.

—Le encantarían... —dije muy bajito.

Una vez en el recinto, una amable señorita me dio el pésame y me dijo que nos acompañaría donde estaba expuesto su cadáver. Caminaba sin tener los pies en el suelo. Franqueada por mis leales pretorianos, llegamos a la puerta.

La mujer que nos acompañaba me preguntó si estaba preparada. Abrió la puerta con llave y accedimos a un espacio amplio y funcional. Desde la entrada veía el ataúd.

Mis pies se quedaron pegados al suelo un instante. Necesité mucho arrojo para entrar en la capilla ardiente.

Amortajada en un hábito de color blanco, con las manos entrelazadas, mi madre parecía una virgen de Murillo. Sentí la calidez del abrazo de mis amigos.

Después Jaume colocó el ramo de rosas blancas muy cerca de ellos.

Los compañeros del diario habían enviado una corona, así como su cuadrilla de amigas. Se hacían llamar las Chicas de Oro, como las de la serie televisiva. Sonreí al recordar qué bien se lo pasaban. Siempre les decía que juntas eran un auténtico peligro.

—¿Se puede entrar? —oí a lo lejos.

Levanté la cabeza y lo vi. Oriol, eficaz como siempre, se las había arreglado para coger un vuelo y venir a acompañarnos. Llevaba en las manos un delicioso y alegre *bouquet* de flores.

Mientras se despedía de mi madre, yo ya no estaba. Escuchaba todas las voces, pero se transformaban en un murmullo. Cada vez había más.

Otra voz, punzante e interior, las silenciaba: ¿Cómo puede ser que no haya venido, que no haya enviado ni tan solo una nota de consuelo?

Volví al mundo real cuando un miembro del equipo de protocolo del tanatorio me preguntó qué música quería para recibir el féretro.

Sin pensarlo, pedí el séptimo y último movimiento del *Réquiem* de Fauré. A ella le encantaba. Leí en alguna parte que el mismo autor había dicho que era un arrullo a la muerte.

Esto era lo que deseaba: que el camino hacia la eternidad para mi madre fuera como un dulce cántico antes de dormir.

## El canto de los pájaros

Al pie del féretro, mientras Paula, Jaume y Oriol me cuidaban desde la distancia, no era consciente de que en unas horas dejaría de verla para siempre. Perdería de vista aquel cuerpo que había creado un mundo para nosotros, un planeta aparte donde solo habitaban la ternura, la generosidad y el amor. A las diez de la mañana del día siguiente, se celebraría el sepelio. Se acercó la solícita mujer que nos intentaba hacer el trago menos amargo. Necesitaban que escogiera la poesía que acompañaría el recordatorio.

Nos sentamos en el sofá, donde empezó a enseñarme los textos que tenía preparados. No me costó más que un segundo elegir el adecuado.

Mi madre amaba los versos de Miquel Martí i Pol, así que fue fácil. El poeta de Roda de Ter me recordaba que, cuando una persona a la que quieres tanto muere, al final su recuerdo se transforma en una palabra, un gesto o una mirada. Decidí que en el margen derecho del recordatorio figurase su nombre y en el izquierdo la lírica que rezaba así.

Y poco a poco serás tan nuestra que no hará falta ni que hablemos de ti para recordarte; poco a poco serás un gesto, una palabra, un gusto, una mirada que fluye sin decirlo ni pensarlo.

Pero aquí no acababa todo, tenía que esforzarme aún más. Ahora tenía que elegir la pieza que la despediría.

La funcionaria se quedó sorprendida de mi rapidez.

—«El cant dels ocells».

La partitura de Pau Casals me había acompañado el día de mi comunión y, por pueril que pareciera, quería que fuera esta y no otra la que sonara. Así mi padre estaría presente de algún modo.

Aquel 15 de junio había sido especial para todos. Nadie esperaba que la niña nacida más muerta que viva llegaría a transformarse en la preadolescente que, vestida de color crema, caminaba muy lentamente por el pasillo de la capilla de las Salesas a su primera cita con la vida adulta. Los zapatos nuevos que me habían regalado los abuelos no me daban demasiada estabilidad y tenía miedo de resbalar.

Toda mi familia admiraba al maestro Casals, no solo por su arte sino también por su actitud durante la posguerra y la dictadura. Mientras Franco vivió, él se



negó a volver a España. Se exilió en Puerto Rico y desde allí fue un ferviente defensor de la democracia.

Para los republicanos comprometidos, esta partitura era sinónimo de una libertad y catalanidad que tuvieron que vivir de puertas adentro hasta que el caudillo murió en su cama.

—Le recuerdo que en una hora deberán marchar. Lo siento, son las normas.

Las palabras de la funcionaria me despertaron, sonaba aún en mi cabeza el chelo del maestro.

Tenía razón, ya no quedaba mucho tiempo. En la vela solo quedaban Oriol, los padres de Paula y ella misma. Jaume no estaba en ese momento. No le di más importancia, pensando que estaría tomando un café.

Al verme entrar, Oriol se levantó y me propuso que bajáramos a tomar algo caliente.

Ciertamente, no había probado bocado. Había perdido la cuenta ya de las horas que hacía que no entraba nada sólido ni líquido en mi estómago.

Al salir, los vi.

En un extremo del pasillo, Jaume estaba conversando acaloradamente con Edmond. El corazón me dio un salto, pero no de emoción sino de asco. No quería, por nada del mundo, que la situación se desbordara y organizaran un espectáculo, así que me acerqué y le pedí con un tono reposado:

—Jaume, tranquilo. ¿Nos dejáis a solas, por favor?

—Te explicaré lo ocurrido. Estaba esperando el ascensor, se ha abierto la puerta y hemos topado. Por su acento a la hora de pedir disculpas y por lo que me has contado de él, lo he reconocido y hemos empezado a discutir.

Oriol y Jaume lo miraron con desprecio antes de dejarnos solos. Edmond se quedó muy quieto ante mí, paralizado de vergüenza.

A pesar de que mi corazón debía de estar latiendo, no me lo notaba. Al mirarlo no sentí más que indiferencia. Mil imágenes pasaron por mi mente en una milésima de segundo, fotografías de mi escapada a París, en contra de todo y de todos, *flashes* de los momentos felices en Barcelona.

No fueron suficientes, sin embargo, para que olvidara el dolor de su ausencia en aquellos momentos de desolación.

—Evitaré agotarte con estúpidas disculpas —dijo—. No estoy a la altura de tu vida. Es lo que merezco... tu desprecio.

—Edmond, mañana es el sepelio de mi madre. Si alguna vez he sido para ti algo más que un simple divertimento, te ruego que te vayas por donde has venido. ¿Sabes? La mujer que está allí dentro amortajada me enseñó a amar. Hubiera sido fantástico poder mostrártelo. Quizás hubieras conseguido amar a alguien más que a ti mismo, pero ahora ya es muy tarde. En realidad, has llegado

una semana tarde. Los siete días con sus siete noches que he pasado velando su agonía me han servido para abrir los ojos. Esta ha sido la lección póstuma que me ha dado mi madre. Que tengas suerte, Edmond.

Dicho esto, le di la espalda y volví a la sala, donde Paula, sus padres y Jaume habían tenido el decoro de no moverse. Todo estaba dicho.

En diez minutos teníamos que abandonar el tanatorio. Entré en la capilla ardiente y cerré la puerta.

—Mamá, tengo que irme —le dije llena de emoción—. Haría cualquier cosa para romper este maldito cristal y tocarte por última vez, pero no puedo. Tenerte tan cerca en el final me ha dado el coraje para seguir adelante. Me doy cuenta, ahora que no estás, de cómo te he llegado a amar.

Antes de irme, toqué el ramo de rosas blancas que había encima del féretro.

Mientras salíamos del tanatorio, noté que mis fuerzas flaqueaban. Necesitaba llegar a casa como fuera. Quería estar sola, con mis recuerdos, echando un vistazo al álbum familiar, repasando con cada imagen los gestos del pasado.

Sí, eso era lo que necesitaba.

Probablemente lo más razonable era que, por primera vez, me dejara cuidar, aunque quien lo haría no era quien yo había elegido. Pero estaba demasiado agotada para nadar a contracorriente, así que cerré los ojos y pensé que la vida es completamente imprevisible.

## Tan enamorada

*F*lotaba en un mar demasiado grande para llegar a ningún puerto. Me movía a una velocidad diferente de la de mi entorno, así era como me sentía. Tenía que tomar decisiones importantes con celeridad.

En mi habitación había preparado la cama para que Oriol estuviera lo más cómodo posible, pero mil y una incógnitas me venían a la mente. ¿Qué hacer con la casa? ¿Vivir o no en Barcelona? ¿Cómo buscar una solución a las deudas que me amenazaban...?

A pesar de la desorientación, una idea mezquina me calmaba. Si algo había aprendido de todo este tiempo de dolor gratuito con Edmond era a pensar en mí misma. Debía cerrar mis sentimientos en una cajita y ser pragmática.

Llegué a la cruel conclusión de que con la muerte de mi madre mi economía se sanearía. No necesitaba tanto para vivir y mi sueldo llegaría para hacer frente a los pagos y vivir con estrecheces pero sin ahogos.

Con estos pensamientos miserables, cerré la luz de mi cuarto. Cuando me senté en la butaca a oscuras, me llegó la voz de Oriol, que desde fuera me miraba en silencio.

—¿Quieres entrar? —le pregunté con un hilo de voz.

No dijo nada pero, como un gato moviéndose a tientas, se deslizó hasta donde yo estaba y se quedó en cuclillas.

—Ahora no es el momento de tomar decisiones —me dijo cuando le expliqué mis cavilaciones—. Seguro que, cuando pasen unos días, sabrás qué camino seguir.

Le acaricié el pelo y su cuidada barba con ternura. Mientras lo hacía, pensé que era una auténtica lástima que él estuviera a la altura de las circunstancias y el hombre del que me había enamorado hubiera tirado la toalla con tanta facilidad.

—¿Tienes hambre? Te he preparado cena.

Me cogió las manos y me tiró hacia él. Sí, estaba hambrienta. Mientras bajaba las escaleras hacia el salón tras él, un aroma delicioso me rodeaba.

Había puesto la mesa y encendido las velas que tanto gustaban a mi madre y que nos daban aquel calor de hogar que ambos necesitábamos.

Al fin y al cabo, él también era un hombre solo. No le había conocido ninguna

relación estable. Tan solo hablaba de sus amigas, pero nunca daba a entender que estuviera enamorado de alguien. Quizás Oriol simplemente estaba casado con su trabajo, lo que a los dos nos parecía lo más normal.

Comí lentamente, aunque todo estaba delicioso. Mi estómago necesitaba tiempo para asimilar cada bocado. Nos quedamos callados, hasta que él rompió el silencio.

—Sandra, ¿recuerdas aquel libro de Doris Lessing que me regalaste? Lo tengo en un lugar preferente de mi biblioteca. Una de las frases que memoricé dice: «Equivócate al pensar, pero en todo caso, piensa por ti mismo». ¿No te das cuenta de que siempre lo has hecho? Por eso te mereces a alguien que camine a tu lado y no quede rezagado.

—No es tan fácil, Oriol. No te enamoras de quien te conviene sino de aquel que te remueve el alma y el corazón. Pero sé lo que dices. Tú y yo somos dos animales heridos y, como dice Juliette Binoche en esa película de Louis Malle, no le tenemos miedo a nada.

Sonrió y me sirvió un poco de vino. Mientras ordenábamos un poco la cocina, conectó un altavoz de bolsillo del iPod que siempre le acompañaba:

—¿Te apetece escuchar algo de música?

Dije que sí con la cabeza, extraordinariamente cómoda.

Los violines de la introducción, la guitarra que poco a poco se fundía en la partitura y la voz de Caetano Veloso hicieron que me estremeciese.

En 2004 había tenido la oportunidad de entrevistarlo. Publicaba entonces un álbum exquisito, *A Foreign Sound*. Fue un momento mágico en mi carrera cuando, en plena charla, comenzó a cantar una de mis piezas favoritas de Cole Porter: «So In Love».

*Strange, dear, but true, dear, when I'm close to you, dear.  
The stars fill to sky so in in love with you am I.*

No era difícil saber por qué Oriol había escogido esta pieza y no otra. «Hazme daño, decepcióname. Seré tuyo hasta que me muera. Enamorado de ti estoy para toda la eternidad.»

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias por no juzgarme. Es tarde... ¿Nos vamos a dormir?

Al día siguiente habíamos quedado con Paula y Jaume a las ocho en el tanatorio. Entré en el baño del dormitorio de mis padres. Las cremas, perfumes y cosméticos de mi madre seguían allí. Estaba tentada de aspirar el aroma de su colonia, pero no fui capaz.

No estaba preparada aún, la herida estaba demasiado abierta.

Mientras oía cómo Oriol hablaba por teléfono con un cliente en el salón, sentí

la paz necesaria para ir a descansar. Estaba rendida y solo quería dormir. Mientras preparaba el traje negro que me pondría para el sepelio, él llamó suavemente a la puerta.

—Dame un minuto... ya sabes que soy rápida —le dije apresurándome.

Una vez abrí, sus ojos se pusieron sobre la alcoba de mi madre y me preguntó:

—Sandra, ¿crees que encontrarás el sosiego que necesitas si te quedas aquí?

Realmente, era imposible que pudiera pegar ojo en esta habitación. Pero, ¿qué podíamos hacer? No permitiría que Oriol durmiera en un sofá, por muy cómodo que fuera.

—Te propongo algo —le dije finalmente—. Esta cama es de matrimonio y suficientemente ancha para que durmamos los dos. O sea que haremos lo mismo que cuando teníamos diecisiete años y compartimos lecho en una mugrienta pensión cerca de Venecia. ¿Recuerdas? Viaje de fin de curso y sin una lira en el bolsillo; Paula, tú y yo amontonados en un colchón. Fue divertido, ¿no? Las cosas han cambiado y aquí tenemos ropa limpia. Algo hemos ganado, ¿no crees?

Apoyado en la puerta con las manos en los bolsillos, asintió con la cabeza y sonrió.

—Han pasado más de veinte años desde entonces... Te prometo que habría preferido este momento tan privado en otras circunstancias menos dramáticas, pero te lo agradezco —dijo antes de entrar en el baño.

La situación no me perturbaba, ya que compartiría cama con un hermano. Para mí Oriol era eso: una figura protectora, amable y solícita.

Fui a colocar los cojines de tal manera que nos sintiéramos cómodos. Una vez en la cama, me tapé con la colcha. Apagué la lámpara de la mesilla de noche. La luz del lavabo era más que suficiente para guiarlo hasta la cama.

Allí acurrucada, recordé los besos de mis padres cuando, siendo una niña, me abrigaban. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sin poder controlarme, lloré amargamente. Para no asustarlo, intenté ahogar mi desesperación con la sábana y me volví hacia un lado.

No quería preocuparlo y pensé que desde donde estaba no me oiría. Me equivoqué.

Oriol me acarició el pelo mientras me decía muy bajito:

—Llora, estoy aquí a tu lado. Llora, Sandra.

Me abracé a su cuerpo y él a mí. Absurdamente, pensé en Edmond. Le echaba de menos.

—Ojalá me hubiera enamorado de ti —dijo—. Eres todo lo que una persona necesita para ser feliz.

Mientras me dormía, sentí en la nebulosa del sueño su voz, pero no la escuché. Nunca sabré lo que me dijo la noche que volvimos a compartir una

cama, veinte años después de haberlo hecho por primera vez en una pensión insalubre en el Lido de Jesolo.

## Amor de mi vida

Al abrir los ojos, antes de que sonara el despertador, Oriol no estaba a mi lado. De la cocina me llegaba el aroma del café recién hecho.

Eran las seis de la mañana, había dormido pero me sentía destrozada. Y el camino que me esperaba aquella mañana era escarpado. En cuatro horas, mi madre ya estaría transformada en cenizas.

Me levanté, pesarosa. Desde la escalera, di los buenos días a Oriol y pasé directa a la ducha. Luego me vestí sin ni siquiera mirarme al espejo. Iba sobria pero elegante, como si fuera a una reunión de importancia. Mi madre no se merecía menos.

Encontré a Oriol en la cocina, preparándose un zumo de naranja. Se había arreglado de forma impecable. Vestía de lana fría gris, camisa azul cielo, corbata a juego y los gemelos que mis padres le habían regalado cuando se licenció.

Le agradecí, emocionada, que hubiera tenido ese detalle.

Mientras desayunaba a su lado en el comedor, pensé que quizá mi error había sido exigir tanto a la vida. Inconformista por naturaleza, siempre había forzado la máquina, controlando el margen que tenía hasta llegar al límite. Quizá la felicidad radica aquí, en la escena convencional de un hombre y una mujer tomando café antes de que salga el sol.

Yo había descubierto demasiado tarde el precio que tenía que pagar por querer descubrir qué había más allá del infinito.

En medio de estos pensamientos, sonó el teléfono.

Al ver en la pantalla que era Edmond, no contesté.

Mientras ordenábamos el comedor —nos habían educado igual y odiábamos el caos—, el móvil volvió a vibrar.

—Sandra, responde tranquila —me dijo Oriol—, te espero afuera mientras llega el taxi.

Con cada vibración del aparato, aparecía la cara de quien había sido mi amante. Insistente hasta la extenuación, al final respondí con un breve «Sí».

—Buenos días, *Bijou*. ¿Cómo has dormido?

Hablaba lentamente, como si pidiera permiso para pronunciar cada palabra.

—Bueno, he cerrado los ojos y poco más. Edmond, ¿qué quieres? ¿Tan difícil

para ti es aceptar un adiós?

—Tú no lo sabes ahora mismo, y es normal, pero estamos hechos el uno para el otro. Estoy en la puerta del tanatorio. No me verás, pero quiero que sepas que te acompañaré desde la distancia.

No le respondí. Después de colgar, cogí la bolsa y, respirando el espíritu de la casa que mi madre tanto había amado, cerré sin mirar atrás.

El taxi nos dejó en la puerta.

Entré sola, lenta y pausadamente, como aquel que está al borde de un acantilado y quiere retrasar la emoción de disfrutar de una vista magnífica. Mi panorama privado era el cuerpo de mi madre que continuaba aquí, inalterable, tal como lo había dejado la noche anterior.

Me habían prometido que podría verla por última vez.

Frente al ataúd, ninguna palabra salió de mi boca, pero se lo confesé todo. Las veces que la había odiado porque pensaba que era un lastre que me hundía; cómo en ocasiones la había querido más que a mí misma, así como la vida que me esperaba y que ya no podría compartir con ella. Le dije cómo la había admirado, le agradecí que hubiera sido capaz de cultivar mi espíritu... ¡Tantas cosas! En aquellos minutos de soledad, pude saldar las cuentas que tenía pendientes con ella. Aunque estuviera muerta, algo en mi interior me decía que estábamos en paz.

Una mano delgada y suave me acarició la espalda. Era Paula.

—Sandra, ha llegado el momento.

Al volverme, vi que los hombres de la funeraria ya estaban allí. Me sentí como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento. Oriol me miraba desde una esquina, muy preocupado. Jaume se acercó.

—Sandra, ¿quieres verla por última vez antes de que cierren el ataúd?

Mis ojos brillaron.

—¿Puedo? —pregunté con la candidez de una niña.

Uno de los empleados del tanatorio era el padre de un paciente de Jaume, así que él le pidió este favor.

Saqué de mi billetera dos fotos de carnet. Una mía y otra de mi padre. Entre los dedos de mi madre, coloqué las imágenes para que la acompañaran y la besé en la frente.

No era ella, solo un cuerpo y nada más, pero me embriagó una paz inexplicable. A pesar de que estaba fría como el mármol, el contacto con su piel me hizo entender que había llegado a buen puerto. Un lugar luminoso donde permanentemente era verano, su estación favorita, y donde el sol jugaba con su pelo y con su risa.



Serena, encabecé la comitiva hasta el pequeño oratorio donde íbamos a despedirla. Al llegar, me impactó ver que no cabía un alfiler.

Sonó el *Réquiem* de Fauré, tal como había dispuesto. Al terminar, el sacerdote empezó a hablar de cómo era ella, cosa imposible en unos minutos y quizá también en una vida entera.

Casi al final del responso, el sacerdote me pidió que despidiera la ceremonia. Cogí aire; yo, que vivía del lenguaje, llevaba un papel en la mano por si la emoción me desbordaba. Finalmente di la hoja a Paula. No la necesitaba. Ante un atril, mientras de fondo los músicos interpretaban suavemente «Love of My Life» de Queen, empecé:

—Es curioso que mientras intento encontrar las palabras adecuadas para hacer lo que me parece imposible, es decir, despedirla, ustedes, músicos, hayan tocado esta pieza. Mis padres han sido y serán el amor de mi vida. Es su afecto lo que me ha hecho lo que soy, y es su ternura la que hará que recordemos a mi madre como quien fue, un ser humano bondadoso que no dejó de luchar hasta el final por sus valores, por la pureza de este corazón que tan generosamente entregaba a los demás.

Me quedé allí quieta mientras oía de fondo los sollozos de los que estaban en la sala. El féretro de mi madre se detuvo entonces ante mí, y Jaume acercó una rosa blanca. La besé y me despedí.

Mientras la acompañaban ordenadamente hasta su último hogar, en el cementerio, rodeada por los parientes y amigos más cercanos, sucedió algo que nadie esperaba. Tampoco yo.

Contra todo pronóstico, Edmond se acercó hasta donde estaba y Paula exclamó en voz alta:

—Pero ¿cómo se atreve?

Él la oyó, pero no se dio por vencido.

—Estoy orgulloso de ti, Sandra. He decidido quedarme en Barcelona un tiempo. No pienso irme a ningún lugar del mundo donde no pueda verte.

Su intervención me pareció inadecuada e insolente, pero también pensé que así era aquel hombre de quien me había enamorado. Tenía capacidad de lucha, aunque esta llegara tarde y en el momento en que a él le interesaba.

—Haz lo que quieras, estoy demasiado triste para discutir. Gracias por venir, pero ahora tienes que irte.

Hizo lo que le pedía, no sin antes mirar a Paula con desdén.

Cuando la comitiva fúnebre comenzó a avanzar, me hice un propósito: cuidar de mí misma. Ahora ya sabía hacerlo.

## El hombre a quien amo

Cuando António Lobo Antunes, mi autor europeo preferido, me confesó en una entrevista que en su vieja casa de Lisboa cohabitaba con las frases de sus obras preferidas, empecé a hacer lo mismo.

Aquellos días de montaña rusa emocional releía viejas citas que tenía marcadas en los libros y descubría otras que daban un poco de luz a mi alma.

La normalidad también había vuelto a la vida de los demás. Oriol vivía nuevamente de avión en avión. Paula tenía casos difíciles en el juzgado y Jaume atendía a sus pacientes con la misma entrega de siempre.

En mi caso, podía decir que el desconsuelo y el vértigo habían entrado en mí. Una cita de Charlotte Brontë plasmaba a la perfección cómo me sentía: «Solo tenía que mover una pieza y volvería a ser suya. Aunque en realidad, ¿había dejado de serlo alguna vez?».

Quienes me querían me aconsejaban que no volviera a su lado de ninguna de las maneras. Qué fácil es decirlo cuando, al volver a casa, alguien te está esperando... Desde la muerte de mi madre, mi soledad se había vuelto especialmente dura. No tenía más compañía que mis evocaciones, que cada vez eran más ensordecedoras.

Repartía el tiempo entre mis viajes y la preparación de las entrevistas que tenía que hacer. En medio, mi corazón era un volcán activo donde ardía la añoranza.

Dos semanas después de su muerte, un domingo por la mañana, llamaron al timbre del jardín.

Pensé que era Paula, que me hacía una de sus visitas sorpresa. Pero al mirar a través de la ventana, lo vi.

Estuve tentada de no abrirle. Si era necesario, cerraría con llave los postigos... y olvidaría su orgullosa figura, pero me sentí incapaz. Al fin y al cabo, no tenía que rendirle cuentas a nadie más que a mí misma. Era yo quien convivía con mi propia desesperación.

Decidí bajar y al menos escucharlo.

Mientras bajaba las escaleras, me di cuenta de que tenía un aspecto horrible. Unos viejos vaqueros, una camiseta con la cara de Minnie y una sudadera eran

todo mi vestuario. Llevaba el pelo recogido en una cola y sin nada de maquillaje.

En otras circunstancias lo habría llamado y, con cualquier excusa, le habría dicho que volviera en veinte minutos, tiempo suficiente para darme una ducha y arreglarme un poco, pero no quise hacerlo.

Esto era lo que había y mejor que lo viera de una vez por todas.

Encendí las luces del salón, que estaba impoluto y con flores frescas por todas partes, como a mi madre le gustaba.

Tras abrir la puerta, sin darle los buenos días, le dije:

—¿Te has perdido? ¿Qué haces aquí?

—Necesito verte. ¿Puedo entrar?

Me puse a reír como si estuviera poseída por el diablo. Edmond me miraba estupefacto. No entendía mi reacción, a pesar de que para mí era la más lógica.

—Tranquilo, no me he vuelto loca todavía, pero ¿no resulta un poco cómica esta situación? ¿Cuántas veces me has decepcionado? ¿Cuántas veces te has apartado de mi lado y cuántas me has implorado formar parte otra vez de mi vida? ¿No te das cuenta? Me agotas, me cansas. ¡Incluso me aburres!

—Tienes razón, como siempre, pero creo que no lo sabré hacer mejor. Si quieres enseñarme...

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

¿Era yo quien, en el peor momento de mi vida, debía ser la maestra y él el alumno? Tenía ganas de reír a carcajadas.

Lo invité a pasar. A nadie le importaba mi vida y, a pesar de que los vecinos eran discretos, no quería dar cuentas al pregonero.

Le preparé un café. A través del ojo de buey de la puerta lo observaba, intentaba grabar a fuego lento su aspecto en mi memoria, antes de sacarlo de mi vida. No solo su aspecto era único, tenía un talento especial para ocupar el espacio de una manera tan completa que no quedaba ninguna zona libre para otra cosa que no fuera él.

Había llegado el momento. Si no tomaba la decisión de abandonar, él no me dejaría nunca en paz. Lo supe en ese instante, cuando vi que, como buen oficial, permanecía de pie en el mismo lugar donde le había dejado, como si estuviera en una parada militar.

No mostraba ninguna emoción, ninguna curiosidad por saber cómo era el entorno en el que había crecido. Estaba en el comedor de casa pero podía estar en el *hall* de un hotel. Ningún sentimiento; frialdad y perfección quirúrgica. Nada más. En una bandeja coloqué con desdén unas pastas de té, dos tazas con sus respectivas cucharas y la cafetera. Edmond me ayudó y trasladó la bandeja con diligencia hasta la mesa del comedor.

Me pareció que servía el café como Anthony Hopkins en *Lo que queda del*

día, a la manera de un profesional.

No había nada que pudiera decir que lo excusase de no acompañarme en las últimas horas de la vida de mi madre. Sentada frente a ella, viviendo su agonía, le había llamado, pero él no había respondido o, en el mejor de los casos, su teléfono siempre estaba apagado. Recordé uno de los muchos capítulos que había vivido a su lado.

Yo volvía de uno de mis múltiples viajes y nuestro noviazgo, o lo que yo creía una relación, iba avanzando. Antes de volver a Barcelona, casualmente mi avión hacía una escala en París, así que lo llamé desde el aeropuerto para decirle que tenía suficiente tiempo para escaparme a verlo y volver.

Con un tono afligido, me dijo que estaba en Bruselas y que no podía venir.

—Lo siento, *Bijou*, nos veremos pronto.

Me conformé, como había hecho durante tanto tiempo con él, cuando besaba el suelo por el que pisaba y daba gracias a Dios por que me hubiera escogido. Me esperaban cuatro largas horas en el aeropuerto que pasaría como pudiera. Cuando ya me había leído todos los diarios del mundo y memorizado el panel informativo con los horarios de salidas, apareció ante mí como por arte de magia.

Me quedé sin palabras.

—¡No pongas esa cara! —dijo—. No soy la virgen de Lourdes... ¿Verdad que tenías cuatro horas? Pues aquí estoy.

Abrió la mano y me enseñó la tarjeta magnética que abría la puerta de una habitación de uno de los muchos hoteles que había en la terminal donde estábamos. Sonreí pícara. Mientras nos dirigíamos a nuestro placentero destino, le dije que estaba loco.

—Ya lo sabes, Sandra... loco por ti.

Hicimos el amor como nunca. Cada vez que entraba en mí, yo sentía que le pertenecía más y más.

El viento siempre soplaba a su favor. Los problemas no existían, tan solo la pasión y la lujuria. Los ingredientes del pastel eran dulces, aunque no debía gestionar la amargura del dolor.

Esta era la ecuación: cuando la vida sonreía, Edmond mostraba su cara más amable; si las desventuras llegaban, simplemente desaparecía.

Tras comernos el uno al otro, aprovechando sus influencias, no solo consiguió acompañarme a Barcelona en el mismo avión, sino hacerlo sentado a mi lado.

¿Cómo era posible que en una situación tan grave como la que acababa de vivir no hubiera hecho lo mismo?

La respuesta en forma de revelación llegó por fin mientras removía la cucharilla en la taza del café sin la más mínima empatía.

—No me vi capaz.

Duro, claro y sencillo. Era demasiado comprometedor presentarse en la clínica y vivir a mi lado un capítulo tan triste.

La muerte no es glamurosa y a él, como dice la canción, solo le apetecía caminar por el lado brillante de la vida.

El panorama estaba claro: tenía que escoger entre vivir pequeños momentos irreales a su lado, sabiendo que nunca estaría cuando le necesitara, o dejarlo.

En la radio, Billie Holliday cantaba: «*Someday he'll come along the man I love and he'll be big and strong*» (Algún día llegará el hombre a quien amaré y será poderoso y fuerte).

Este hombre no era Edmond, me había equivocado. La decisión estaba tomada, ahora solo quedaba decírselo.

## Me dediqué a perderte

**R**esultó más sencillo de lo que pensaba. Es más, me asustó su indiferencia, un talento desconocido para mí hasta ese momento.

De repente, ya no me sentía deseada. Edmond no se lanzaba a mis brazos como antes. Yo sabía que estaba nadando entre dos aguas y que, más pronto que tarde, otra ocuparía mi lugar.

Quizás esa mujer aún no había aparecido, pero no tardaría mucho. El hombre al que a pesar de todo aún amaba estaba sentado a mi lado dejando pasar el tiempo. No sabía o no podía resolver la situación. Estaba perdido en su propio laberinto.

Estaba acostumbrado a la perfecta ejecución de sus planes en todos los sentidos. Se paseaba por el mundo con bellezas con las que compartía secretos inconfesables, pero que no tenían nada que decir. Desde mi mundana imperfección, yo le había regalado mi alma.

Sabía que expulsándolo de mi vida también aniquilaría para siempre mi capacidad de enamorarme, pero era una cuestión de supervivencia. Ni él dejaría su rutina trashumante para quedarse conmigo en Barcelona, ni yo me iría a vivir a París esperando a que volviera de una de sus muchas misiones diplomáticas.

—¿Sabes, Edmond? Hace mucho tiempo que he dejado de escucharte —le dije a bocajarro, sin darle tregua—. ¿A qué has venido? ¿A convencerme de que basta con las migajas que me ofreces? ¿Quizá crees que me respetaré tan poco que pensaré que es lo que me merezco y te daré las gracias? Esto habría sido antes, pero ahora que estoy sola en el mundo no me conformo con tan poco.

Respiré un poco antes de continuar:

—Tengo que confesarte que me he equivocado. Me he defraudado a mí misma aceptando tus caprichos, tus reacciones incomprensibles. No me daba cuenta de que vivía en una ensoñación. ¿Recuerdas cuando nos conocimos en el aeropuerto de El Prat? Me dijiste que yo era como una de las heroínas que admirabas de tus lecturas de juventud. Distes en el clavo, por eso soy como una dama del siglo pasado, permanentemente enamorada del amor. Con todos tus viajes, países y vivencias, aún no has aprendido el significado de la palabra amor. ¡Qué lástima, lo siento por ti! Quiero que salgas de mi vida, pero no olvides que te lo pido

sabiendo que nadie te ha querido nunca como yo. He estado a punto de morir por amor, mejor dicho, por desamor, y optaré por quererme más a mí misma.

Tan solo quería que se fuera. No tenía miedo de cambiar de opinión, nunca había tenido tan claras las cosas con respecto a él. De repente, se había hecho de día y lo que veía no me gustaba.

—Me has destrozado el corazón, pero tienes razón: tu amor propio te ha salvado. Te he querido como yo puedo hacerlo, sin comprometerme más allá del día de hoy. Te lo dije la primera noche que pasamos juntos en París. Tengo miedo de perderte, pero no pienso cambiar. Te echaré mucho de menos y te amaré hasta el final de mis días, pero no puedo ofrecerte nada más. Has curado la herida antes de que se infecte y has hecho bien.

Dicho esto, se levantó y yo hice lo mismo. Lo acompañé hasta la puerta. No hubo ni una lágrima ni un grito ni un reproche. La más absoluta de las desafecciones, como si aquella escena, para mí nueva y dolorosa, Edmond la hubiera vivido mil veces antes.

Al darnos el último abrazo, intenté buscar en mi corazón un poco de dolor, pero tan solo sentí una agradable sensación de libertad.

Se fue sin mirar atrás, tal como había llegado. Paró un taxi. Mientras se alejaba, recordé una vieja canción del mexicano Alejandro Fernández: «Él se había dedicado a perderme y yo a quererlo».

## Así es la vida

*L*as entradas se agotaron en pocas horas, no había sido fácil conseguirlas, pero iríamos a ver a Michael Bublé. Este era el regalo que Paula, Jaume y Oriol me habían preparado para mi cumpleaños.

Para sacarme de mi abstracción, semanas después de que Edmond saliera de casa y de mi vida para siempre, Paula me había invitado a cenar en su casa. Llegué temprano. Siempre lo hacía para poder jugar con las niñas, mientras Jaume preparaba uno de sus famosos cócteles.

Faltaba poco para que llegara la noche de Navidad. Me horrorizaba pensar que mi madre no estaría. Si ya era una época triste sin mi padre, no me podía imaginar lo que sería sin ninguno de los dos.

Después de la comida, mientras recordábamos todos juntos los viejos tiempos, Jaume se levantó de la mesa y volvió con una caja grandiosa envuelta en un lazo de color rojo.

—Sandra, casi con tres meses de retraso, felicidades. ¡Vamos, ábrelo!

Paula retiró con rapidez las copas de la mesa. Necesitaba espacio para poder moverme en esta montaña de papeles de tonos muy brillantes. Al fondo de los bultos encontré un sobre con un dibujo de una telaraña. Al abrirlo, me quedé perpleja. Cuatro entradas para ir a escuchar a Bublé en el Palau Sant Jordi de aquí a un mes. Los abracé con fuerza mientras les decía que no sabía si sería capaz de ir.

—¿Cómo que no? —dijo Jaume—. Por tu culpa, Oriol y yo no pudimos ir al Camp Nou a ver al Barça, aunque teníamos entradas, o sea que vendrás aunque sea amordazada.

Recordaba con lágrimas en los ojos esta escena dentro del AVE que me llevaba de vuelta a Barcelona con la derrota más amarga. Al día siguiente cumpliría cuarenta años e iría a un concierto con mis amigos. Pero ¿cómo podía ir? Me acababan de despedir del trabajo.

El día anterior, mi jefe me había llamado para decirme que el director del diario le había dicho que quería hablar conmigo. Presentí el peor escenario. De mi casa a la redacción había seiscientos kilómetros, pero yo estaba al día de todo lo que pasaba.



Sabía que las cosas no funcionaban. La crisis había golpeado duramente mi sector y muchos compañeros se estaban quedando en la calle, a pesar de su bagaje y experiencia.

Viajé preparada para el desastre, mi gran especialidad.

Una vez en Madrid, fui directa a la redacción. Mi superior, un hombre amable y resolutivo, ya me estaba esperando en la puerta. Formaba parte de su equipo desde hacía más de quince años y nunca había tenido un problema. Él confiaba en mí y me daba un gran margen de maniobra.

Fuimos directos a su despacho. Me ayudó a quitarme la gabardina y me apartó la silla para que me sentara. A continuación dijo:

—Sabes cómo te valoro. Nadie como tú, ni aquí ni en la competencia, saca lo mejor de cada entrevistado como tú lo haces, pero ya sabes la difícil situación por la que estamos atravesando y...

Calló de repente. Sabía cómo acababa la frase, pero no pudo terminarla. El director abrió la puerta para saludarnos, apoyó su mano en mi hombro y apagó su iPhone. Se sentó frente a mí.

Su inconfundible pajarita y sus gemelos le daban un aire muy americano. Se había formado en los medios de Nueva York y se le notaba.

—Sandra, ha sido muy difícil para mí tomar esta decisión. Te aprecio y te admiro. A pesar de que cada día tenemos más lectores, las ventas han caído en picado. No podemos vivir solo de la edición digital. Hemos tenido que tomar medidas excepcionales.

Se quitó las gafas y, cogiéndome la mano, me dijo:

—Te tengo que pedir que, durante unos meses que espero que no sean muchos, nos dejes.

—¿Me estás despidiendo definitivamente o este es un cese temporal en nuestra colaboración?

Apliqué la ironía catalana que me identificaba y que él admiraba tanto. Se dejó caer en la silla.

—¡Por Dios, no me lo pongas tan fácil, que es aún más desesperante!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que te maldiga? No eres ingenuo ni tonto, ya sabes que esto es un buen trompazo. Esta empresa y tú me habéis dado las mejores oportunidades profesionales de mi carrera, pero no voy a perder las maneras. Solo quiero saber a qué atenerme.

—Claro. Carmen, mi secretaria, lo tiene todo preparado. Te daremos una indemnización lo más generosa posible y tendrás derecho a percibir el subsidio del paro. La idea que tenemos es que en medio año puedas volver. La fase más virulenta de la tormenta habrá pasado y podremos ofrecerte algo interesante. Entonces podrías sumarte a la redacción de política internacional. ¿Qué te

parece? Bueno, no adelantemos acontecimientos. Continuaremos en contacto, ¿de acuerdo? Es solo un *break*. Te irá bien. Tómatelo como unas vacaciones pagadas.

Se levantó y yo hice lo mismo, incapaz de abrir la boca. Me besó y me dijo:

—Hablemos de vez en cuando, ¿de acuerdo? Oye, ¿por qué no aprovechas y escribes una novela? Sería un éxito.

Ni me moví. Mientras mi superior directo me hablaba, avergonzado, tan solo me estaba preguntando cómo podría pagar todas las facturas sin mi sueldo. Estaba ya todo hablado; así pues, lo mejor que podía hacer era levantarme e irme.

Carmen llegó con un montón de folios que firmé sin leer, me daba todo igual. Daniel, mi fiel escudero, vino y me abrazó muy fuerte. Me susurró al oído una frase que nos había enseñado Begoña Aranguren, gran amiga de ambos.

—Volverás y serás legión.

Aturdida, salí al paseo de la Castellana. Cómo me gustaba Madrid. Aquí, al fin y al cabo, me había enamorado de Edmond. En el taxi, camino de Atocha, estuve tentada de llamarlo, pero... ¿para qué? Y lo más importante, ¿por qué? No había vuelto a tener noticias tuyas, así que era muy posible que otra mujer ocupase ya mi sitio.

Al llegar a casa, subí al despacho. En la mesa aún descansaba la voluminosa documentación que estaba leyendo para la próxima entrevista que ya nunca tendría lugar. Cogí una bolsa y, sin pensarlo dos veces, tiré todos los papeles. Al hacerlo, leí accidentalmente uno de los *post-it* con frases de mis autores favoritos.

Era de J. M. Coetzee, el Nobel sudafricano, que en *Diario de un mal año*, algo que me podía aplicar a mí misma, decía: «Nunca he dicho que tuviera la cabeza vacía».

«Ni el corazón», pensé.

¿Cómo podía soportar todos aquellos desastres sin estallar en mil pedazos? Quizás algún día me levantaría de la cama y nada tendría sentido, pero ese momento aún no había llegado.

Llamé a Paula para explicarle lo que había sucedido. Intentaba convencerla de que no sería una buena compañía en el concierto de Michael Bublé.

Me recordó que si Frank Sinatra, antes que él, había dicho que la vida era así, que podíamos pasar de pobres a ricos en un momento, que solo necesitábamos levantarnos y tener fuerza, quizá yo también lo conseguiría.

## Sería fantástico

«Sería todo un detalle, todo un síntoma de urbanidad, que no perdieran siempre los mismos y que heredasen los desheredados.»

Mientras Serrat cantaba en la radio del coche, yo pensaba que ni siquiera me había quedado ninguna herencia que no fueran deudas. Entre la enfermedad de mi padre y mi incapacidad para hacerle entender a mi madre que mantener aquella casa nos ahogaría, estaba en la peor situación.

Hacía ya tres meses que me habían despedido, eso sí, con mucha elegancia. Y, desde entonces, quien había sido mi responsable había olvidado ponerse en contacto conmigo. Aquello que había dicho —«Hablemos de vez en cuando, ¿de acuerdo?»— había quedado en una frase formal pronunciada en un momento comprometedor.

Dejé pasar un tiempo prudencial antes de hacer lo que me había sugerido pero, casualmente, siempre estaba en alguna reunión.

Había movido sin éxito los pocos contactos que tenía; pero de hecho, desde que había salido por la puerta de la redacción, mi teléfono había dejado de sonar. Mi madre había muerto hacía cinco meses y no solo tenía que acostumbrarme a su ausencia, sino que también tenía que acostumbrarme a que mi rutina hubiera pasado de ser frenética a tener una lentitud exasperante.

Cada mañana, después de desayunar y amparada por los árboles que me rodeaban, abría la agenda y llamaba a todo el mundo que creía que me podía echar una mano. Pero los que antes respondían a la primera, aquellos que me felicitaban por Navidad y de paso me pedían un autógrafo de Madonna para sus hijos, habían desaparecido.

Kapucinsky, gran maestro de los periodistas, tituló uno de sus libros *Los cínicos no sirven para este oficio*. Yo añadiría, con todo el respeto hacia quien mejor escribió sobre la desesperación del éxodo, que la mala gente tampoco sirve.

Eran malos tiempos para las actitudes heroicas. Nadie quería hundirse con el *Titanic*, ya que todos necesitaban un bote salvavidas y muy pocos estaban dispuestos a compartirlo.

Cada vez que una amable secretaria me respondía con un cortés «le dejo nota,

ahora está reunido», yo tachaba de la agenda una posibilidad más de encontrar trabajo.

Sentada en la hamaca del jardín, con el suave sol de abril acariciándome la piel, recordé una entrevista con Sean Penn.

Yo le había esperado en un hotel de Los Ángeles para entrevistarle. Había pactado con su representante veinte minutos y, por supuesto, ninguna pregunta personal. Los que le acompañaban, una vez concedido ese margen no demasiado amplio, entraban en la sala y, sin contemplaciones, cogían a la estrella en cuestión y se lo llevaban dejándote con la palabra en la boca literalmente.

Con él pasó todo lo contrario. Fue el propio actor quien sugirió a su equipo que nos dieran media hora más. Allí estaba yo, sentada en un cómodo sofá con el protagonista de *Pena de muerte*, hablando de cine.

Al final, cuando nos despedimos, me dijo:

—¿Sabe cuál es el error más grave que he cometido a lo largo de mi carrera?

Me miró esperando que le respondiera; mi semblante atónito le debía sorprender.

—He sido el peor relaciones públicas de mí mismo. Tome nota, señorita, y no lo olvide.

Era evidente que yo no había aprendido la lección. Yo creía que, habiéndome formado como una profesional, trabajando con los mejores y aprendiendo de ellos, con seriedad, honestidad y esfuerzo, podría continuar ejerciendo mi carrera. Pero la realidad se había encargado de demostrarme que con eso no había suficiente.

Me despertó de mi viaje astral una llamada de José Antonio, el director de la oficina bancaria. Quería hablar conmigo en persona lo más rápidamente posible. No me alteré lo más mínimo, pues era evidente que el estado de mis cuentas era preocupante. Si con un sueldo más que aceptable llegar a fin de mes ya era un acto de fe, sin este sueldo casi resultaba un milagro.

Con la indemnización había tapado algunos agujeros, pero era consciente de que debía tres recibos de la hipoteca que habíamos hecho sobre la casa cuando mi padre se puso enfermo.

Sentada frente al director, recordé la negativa de mi madre cuando aún nos ofrecían un buen precio por la casa. La diferencia era que ahora la situación era desesperada. No había plan B, pagaba o me embargaban. Así de duro e impersonal.

—Sandra, permíteme una reflexión en voz alta. ¿Por qué una mujer sola como tú se quiere encerrar en esa casa tan grande? Entiendo que son muchos recuerdos, pero, aunque tus amigos te ayuden, ¿qué harás dentro de tres meses? Piénsatelo, por favor. Acepta el precio que te den por la casa y búscate un piso

pequeño y moderno donde puedas vivir sola y sin fantasmas.

Tocada y hundida, no había más que decir.

El hombre que se había ocupado desde tiempo inmemorial de las finanzas de la familia aplicaba el sentido común más tajante. Instintivamente, miré la silla vacía que tenía al lado: la había ocupado mi madre aquel día funesto en el que habíamos negado la realidad.

Actuando aún como ella, le pedí unos días de reflexión.

—Dame una semana, te lo ruego. Si en siete días no encuentro una solución, haré lo que me aconsejas, pero déjame intentar otro camino. No podría vivir si antes no he luchado hasta el final.

A pesar de aquella última tregua, el director de la oficina y yo sabíamos que la casa estaba herida de muerte. Era imposible que me contrataran en una semana, cobrando lo mismo que en los viejos tiempos. No podía hacer partícipes a mis amigos del descalabro. Ellos tenían sus obligaciones y yo no era una de ellas. La familia quedaba descartada. Mis tíos eran mayores y sobrevivían con una pensión espartana. Tampoco podía comprometerlos.

Me quedaba una única solución: me lo jugaba todo a una carta. El último día que lo había visto, Edmond me había dicho que si necesitaba cualquier cosa lo llamase. Bueno, pues esta era la ocasión perfecta para marcar su número. Nerviosa, avergonzada y humillada, marqué de memoria su móvil. Cuando ya estaba a punto de colgar, me respondió una voz femenina. Por su tono, parecía joven.

Me quedé muda, quieta, aguantando la respiración. La mujer me preguntó en francés quién era mientras de lejos oía cómo Edmond le decía que le pasara el teléfono.

Corté la comunicación inmediatamente. Después de tirar el aparato al suelo, me quedé mucho tiempo en estado de *shock*. Cuando volví a la realidad, mi corazón latía pero mi mente ya se había roto en mil pedazos.

## Prefiero una y mil veces que te vayas, porque de ti no quiero ni la gloria

La voz de Omara Portuondo y Maria Bethânia no me ayudaban esta vez. No tenía ganas de nada. En realidad, mientras conducía bajo la lluvia intensa que no cesaba y hacía que Barcelona resultara aún más impertinente, solo quería desaparecer.

Debería haber vendido mi alma al diablo para no tener recuerdos y no comparar mi vida de hacía ni tan solo unos meses con esta indigencia vestida de absurda normalidad.

Llorar ya no era suficiente. Sentía tanto dolor, era tan profunda la sensación de vacío, que aquella llamada había sido el detonante de todo. La canción hablaba de la vergüenza que se siente por haberse humillado escogiendo el amor equivocado.

Pensé que este era exactamente mi estado de ánimo. Ni abandono, ni soledad, ni desesperación; eso ya había pasado, estaba al borde del precipicio y me apetecía lanzarme, a sabiendas de que nadie estaría ahí para salvarme. Nada más llegar a casa, sonó el teléfono. Era una llamada con prefijo de Madrid, así que pensé, esperanzada, que podía ser alguna entrevista de trabajo, pero mi ilusión se deshizo al instante.

—¿Es usted Sandra Fornaguera?

Algo se había roto en mis cuerdas vocales. Ya no podía disimular más. Con un hilo de voz, confirmé que era yo, y la mujer que estaba al otro lado no tuvo piedad.

Pensé que debía de ser de una raza especial para insultar de la manera en que lo hizo. Sin levantar el tono, sin ningún exabrupto, pero tocando directamente en mi línea de flotación.

Era de una empresa de recobros y reclamaba 350 euros con urgencia. Le dije que no tenía trabajo y que, dada mi situación, me era imposible poder hacer frente a este pago.

—Sería lo más digno, ¿no cree? —me dijo—. ¿Por qué no pide dinero a un familiar?

Musité una respuesta ininteligible y, angustiada, colgué. Sentada en el sofá,

miré a mi alrededor. Todo lo que tenía era un piano viejo, cuadros antiguos, cientos de libros, CD y nada más. Este era el panorama: un bonito conjunto vacío que me mostraba el único camino posible: evaporarme junto a la casa.

Recordé cómo, una semana después de la muerte de mi madre, había ido al cementerio. Allí, sin pensarlo, apoyé las manos en la fría lápida y sentí una inmensa sensación de paz. La que ahora no tenía.

El peso en el centro del pecho era tan profundo que deseé estar muerta y enterrada, como mi madre, y acabar de una vez con la comedia bufa que era mi vida. Lo que quedaba de ella no tenía nada que ver con lo que había sido. Sí, tal vez lo mejor era tomar una decisión drástica sin agobiar a nadie con mi tristeza. Solo había que buscar la mejor manera para hacerlo y conseguir lo que tanto ansiaba: morir.

Descarté lanzarme al vacío, ya estaba viviéndolo. Por lo tanto, lo mejor sería prepararme un atractivo cóctel de pastillas.

No tenía un euro, y en la nevera todavía dormía una botella de champán francés que Edmond había traído en una de sus idas y venidas. Satisfecha con el hallazgo, pensé que aquello me permitiría irme con cierta dignidad y sofisticación.

Si conseguía mi propósito, al día siguiente me encontrarían muerta.

Elegí la mejor ropa interior y el vestido negro que me había puesto la primera noche en París con Edmond.

Me desnudé mientras me miraba en el espejo. Tenía la piel blanca, casi transparente, como si mi cuerpo hubiera empezado a desaparecer antes de dar el paso final.

Decidí poner una pieza de Bach como clausura. Él me ayudaría a ser fuerte. O eso creía.

Mientras el agua caliente caía sobre mí, recordé las veces que Edmond y yo habíamos hecho el amor. No quería irme al otro mundo con rencor, de modo que intenté que el sonido del agua asfixiara el sonido del llanto que salía a borbotones de mis ojos.

Me sequé el pelo antes de untarme con aceite y maquillarme. Consulté el reloj: eran las seis de la tarde y todavía era de día. La primavera, la estación que más me gustaba, ya había llegado.

Definitivamente, era el momento justo para irme.

Busqué una hoja en blanco para escribir una carta de despedida. Quizás algunos me echarían de menos, pero prefería ser un bonito recuerdo a marchitarme mientras eran testigos de mi decadencia.

En el botiquín aún quedaba medicación de mi madre, así que cogí un buen puñado de pastillas. Después abrí la botella de Moët & Chandon.

Empezaba a oscurecer.

Encendí las luces del jardín. El reflejo del foco en las hojas daba al ambiente un aspecto limpio, como si nada pudiera romper el silencio de la casa.

Mirando las burbujas en la copa llena, bebí pausada y lentamente un primer trago y un segundo y un tercero... hasta que fui capaz de abrir la mano, donde me esperaban un buen número de barbitúricos.

Hacía calor. A pesar de tener las ventanas abiertas, la humedad provocaba que el ambiente fuese pegajoso. Cuando, con los ojos cerrados, me disponía a meterme todas las pastillas en la boca, una inesperada ráfaga de viento tiró las fotografías que había en la mesilla. Todas salvo una.

Era la imagen feliz de mis padres cogidos de la mano, arrastrándome por el parque de atracciones del Tibidabo.

Azorada, pensé que aquello era una señal. Desde el otro mundo me daban la fuerza necesaria para buscar una segunda oportunidad.

Al abrir la mano, los medicamentos letales cayeron al suelo.



## Río de luna

*I*ba por la calle sin ver, caminaba sin caminar y respiraba sin tomar aire. El plazo que me había dado el director del banco estaba a punto de extinguirse. Por tanto, tenía que cumplir con mi palabra y abandonar la casa.

El último vestigio que quedaba de mi vida feliz.

Antes, sin embargo, tenía que hablar con mis amigos. Los cité para tomar algo a última hora de la tarde en una terraza cercana a la consulta de Jaume.

Vi bajar de la moto a Paula con su agilidad de siempre. Mientras venía a encontrarme, movía los brazos de la misma manera en que lo hacía cuando teníamos diecisiete años.

Oriol y Jaume se añadieron enseguida.

Mi cara debía de ser un poema, pues de pronto el semblante de todos fue la viva imagen de la preocupación. Hacía más de una semana que no los veía.

Sin más preámbulos, les expliqué la situación. Intenté exponerla suavemente, argumentando que en el fondo era lo mejor que me podía pasar. Paula, muy seria, no decía nada. Jaume en cambio se exasperó.

—No hagamos de la necesidad virtud, Sandra. Algo se debe poder hacer, ¿no?

—Seamos prácticos —intervino Oriol—. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—Entre todos podemos hacer frente a dos recibos de la hipoteca. Con ello el banco podrá detener el expediente. Si quieres, voy a la oficina a hablar personalmente —añadió Jaume.

Mientras ellos discutían, yo movía la cabeza negativamente. Les expliqué lo que me había dicho el director de la oficina: el préstamo solo sería una solución momentánea. En solo unas semanas, se volverían a acumular más vencimientos de los que podríamos pagar.

—Tienes razón —dijo Paula con solemnidad—. Es desalentador y a todos nos duele, ya que en esa casa hemos pasado muchas horas preciosas, pero no nos equivoquemos: ¿de qué sirve una casa grande, si has de vivir rodeada de deudas? Es mejor que la vendas para empezar de nuevo una vida sin tantas preocupaciones. Podemos encontrar un piso cerca de donde estamos nosotros, si nos ponemos a buscar enseguida.

Me sorprendió que hablaran en tercera persona, como si yo no estuviera. Allí,

en aquel instante, escuchaba cómo sonaba mi vida desde fuera.

Me esperaba un trago amargo que aún tenía que pasar, pero me iba haciendo a la idea de que podría tener una segunda oportunidad.

Ellos se ocuparían de buscar un piso que se pudiera adaptar a mis reducidos ingresos, pero yo solo pensaba en qué haría con el piano de mi madre. Evidentemente, no cabría en mi nuevo hogar. Nadie nunca volvería a tocar este instrumento, pero no podía abandonarlo. Peor aún sería dejarlo en manos de los nuevos propietarios de la casa. Perdida esta, sería de los únicos recuerdos que físicamente quedarían en pie. Si podía encontrar una solución para este piano y muchos otros objetos, firmar la pena de muerte para las cuatro paredes que me vieron nacer sería menos doloroso.

Decidí que todos los recuerdos de mi familia dormirían en una nave habilitada como trastero. Por fin tenía un objetivo: encontrar trabajo, rehacer mi vida.

Al comunicar la noticia al banco, el director respiró profundamente y, con su voz grave, me dijo:

—Sandra, lo siento, pero en el fondo me alegro. Es lo mejor que puedes hacer.

A primera hora de la mañana siguiente, vino el solícito encargado de la casa de mudanzas.

Era un hombre joven, rechoncho y afable. Lo resolvió todo sencillamente. Estaba acostumbrado, me dijo. Me comentó que muchas personas se encontraban en la misma situación que yo, familias que antes de la crisis tenían una vida tranquila y holgada.

—En una semana tengo que abandonar la casa —le dije—. No tenemos demasiado tiempo.

—No se preocupe, esto está hecho.

Mientras miraba y medía los muebles, Paula me llamó para decirme que habían encontrado unos bajos con jardín en Gràcia. Muy cerca de donde vivían ellos. «Con un jardín... —pensé—. No puede ser casualidad.»

Como tampoco lo era que, mientras hablaba con ella, el hombre abriera el piano y tocara tímidamente unos acordes de «Moon River», una de las piezas favoritas de mis padres.

No estaba desesperada, solo al límite.

## Quizás esta vez

*E*mpieza a oscurecer, y los candelabros dan a la estancia un aspecto aún más frágil y fantasmal.

De niña, mi gran diversión era iluminar el comedor con velas. Entonces no podía imaginar que, treinta años más tarde, su reflejo en una pared inanimada sería mi única compañía.

Ha llegado el momento. Solo tengo que resistir unas horas más.

Mañana dormiré en la misma cama pero en otro lugar. No muy lejos de aquí, como dicen los que intentan consolarme, podré empezar de cero.

Todavía quedan algunas cosas por empaquetar, pero prefiero tomarme mi tiempo. Cuatro cajas llenas de recuerdos son mi mobiliario improvisado. En una de ellas hay una botella de vino y un viejo reproductor de CD que me acompañó en mi experiencia americana.

He tenido el valor y la paciencia de escoger las canciones que sonarán en esta sala antes de que mañana pertenezca a otros, que la ocuparán y la llenarán de vida.

¿Qué habría sido de mí sin la música? Me ha acompañado siempre, al igual que los libros. No me vería capaz de pasar esta noche aquí sin esas melodías que han hecho de mí lo que soy.

«You Don't Know Me» es una de estas melodías. Por primera vez pienso que, como dice la letra, nadie me conoce más que yo misma.

Paula me recuerda permanentemente que nadie puede volver a un lugar donde ha sido tan feliz. Que he tomado la mejor decisión y que no es una derrota. Simplemente debo pasar página. Para consolarme, pienso que nada pasa porque sí y que, probablemente, ahora mismo esto es lo mejor que me podía suceder.

Pero duele, es como un punzón clavado en la boca del estómago. Cierro los ojos y siento las voces de mi infancia. Mis padres y abuelos, mis amigos que crecían a mi lado al mismo tiempo que las flores.

Nunca olvidaré el pasillo amplio, coronado a ambos lados de lirios blancos y rosas rojas, que mi madre y mi abuela adornaban con paciencia. Un limonero que siempre olía a verano y la hilera de cipreses majestuosos que nos acogían. El sonido de cacharros en la cocina...

Sí, este ha sido mi pasado. Y no puedo saber lo que me espera. He dejado lo más difícil para el final: seleccionar las fotografías que me llevaré. Las que descarte, las romperé en mil pedazos sin pensármelo. No me puedo permitir el lujo de dejarme vencer por la tristeza. Tengo que ser como un junco, que se dobla pero no se rompe.

Sin embargo, la fotografía que acabo de encontrar no me ayuda: los tres en París. Nuestra pequeña familia retratada en un *bateau mouche* en el Sena. En la ciudad preferida de mis padres y, qué casualidad, la que vio nacer a quien tan solo se supo amar a sí mismo.

Mientras me dejo llevar por Cole Porter y la voz de Ella Fitzgerald con «You Do Something To Me», pienso que estos dos también hicieron que algo cambiara en mí.

Rescato instantáneas de los viejos amigos, cuando éramos poco más que unos chavales. Queríamos bebernos la vida sin pararnos a pensar en las consecuencias. Formarnos, enamorarnos y, cuando fuera necesario, nadar a contracorriente. Y lo hicimos. Por el camino nunca hemos perdido la amistad que nos unió en la juventud.

Miro el reloj, el tiempo pasa tan rápido...

Enciendo un cigarrillo y me sirvo una copa de vino. Un Ribera del Duero que tenía reservado para una ocasión especial. No habrá ninguna otra más que esta. Me duele el corazón y también el alma. No sé cuántas horas hace que no he probado bocado, pero no tengo hambre. Tan solo quiero terminar, entregar las llaves y cerrar la puerta del pasado.

Todos me dicen que tengo que mirar hacia delante, pero mis ojos solo ven el jardín donde crecí y donde casi todo era posible.

Pongo la música más alta, en el oído se apelonan las voces de los padres que tanto amé y que ya no están. De nuestra pequeña familia solo quedo yo y estoy a punto de desaparecer, como esta casa.

De pronto, siento que alguien me llama desde la oscuridad...

—Sandra, Sandra... ¿estás aquí?

Apago el cigarrillo, dejo la copa en el suelo y abro la puerta del porche.

La luz de la vela no ilumina lo suficiente para reconocer la silueta que empuja la verja. Solamente veo una figura alta que se acerca. A medida que lo hace, reconozco su manera de caminar, su humanidad.

Me habla de una manera pausada, la pista definitiva. Es Oriol, que ha venido a acompañarme en este funeral de recuerdos.

Un dolor muy profundo me oprime el corazón. Quiero saludarlo pero, justo en el momento en que abro la boca, comienzo a llorar desconsoladamente. Me abrazo a él como a una tabla de salvación. No quiero despegarme de su cuerpo,

como no quiero que mis zapatos pisen ninguna otra tierra que no sea esta.

Pero ya es demasiado tarde y no hay vuelta atrás.

No dice nada, tan solo me acaricia la espalda. De repente, deposita en mi mano un paquete voluminoso y rugoso.

Me seco las lágrimas con la blusa. Él me mira y, con sus bondadosos ojos de color miel, me indica que lo abra.

Dentro hay el mejor regalo que me podían hacer: dos palmeras de chocolate. Era lo que desayunábamos cada mañana Oriol, Paula y yo, frente a la puerta del colegio cuando éramos felices, cuando los sueños eran más fuertes que el desencanto.

Nos miramos y, entre sollozos, empezamos a reír.

Son las seis de la mañana, en tres horas me echarán de mi casa. Me siento como un reo esperando la hora de la ejecución.

Oriol se quita la chaqueta del traje y me la pone con mucho cuidado sobre los hombros para que no tenga frío. Le cojo del brazo y volvemos a casa.

—Es bonita todavía, ¿verdad? —le pregunto mientras él mira alrededor antes de pasar dentro.

Aquí había pasado horas estudiando. Me besa la mano y responde:

—Esta casa es como tú, majestuosa.

Empiezan a sonar los primeros acordes de «Maybe this time», con la desgarradora voz de Liza Minnelli en *Cabaret*.

—¿Cuántas veces la hemos visto juntos en este salón? —le pregunto.

No me responde. Nos entregamos a la letra de la canción y yo me aferro a la estrofa que dice «*Something is bound to begin. It's got to happen, happen sometime. Maybe this time I'll win*».

Sonrío y él hace lo mismo. Ambos sonreímos. Tímidamente, me pide permiso con la mirada mientras se me acerca.

Puedo percibir su aliento, fresco como el rocío. Hacía veinte años que esperaba este momento y ahora lo estoy viviendo. No sé si estoy preparada o si soy lo suficientemente valiente para asumir el riesgo. Siento como mi mente transita demasiado rápido, tanto que las imágenes se mezclan unas con otras.

El último beso me lo dio la persona equivocada. ¿Será este el momento adecuado? *Maybe this time...*

Quizá me hacía falta recorrer el mundo para llegar a donde de verdad pertenezco. Para ser consciente de ello.

Él lo tiene todo preparado, como el mago que tiene en sus manos el truco más difícil...

Se separa de mí y busca su BlackBerry mientras me sonrío. Prudente como siempre, me recuerda:

—Sandra, aún me debes un baile...

Me acaricia el rostro con delicadeza, acaricia alrededor de mis ojos llenos de dolor como un niño. Se detiene a mirar mi boca, como si no hubiera otra cosa más importante en el mundo.

Me quedo en silencio, a merced de su respiración. Entonces, susurra con un tono de voz seguro y confiado:

—¿No hemos perdido bastante tiempo ya?

Y por primera vez en mi vida, no me precipito. Ni siquiera respondo. No pregunto nada. Tan solo hago lo que debería haber hecho al principio: hacerlo todo más fácil para mí misma.

Cierro los ojos y siento cómo me rodean sus brazos. Me besa lleno de ternura y de repente siento que volvemos a tener diecinueve años. Me doy cuenta de que solo me dedico a sentir y olvido qué me pasaba cuando Edmond me tocaba.

Ya no siento vértigo, aunque esté al borde de un acantilado.

La osadía da paso a la ternura.

Pienso en que no es casual que, antes de cerrar definitivamente esta etapa de mi vida, la cordura haya llegado para quedarse. Atrás queda el enloquecimiento del pasado. Ahora la comodidad es una nueva felicidad que me llena de inquietud.

—He soñado con este momento cada día desde que te conocí —confiesa Oriol—, hace más de veinte años. Ya no tengo ninguna prisa... Te quiero.

Mientras intenta componer una mesa con las cajas vacías, miro a la nada y solo veo a Oriol. Edmond queda muy lejos y permanecerá allí hasta el final de mis días.

Oriol tiene razón, no tengo que precipitarme. Como me decía el hombre que me enseñó a tener coraje, verdaderamente «nunca pasa nada».

Gino Paoli, finalmente, ha conseguido lo que la vida nos arrebató. También ahora Liza Minnelli y su voz me siguen acompañando...

La divina providencia, en forma de música, me pide que siga creyendo en mí misma. Todavía me queda esperanza. Puede que algo esté a punto de llegar. Quizá sucederá en un instante y, esta vez, ganaré.

## Agradecimientos

A Francesc Miralles, leal amigo y compañero de vida. La única persona que conozco capaz de permanecer mientras el mundo se derrumba y los demás salen corriendo. Sin él esta historia no existiría.

A Sandra Bruna, mucho más que mi agente. No es casualidad que la protagonista se llame como ella. Gracias por confiar al calor de una menta poleo.

A Glòria Gasch de Columna Edicions y Blanca Rosa Roca de Roca Editorial, maravillosas editoras que creyeron en la novela desde el principio, guiándome con paciencia y delicadeza hasta el final.

A mi familia y amigos. Algunos de ellos se convirtieron en expertos lectores por horas soportando estoicamente mis inquisitivas preguntas. Gracias a... Laura, a mi prima Àngels, a Paloma y Daniel por tantas horas de radio juntos; a Carlos, Pilar Isusi, JG, Anabel y Albert; a José Luis Fernández de Bobadilla por ser mis ojos en París. A Daniel, Montse, Luis Carlos. A mi maestro de vida Luis y a mis hermanos escogidos Coke, Àlex, Lurdes, Roser, Judit y Oriol

A María Díaz que como siempre me guio al lugar indicado en el momento oportuno abriéndome su casa en los malos tiempos.

A mis AÑORADOS padres que con su ejemplo me enseñaron a resistir con dignidad y sin rabia.

A José Luis. Su amor me proporcionó una habitación propia para escribir esta novela.

La historia que he escrito es el resultado de la música que he escuchado, de los libros que he leído y de las películas que he visto. Así pues, gracias a Isabel Coixet por decirme tantas veces no solo que podía, sino además que debía.

A todos ellos y a los que mi corazón siempre nombrará en silencio. Gracias por tanto amor.

Título original: *Tal com érem*

© 2018, Sílvia Tarragona

Primera edición en este formato: enero de 2018

© de la traducción: 2018, Sílvia Tarragona

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-17167-31-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.



# Table of Contents

[Portadilla](#)  
[Acerca del autor](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Una casa no es un hogar](#)  
[Te podría pasar a ti](#)  
[¿Qué harás el resto de tu vida?](#)  
[Tal como éramos](#)  
[Pongamos que hablo de Madrid](#)  
[Canción de amor](#)  
[Cuerpo y alma](#)  
[Azul de ojos azules](#)  
[Dos en la carretera](#)  
[Tu canción](#)  
[Me encanta París](#)  
[Qué mundo tan maravilloso](#)  
[Contigo vuelvo a nacer](#)  
[No, yo no me arrepiento de nada](#)  
[Sobre el tejado](#)  
[Un americano en París](#)  
[Una chica ardiente](#)  
[Tenemos esta noche](#)  
[Me matas suavemente](#)  
[Del modo que puedas](#)  
[Suite nº1 para cello](#)  
[Sonríe](#)  
[Llévatela](#)  
[Ahora en ambos lados](#)  
[La reina de la noche](#)  
[No me dejes sola esta noche](#)  
[Encantada](#)  
[Qué profundo es el océano](#)  
[Las ruedas de la vida](#)  
[Vuelvo a verte](#)  
[Sin final](#)  
[Eres tan bonita](#)

[Los girasoles](#)

[Claro de luna](#)

[Mamá se ha muerto](#)

[Una nube blanca](#)

[En el paraíso](#)

[El canto de los pájaros](#)

[Tan enamorada](#)

[Amor de mi vida](#)

[El hombre a quien amo](#)

[Me dediqué a perderte](#)

[Así es la vida](#)

[Sería fantástico](#)

[Prefiero una y mil veces que te vayas, porque de ti no quiero ni la gloria](#)

[Río de luna](#)

[Quizás esta vez](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)